

JIM WYNORSKI

# VINIERON DEL ESPACIO EXTERIOR

La ciencia ficción en el cine

SUPER  
FICCIÓN



Lectulandia

Érase una vez un maravilloso teatro..., una cavernosa sala de espectáculos con platea y dos pisos donde un muchacho y sus amigos podían dar rienda suelta a su nostalgia todos los sábados por la tarde por sólo cuatro cuartos. Se llamaba La Calita y sus acomodadores llevaban unas llamativas chaquetillas rojas, había una gigantesca pantalla enmarcada con cortinas de terciopelo, y su principal atracción era una encantadora señora detrás del mostrador de los caramelos que realmente fundía auténtica mantequilla para hacer las palomitas de maíz. Si usted alcanzó su pubertad en algún momento antes de finales de los 60, probablemente tendrá una "La Calita" en lo más precioso del arcón de sus recuerdos. Porque fue en esos maravillosos palacios antiguos donde nosotros echamos nuestra primera mirada al futuro. Junto con los tiroteos de los cowboys y las historias policíacas, un nuevo tipo de películas golpeó la plateada pantalla con una auténtica rociada cuando los Estados Unidos entraron en la era atómica a finales de los años 40. Quizá usted fue uno de los primeros en ver películas tan proféticas como Con destino a la Luna o Cohete X-M durante las primeras citas con su chica. Ambos films fueron despachados como mera basura por los críticos, pero hoy en día, apenas treinta años más tarde, su visión retrospectiva del aterrizaje lunar y de la exploración marciana ha penetrado ya en la historia.

**Lectulandia**

AA. VV.

# **Vinieron del espacio exterior**

**Super Ficción - 86**

ePub r1.2

libra 14.05.18

Título original: *They came from outer space*  
AA. VV., 1980  
Traducción: Domingo Santos & Francisco Blanco

Editor digital: libra  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Harlan Ellison, que lo empezó todo. Gracias.*

## **Agradecimientos**

Por su ayuda, apoyo y aliento, mi agradecimiento especial a: Terry y Bill Wnoroski, Esther y Andrew Varga, Forrest J. Ackerman, Ellen Asher, Marlene Connor, Mark McGee, Ron "El Coleccionista" Borst, Mark Frank, R. J. Robertson, Denetia Arellanes, L. Q. Jones y el doctor Paul Johnston.

# Introducción

Érase una vez un maravilloso teatro..., una cavernosa sala de espectáculos con platea y dos pisos donde un muchacho y sus amigos podían dar rienda suelta a su nostalgia todos los sábados por la tarde por sólo cuatro cuartos. Se llamaba La Calita y sus acomodadores llevaban unas llamativas chaquetillas rojas, había una gigantesca pantalla enmarcada con cortinas de terciopelo, y su principal atracción era una encantadora señora detrás del mostrador de los caramelos que realmente fundía auténtica mantequilla para hacer las palomitas de maíz. Si usted alcanzó su pubertad en algún momento antes de finales de los 60, probablemente tendrá una «La Calita» en lo más precioso del arcón de sus recuerdos.

Porque fue en esos maravillosos palacios antiguos donde nosotros echamos nuestra primera mirada al futuro. Junto con los tiroteos de los cowboys y las historias policíacas, un nuevo tipo de películas golpeó la plateada pantalla con una auténtica rociada cuando los Estados Unidos entraron en la era atómica a finales de los años 40. Quizá usted fue uno de los primeros en ver películas tan proféticas como *Con destino a la Luna* o *Cohete X-M* durante las primeras citas con su chica. Ambos films fueron despachados como mera basura por los críticos, pero hoy en día, apenas treinta años más tarde, su visión retrospectiva del aterrizaje lunar y de la exploración marciana ha penetrado ya en la historia.

Pero por aquel entonces películas tales como *Ultimátum a la Tierra* y *Vino del espacio exterior* eran rodadas tan sólo para los soñadores, una entusiasta multitud joven más que deseosa de ser arrastrada al espacio profundo o de desafiar los desconocidos peligros de una invasión alienígena. En nuestra desbordada imaginación, todos nosotros efectuamos el peligroso viaje interestelar hasta la Metaluna sacudida por la guerra en *Esta isla la Tierra*, luchamos contra los invisibles «monstruos del Id» en el *Planeta prohibido*; luego regresamos a la Tierra a fin de sofocar *La invasión de los ladrones de cuerpos*.

Con un presupuesto grande o pequeño, con un plantel de grandes estrellas o un reparto de completos desconocidos, las primeras películas de ciencia ficción tenían todas ellas una cosa en común: inspiraban un innegable «sentido de la maravilla» en millares de impresionables jóvenes. Incluso indujeron a muchos de ellos a acudir a los periódicos o revistas de ciencia ficción y buscar allí el complemento que acabara de llenarles.

Lo sé... porque es lo que me ocurrió a mí. Inmediatamente después de que la Universal llevara a la pantalla *El increíble hombre menguante*, sentí una abrumadora compulsión que me obligó a comprar un ejemplar de la ahora clásica novela de Richard Matheson. Aquello representaba dejar de comprar cinco tebeos de diez centavos cada uno, pero el medio dólar fue gastado sin el menor remordimiento, y la novela estuvo pronto camuflada bajo las tapas de un libro de texto para una más fácil lectura en cualquier momento. Cuando llegué al último capítulo supe que el montón

de tebeos que tenía en mi mesilla de noche iba a desaparecer para siempre. Porque allí había excitación y aventuras que ningún superhéroe enmascarado podría jamás igualar. Y como un auténtico adicto de la ciencia ficción, tenía que hacer algo más... inmediatamente.

Muchos días entre semana me encontraron en la biblioteca local y en las librerías de segunda mano, buscando nombres como Asimov, Sturgeon, Bradbury y Clarke. Mientras tanto, los fines de semana, me especialicé en acaudillar safaris en grupo hacia cualquier cine en un radio de quince kilómetros... presentando a mis amigos las últimas fantasías de Hollywood.

A veces un excelente guión y una magnífica actuación de conjunto eran lo más importante, como ocurría en films tales como *El enigma de otro mundo*, *El pueblo de los condenados* y *La Tierra en llamas*. Otras veces era el departamento de efectos especiales el que nos mantenía clavados en nuestros asientos, con películas tales como *La guerra de los mundos*, *la Tierra contra los platillos volantes* y *La máquina del tiempo*.

Inmediatamente detrás de estos reverenciados clásicos había un amplio abanico de honorables menciones: películas imaginativas que, por una u otra razón, habían fracasado en conseguir todo su potencial. *Viaje al séptimo planeta*, con su original premisa de un cerebro omnipotente controlando a todo el mundo, es un apreciable ejemplo de una gran idea estropeada por unos decorados baratos y una confusa dirección. Otros títulos de esta amplia categoría incluyen obras estimables, tales como el angustioso *Terror en el espacio*, de Mario Bava, y el film lleno de suspense de Edward L. Cahn, *Ello: el terror de más allá del espacio*, ambas precursoras del inmensamente popular film de ciencia ficción de 1979 titulado *Alien*, el octavo pasajero.

Sí, como en todos los géneros, por cada esfuerzo digno había también docenas de «Serie Z» inundando el mercado. ¿Recuerdan la masiva decepción cuando el alienígena de *Vuelo a Marte* resultó ser el actor de carácter Morris Ankrum metido en un apolillado traje espacial? ¿Y los abucheos y silbidos en *Cinco doncellas del espacio exterior* cuando se reveló que el monstruo era un hombre llevando un jersey de cuello vuelto sobre su cabeza? Y aunque muchos lo han intentado, ¿quién puede olvidar el espantoso gorila alienígena en *Monstruo robot*?

Hoy, por supuesto, incluso los más populares films de ciencia ficción de años pasados han sido superados por otros films tales como *La guerra de las galaxias* y *Encuentros en la tercera fase*. ¡Y cómo no! Los jóvenes directores George Lucas y Steven Spielberg han reconocido ambos ser admiradores del cine y de la literatura de imaginación. Ellos también crecieron leyendo *Amazing Stories* y sentados en primera fila viendo *No de esta Tierra* y *La invasión de los hombres de los platillos volantes*.

Quizás algún día, gracias a la influencia de Luke Skywalker y a la Nave Nodriza en CE3K, un director del mañana nos presente aventuras especulativas aún más impresionantes en la pantalla. Pero por ahora celebremos algunos de los espléndidos



films y excelentes autores que lo iniciaron todo. Aquí presentamos una serie de los más famosos relatos de ciencia ficción trasladados al celuloide. Así que amortigüemos las luces... el telón va a alzarse inmediatamente.

**JIM WYNORSKI**

Hollywood, California, 1 de enero de 1980.

# ¿Quién hay ahí?

John W. Campbell, Jr.

## Introducción

Filmada como EL ENIGMA DE OTRO MUNDO (RKO, 1951).

La idea original para *El enigma de otro mundo* apareció en el número de agosto de 1938 de la revista *Astounding Stories*. El prolífico director de esa revista, John W. Campbell, Jr., escribió esta impresionante historia con el seudónimo de Don A. Stuart (por su esposa, Donna Stuart), y se convirtió en un éxito inmediato.

Más de una docena de años más tarde, al principio de la era nuclear, el notable director-productor Howard Hawks realizó su propio tratamiento para la versión cinematográfica de esta historia clásica de invasión alienígena. Las dos versiones son tan distintas que una comparación directa es totalmente imposible, y sería difícil decidir cuál de las dos es más excitante.

En la novela, la tensión gira en torno a la habilidad de la Cosa de cambiar de forma y asumir la identidad de los humanos, tras eliminar convenientemente a los originales. Así, destruir al monstruo se convierte en algo más bien secundario ante la necesidad de identificarlo.

La idea del «camaleón alienígena» fue aparentemente desechada por el guionista Charles Laderer, que prefirió en vez de ello instilar en la criatura cinematográfica la terrible habilidad de reproducirse a sí misma a un ritmo sorprendentemente acelerado.

En el primer borrador del guión, el monstruo se parecía mucho a la descripción original de Campbell de un giboso antropoide con tres ojos, pelo azul parecido al caucho y tentáculos afilados como navajas. Sin embargo, en posteriores reescrituras, la apariencia de la Cosa fue definitivamente cambiada a la de un gigantesco y calvo humanoide parecido a Frankenstein. Puede que eso no hiciera mucho por mejorar la historia, pero hizo maravillas con la carrera del futuro Sheriff Dillon, James Arness..., que por aquel entonces fue elegido entre cientos de aspirantes para interpretar el poco usual papel de invasor del espacio.

El alto actor de metro noventa de estatura fue tan solo el primero de una serie que reflejó la multitud de «Cosas» que podían invadirnos durante el *boom* de películas de ciencia ficción de los años 50. ¿Quién está ahí? y el film que inspiró desplegaron un número incontable de otras criaturas en

películas con títulos tan espeluznantes como *El hombre del planeta X*, *Invasores de Marte* y *Vino del espacio exterior*.

Pero espectadores y críticos están de acuerdo en que ninguno de esos ensayos posteriores igualó la fuerza combinada de la novela base de John Campbell y la compulsiva versión cinematográfica de Howard Hawks.

JIM WYNORSKI

## 1

Aquello hedía. Con un hedor extraño, el hedor de una mezcla de olores que sólo conocen las cabañas sumergidas en los hielos de un campamento antártico, y en el que se advierten el olor a sudor humano y el denso dejo a aceite de pescado de la esperma de foca derretida. Un dejo a linimento combatía el rancio hedor a pieles impregnadas de sudor y de nieve. El acre olor a grasa de cocinar quemada y el olor animal y no desagradable de los perros, diluidos por el tiempo, se cernían en el aire.

Los olores a aceite de máquina que subsistían contrastaban claramente con el de los arneses y cueros. Pero, en cierto modo, entre todo aquel hedor a seres humanos y a sus compañeros —los perros, las máquinas y la cocina— se percibía otra tonalidad. Era algo raro, asfixiante, el dejo apenas perceptible de un olor extraño entre los olores de la industria y de la vida: Y era un olor a vida. Pero provenía del objeto que yacía atado con cuerdas y lona embreada sobre la mesa, goteando lenta y metódicamente sobre los pesados tablones, húmedo y delgado bajo el resplandor sin pantalla de la luz eléctrica.

Blair, el pequeño biólogo calvo de la expedición, tiró nerviosamente de la envoltura, descubriendo el hielo límpido y oscuro que había debajo y reintegrando luego a su lugar la lona embreada, con gesto de impaciencia. Sus pequeños movimientos de pájaro y su reprimida ansiedad hacían bailar su sombra sobre la orla de la ropa interior de un gris sucio que pendía del bajo cielo raso, y sobre su orla ecuatorial de cabello erizado y gris en torno de su pelado cráneo, formando una cómica aureola.

El comandante Garry se adelantó hacia la mesa. Lentamente, sus ojos rastrearon los círculos de hombres apretujados en la Casa de la Administración. Su cuerpo alto y erecto concluyó de erguirse y asintió.

—Treinta y siete. Todos están aquí.

Hablaba en voz baja, pero ostentaba la clara autoridad de un comandante nato, de un comandante que no sólo lo es por su título.

—Ustedes conocen en líneas generales lo que hay en la trastienda de este descubrimiento de la expedición del Polo Secundario. He estado conferenciando con el segundo comandante McReady y con Norris, así como con Blair y el doctor Copper. Hay una diferencia de opiniones, y como esto involucra a todo el grupo conviene que todo el personal de la expedición se ocupe del asunto.

"Voy a pedirle a McReady que les proporcione los detalles, ya que ustedes han estado demasiado atareados con sus respectivos trabajos para seguir de cerca los esfuerzos de los demás. ¿McReady?"

Al surgir del segundo término, donde se cernía el azul del humo, McReady parecía una figura de algún mito olvidado, una estatua de bronce dotada de vida y que caminaba: Media metro noventa, y cuando se detuvo junto a la mesa, después de una mirada característica hacia arriba para cerciorarse de que tenía espacio suficiente bajo las cortas vigas del techo, se irguió. Llevaba aún su chaqueta, resistente y de un anaranjado detonante, pero que dada su enorme complexión física no parecía fuera de lugar. Aun allí, a metro y medio por debajo del viento que zumbaba sobre la desolada extensión antártica, penetraba el frío del continente helado y daba sentido a la aspereza del hombre.

Y McReady era de bronce: su barba, de un rojo bronceo, y la roja cabellera a tono con ella. Las nudosas manos que se crispaban y descansaban continuamente sobre los tablones de madera, eran de bronce. Hasta los hundidos ojos, bajo aquellas gruesas cejas, tenían tonalidades bronceas.

La durabilidad del metal, que resistía al tiempo, se revelaba en los ásperos y duros contornos de su rostro y en los suaves tonos de su gruesa voz.

—Norris y Blair están de acuerdo en una cosa: en que el ser que hemos hallado aquí no es... de origen terrestre, Norris teme que pueda haber peligro en eso; Blair dice que no lo hay.

"Pero volveré a explicar cómo y por qué lo encontramos. Según todo lo que se sabía antes de que viniéramos aquí, parece ser que este punto se halla exactamente sobre el polo magnético sur de la Tierra. La brújula no apunta directamente hacia aquí, como todos ustedes saben. Los instrumentos más delicados de los físicos, especialmente diseñados para esta expedición, y su estudio del polo magnético, percibieron un efecto secundario, una influencia magnética secundaria y menos poderosa a unos ciento treinta kilómetros al sudoeste de aquí.

"La expedición magnética secundaria salió a investigar. No hay necesidad de detalles.

Lo hallamos, pero no era el enorme meteorito ni la fuente magnética que esperaba encontrar Norris. La ganga de hierro es magnética, como ustedes saben: el hierro, con tanto mayor motivo..., y ciertos aceros especiales, más magnéticos aún. A juzgar por las indicaciones superficiales, el polo secundario que encontramos era pequeño, tan

pequeño que su efecto magnético era ridículo. Ningún material magnético concebible podía causarlos. Los sondeos del hielo indicaron que estaba dentro de los treinta metros de la superficie del ventisquero.

"Creo que ustedes deben conocer la estructura del lugar. Hay una ancha meseta, una extensión llana que llega a más de doscientos treinta kilómetros al sur de la estación secundaria, según dice Van Wall. Él no tuvo tiempo ni combustible para volar más lejos, pero aquella meseta se extendía con la misma lisura hacia el sur. Ahí mismo, donde estaba enterrado eso, había un cerro hundido en el hielo, una muralla de granito que había impedido que los hielos se arrastraran hacia el sur.

"Acampamos durante doce días allí, en el borde de esa cordillera hundida en el hielo.

Cavamos nuestro campamento en el azul hielo que formaba la superficie. Pero durante doce días consecutivos el viento sopló a 70 kilómetros por hora: Llegó hasta los 80 y bajó a los 60. La temperatura era de 63 grados bajo cero. Aumentó a 60 y bajó a 68. Aquello era meteorológicamente imposible y prosiguió en forma ininterrumpida durante doce días y doce noches.

"Más al sur, el aire helado de la meseta polar del sur surge de ese cuenco de 6.000 metros, baja por un desfiladero de la montaña, pasa por sobre un glaciar y sigue hacia el norte. Debe de haber una cordillera que forma túnel y lo encauza, y lleva ese aire helado por espacio de 600 kilómetros hasta dar con la pelada meseta donde encontramos el polo secundario, y a 550 kilómetros más al norte llega al océano Antártico.

"Allí siempre ha habido hielos, desde que la Antártida se heló hace veinte millones de años. Nunca debe de haberse producido un deshielo.

"Hace veinte millones de años, la Antártida estaba empezando a helarse. Pero practicamos investigaciones y bosquejamos conjeturas. Lo que sucedió fue poco más o menos esto:

"Algo bajó del espacio, una nave. La vimos allí, en el hielo azul: era algo así como un submarino sin torrecilla ni timones orientadores, de 90 metros de longitud y 15 de diámetro en su parte más gruesa.

"Aquello bajó del espacio, impulsado y llevado por fuerzas que los hombres no han descubierto aún, y no sé cómo, quizás algo funcionó mal, quedó atrapado en el campo magnético de la Tierra. Vino aquí, al sur, sin gobierno probablemente, circunvalando el polo magnético. Hubo probablemente una fuerte nevada, así como un acarreo de materiales de los ventisqueros, y volvió a nevar mientras el continente se helaba: El torbellino debió de ser allí particularmente fuerte, ya que el viento lanzaba un compacto manto blanco sobre el borde de esa montaña, ahora enterrada.

"La nave chocó al avanzar con una masa de granito y quedó destrozada. Aunque no murieron todos los pasajeros, el aparato debió de quedar estropeado y su mecanismo de impulsión bloqueado. Norris cree que lo atrapó el campo magnético de la Tierra.

"Uno de los pasajeros salió de la nave. El viento que soportamos allí nunca bajó de los 41 kilómetros por hora y la temperatura nunca excedió los  $-60^{\circ}$ . Luego, el viento debió arreciar. Y la nevada caía en maciza sábana. Ese *ser* debió de extraviarse a diez pasos de distancia.

McReady hizo una breve pausa, y su grave y firme voz dejó paso al zumbido del viento en las alturas y al incómodo y malicioso gorgoteo en la chimenea del hornillo de la cocina.

El viento, un viento ventisquero, soplabla en lo alto. Ahora, la nieve recogida por las murmurantes ráfagas caía en líneas parejas y cegadoras sobre la parte delantera del sepultado campamento. Si un hombre salía de los túneles que unían los edificios subterráneos del campamento, se perdía a diez pasos de distancia. Afuera, el dedo delgado y negro del mástil radio telefónico se erguía a 100 metros de altura, y más arriba estaba el claro cielo nocturno. Un cielo de viento débil y gimiente que cubría el manto lamiente y enroscado del alba. Y, al norte, llameaban en el horizonte los extraños y airados colores del crepúsculo de la medianoche. Eso era la primavera a 100 metros de altura sobre la Antártida.

En la superficie, estaba la muerte blanca. Una muerte en que los dedos, helados y rígidos como agujas, rehuían el viento y absorbían el calor de todas las cosas tibias. El frío... y una blanca niebla del interminable nevar de los ventisqueros, de las muy finas partículas de nieve que lo lamían todo y oscurecían todas las cosas.

Kinner, el pequeño cocinero con cicatrices en el rostro, se estremeció. Cinco días antes había salido a la superficie para ir a un escondrijo de carne helada. Llegó a él, inició el regreso... y, de pronto, surgió del sur el viento ventisquero. La fría y blanca muerte que cruzaba el suelo lo cegó en veinte segundos. Prosiguió la marcha a ciegas, describiendo círculos. Transcurrió media hora antes de que unos hombres, guiados desde abajo con una cuerda, lo hallaran en la impenetrable lobreguez.

Le era fácil a un hombre —o a un *ser*— extraviarse a diez pasos.

—Y el viento era entonces, probablemente, más impenetrable de lo que creemos.

La voz de McReady le evocó a Kinner el bienvenido y húmedo calor del edificio de la administración.

—El pasajero de la nave tampoco estaba preparado, según parece. Se heló a tres metros del misterioso aparato.

"Cavamos para encontrar la nave y nuestro túnel dio por casualidad con aquel *ser*...

helado. El hacha para el hielo de Barclay le golpeó el cráneo.

"Cuando vimos lo que era, Barclay volvió al tractor y encendió el fuego y, cuando empezó la presión del vapor, llamó a Blair y al doctor Copper. El propio Barclay estaba enfermo, entonces. En realidad, estuvo enfermo durante tres días.

"Al llegar Blair y Copper, sacamos a aquel *ser* metido en un bloque de hielo, como ustedes ven, lo envolvimos y lo cargamos en el tractor para volver aquí.

"Queríamos entrar en la nave. Llegamos al flanco de la misma y descubrimos que

su metal era desconocido para nosotros. Nuestras herramientas no magnéticas de berilio-bronce no podían afectarlo. Barclay tenía alguna herramienta de acero en el tractor y tampoco eso lo raspaba. Hicimos *tests* razonables: hasta intentamos algún ácido de los acumuladores, sin resultados. Cuando llegamos a una compuerta casi cerrada, cortamos el hielo a su alrededor. A través de una pequeña hendidura pudimos mirar y vimos que allí sólo había metal y herramientas, de modo que decidimos desprender el hielo con una bomba.

"Teníamos bombas de decanita y de termita. La termita ablanda el hielo; la decanita podía destruir cosas de valor, mientras que el calor de la termita aflojaría simplemente el hielo. El doctor Copper, Norris y yo pusimos una bomba de termita, le hicimos una conexión y llevamos el conector por el túnel hasta la superficie, donde esperaba Blair con el tractor a vapor. A cien metros al otro lado de aquel muro de granito hicimos estallar la bomba de termita.

"El metal de la nave, que era seguramente una aleación con un noventa y cinco por ciento de magnesio, se incendió. El resplandor de la bomba fulguró y se extinguió; luego, empezó a brillar de nuevo. Volvimos corriendo al tractor y gradualmente el resplandor se acentuó. Desde donde estábamos pudimos ver todo el témpano, iluminado desde abajo por una luz insoportable: la sombra de la nave era un gran cono oscuro que llegaba hasta el norte, donde la luz crepuscular había desaparecido casi. Aquello duró un instante, y contamos otras tres sombras que debían de ser pasajeros helados allí. Luego, los hielos se abatieron sobre la nave.

"No sé cómo, en el cegador infierno, pudimos ver grandes objetos inclinados, moles negras. Aquellos debían de ser los motores, lo sabíamos. Secretos que se diluían en una radiación flamígera..., secretos que habrían podido darle al hombre los planetas. Cosas misteriosas que podían levantar y arrojar esa nave... y que se habían impregnado de la fuerza del campo magnético de la Tierra.

"El aislamiento, algo, cedió. El campo magnético de la Tierra, que había impregnado los motores, quedó libre. La aurora cayó en el cielo, y la meseta entera quedó bañada en un fuego frío que impedía la visión. El hacha para hielo que tenía en la mano se calentó al rojo. Los botones de metal de mis ropas me quemaron, y un relámpago azulado saltó hacia arriba desde más allá de la pared de granito.

"Luego, las murallas de hielo se desplomaron sobre aquello. Por un momento, chilló como el hielo seco cuando es oprimido entre metales.

"Estábamos a ciegas y durante horas vagamos a tientas por las tinieblas mientras nuestros ojos se reponían. Descubrimos que todas las bobinas, dinamos y receptores radiotelefónicos, auriculares y altavoces, en un kilómetro y medio a la redonda, estaban fundidos. De no haber tenido el tractor a vapor, no habríamos llegado al campamento secundario.

"Van Wall levantó el vuelo del Gran Imán al salir el sol, como ustedes saben. Volvimos a la base lo antes posible. Esta es la historia de... eso.

La gran barba de bronce de McReady señaló el objeto que estaba sobre la mesa.

## 2

Blair se movió con malestar, y sus pequeños dedos huesudos se retorcieron bajo la fuerte luz. Las pequeñas manchas marrones de sus nudillos se movieron hacia atrás y adelante, mientras los tendones temblaban bajo su piel. Apartó un fragmento de lona embreada y miró con impaciencia el oscuro objeto rodeado de hielo que estaba dentro.

El corpachón de McReady se irguió. Ese día había viajado sesenta kilómetros en el tractor que se balanceaba y trepitaba, avanzando hacia el Gran Imán. Hasta su serena voluntad era apremiada por la ansiedad de volver a confundirse con seres humanos. Reinaba la calma y el silencio en el campamento secundario, donde un viento-lobo llegaba ululando desde el polo. El viento-lobo aullaba en sus sueños: el viento zumbaba y el maligno y execrable rostro de aquel monstruo miraba de soslayo, tal como él lo viera por primera vez a través del hielo límpido y azul, con un hacha de bronce hundida en el cráneo.

El gigantesco meteorólogo volvió a hablar.

—El problema es el siguiente —dijo—. Blair quiere examinar ese ser. Deshelarlo y hacer placas microscópicas de sus tejidos. Norris no cree que esté exento de peligros, y Blair sí. El doctor Copper está de acuerdo con Blair. Norris, naturalmente, es un físico y no un biólogo. Pero hace hincapié en un punto que todos debemos oír. Blair ha descrito las formas de vida microscópicas que los biólogos llaman vivas, aun en estos parajes tan fríos e inhospitalarios. Se hielan en cada invierno y se deshuelan en cada verano, durante tres meses, y viven.

»Lo que hace notar Norris es que se deshuelan y reviven. Debe de haber existido vida microscópica vinculada a ese ser. La hay en todos los seres vivos que conocemos. Y Norris teme que pongamos en libertad una plaga, alguna enfermedad con gérmenes desconocidos para la Tierra, si deshelamos a esos seres microscópicos que han estado congelados ahí durante veinte millones de años.

»Blair admite que esta microvida puede conservar la facultad de vivir. Los seres inorgánicos, como las células individuales, pueden conservar la vida durante periodos desconocidos cuando se les congela sólidamente. En cuanto al *ser* en sí, está tan muerto como los mamuts congelados que se encuentran en Siberia. Las formas de vida orgánicas y de desarrollo superior no pueden soportar ese tratamiento.

»Pero la microvida pudo hacerlo. Norris insinúa que podemos liberar alguna forma de enfermedad contra la cual el hombre, por no conocerla, sería totalmente impotente.

»La respuesta de Blair es que quizá existen estos gérmenes vivos aún, pero que Norris ha planteado el asunto a la inversa. Distan mucho de ser absolutamente inmunes al hombre. Nuestra química de la vida, probablemente...

—¡Probablemente!

El pequeño biólogo irguió la cabeza con un movimiento rápido, propio de un



pájaro. La aureola de cabellos grises que le rodeaban la calva se encrespó, como irritado.

—Oiga... Una mirada...

—Lo sé —confesó McReady—. Ese ser no es terrestre. Parece imposible que pueda tener una química vital suficientemente semejante a la nuestra como para que el contagio resulte posible, ni aun en forma remota. Yo diría que no hay peligro.

McReady miró al doctor Copper. Éste movió lentamente la cabeza.

—Ninguno —afirmó, con aire confiado—. El hombre no puede contagiar ni ser contagiado por gérmenes que viven en parientes tan lejanos como las serpientes. Y éstas se hallan, se lo aseguro a ustedes —y el rostro pulcramente afeitado del doctor Copper hizo una mueca de malestar—, *mucho* más cerca de nosotros que... *eso*.

Vance Norris se movió con irritación. Era relativamente bajo en aquella reunión de hombres altos; medía menos de metro setenta y su complexión rechoncha y vigorosa tendía a dar la impresión de que era más bajo aún. Si McReady era un hombre de bronce, Norris era todo acero. Sus movimientos, sus pensamientos, todo su porte tenía el ágil y duro impulso de un resorte de acero. Sus nervios eran acero, enérgico y rápido para obrar, rápido para corroerse.

Se había decidido ahora sobre la posición por la cual abogaría y fustigó en su defensa con un fluir característico, veloz y cortado de palabras:

—¡Al diablo con la química distinta! Ese ser quizá esté muerto, o quizá no lo esté; pero no me gusta. ¡Maldita sea, Blair! Muéstreles el monstruo que está cuidando ahí. Muéstreles esa cosa sucia y que decidan por sí mismos si quieren que eso se deshiele en este campamento.

»Y a propósito... Tiene que deshelarse esta noche en una de las cabañas, si queremos que se deshiele. Alguien... ¿quién está de guardia hoy? ¡Ah, Connant! Habrá rayos cósmicos esta noche. Bueno, usted tiene que velar a esa momia suya de veinte millones de años. Desenvuélvala, Blair. ¿Cómo diablos pueden saber qué compran si no lo ven? Quizá esto tenga una química distinta. No sé qué otra cosa tiene, pero sé que tiene algo que no quiero. A juzgar por la expresión de su fisonomía, y no es humana, de modo que quizá ustedes no puedan juzgarla, estaba irritado cuando se congeló. Decir irritado, en realidad, es lo más aproximado a sus sentimientos, los de un odio frenético, loco, demencial. ¿No han visto esos tres ojos encarnados y esos cabellos azules que parecen gusanos que se arrastran? Nada de lo engendrado en la Tierra tiene la indecible sublimación de la devastadora ira que ese ser exhibió en su semblante al contemplar a su alrededor la helada desolación terrestre, hace veinte millones de años. ¿Loco? Su locura era bastante evidente... ¡una locura quemante y ampollante!

»¡Qué demonios! He tenido constantes pesadillas desde que contemplé esos tres ojos encarnados. Pesadillas... Soñé que ese ser se deshela y resucitaba... que no había estado muerto y ni siquiera totalmente inconsciente durante esos veinte millones de años, sino sólo detenido, esperando..., esperando. También ustedes

soñarán, mientras que ese maldito ser que la Tierra no quiso poseer gotea, gotea esta noche en la Casa del Cosmos.

»Y usted, Connant... —dijo Norris, volviéndose rápidamente hacia el especialista en rayos cósmicos—; usted se divertirá pasándose la noche desvelado en el silencio. El viento gime arriba..., y eso gotea... —y Norris se interrumpió por un momento y miró a su alrededor—. Lo sé. Eso no es ciencia. Pero es psicología. Ustedes tendrán pesadillas durante un año más. Todas las noches desde que miré eso las tuve. Por eso lo odio, por cierto que lo odio, y no quiero tenerlo cerca. Vuelvan a ponerlo en el lugar del que proviene y que se congele durante otros veinte millones de años. He tenido algunas bonitas pesadillas... he soñado que ese ser no era como nosotros, lo cual es evidente, sino de una carne distinta, que eso puede realmente controlar. Que puede cambiar de forma y parecer un hombre... y esperar el momento de matar y comer...

»Eso no es un argumento lógico. Sé que no lo es. Pero ese ser, de todos modos, no tiene una lógica terrena.

»Quizá tenga una química corporal extraña, y sus gérmenes una química orgánica extraña. Un germen tal vez no soporte eso, pero... ¿qué les parece un virus, Blair y Copper? Ustedes dicen que un virus sólo es una molécula de enzima. Le bastaría una molécula de proteína de cualquier cuerpo para trabajar con ella.

»¿Y cómo pueden estar tan seguros de que, del millón de variedades de vida microscópica que eso pueda tener, *ninguna* de ellas es peligrosa? ¿Qué me dicen de enfermedades como la hidrofobia, que ataca a todos los animales de sangre caliente, sea cual fuere la química de su cuerpo? ¿Y de la psitacosis? ¿Tiene usted un cuerpo como el del loro, Blair? ¿Y la descomposición común... la gangrena... si se quiere? ¡Ese ser no es exigente en cuanto a la química del cuerpo!

Blair alzó los ojos en medio de la perorata y su mirada se encontró por un momento con los ojos airados y grises de Norris.

—Hasta ahora, lo único de contagioso que a su entender causó ese ser fueron los sueños. Llegaré a admitirlo.

Una sonrisa traviesa y algo perversa iluminó el rostro cubierto de cicatrices del hombrecillo.

—También yo lo tuve. Eso es. Ese ser contagia sueños. Sin duda, una enfermedad peligrosísima.

»En cuanto a sus demás cosas, ustedes tienen una idea lamentablemente errónea sobre los virus. En primer lugar, nadie ha demostrado que la teoría de la enzima-molécula, y sólo eso, los explique. Y en segundo lugar, cuando ustedes contraigan la enfermedad del tabaco o la herrumbre del trigo, avísenme. Una planta de trigo está mucho más cerca de la química del cuerpo de ustedes que este ser de otro mundo.

»Y la hidrofobia de ustedes es limitada, rigurosamente limitada. Ustedes no pueden contagiársela de una planta de trigo o un pez... Aunque éste es un descendiente colateral de un ascendiente común de ustedes, ni contagiársela a ellos.

Un ascendiente de éste, Norris, no es.

Blair señaló con la cabeza el bulto envuelto en lona embreada que se hallaba sobre la mesa.

—Bueno, deshiele ese maldito ser en un tubo de formalina, si hace falta. He insinuado que...

—Y yo he dicho que eso no tendría sentido. No se puede transigir. ¿Por qué han venido aquí usted y el comandante Garry a estudiar el magnetismo? ¿Por qué no se conformaron con quedarse en su país? Hay bastante fuerza magnética en Nueva York. Me sería tan imposible estudiar la vida que tuvo en otros tiempos este ser, basándome en una muestra conservada en formalina, como a ustedes obtener la información que querían en Nueva York Y... ¡si a ésa se la trata así, nunca, en tiempos futuros, podrá haber un *facsimil*! La raza de la cual proviene debió de desaparecer durante los veinte millones de años que se pasó congelado, de modo que aunque proviniera de Marte, nunca encontraríamos nada semejante. Y... la nave ha desaparecido.

»Sólo se puede hacer una cosa... y es lo mejor. Hay que deshelar eso lenta y cuidadosamente, y no en formalina.

El comandante Garry volvió a adelantarse y Norris retrocedió, murmurando con enojo:

—Creo que Blair tiene razón, caballeros. ¿Qué opinan ustedes?

—Nos parece conveniente, en mi opinión... Sólo que quizás él deba vigilarlo mientras se deshiela.

Y sonrió lastimeramente, apartándose un mechón del color de la cereza madura caído sobre su frente.

—Buena idea, en realidad... si él se queda velando junto a su hermano cadáver.

Ansiosamente, Blair estaba desatando las cuerdas. Un solo tirón de la lona embreada y dejó al descubierto aquel ser. El hielo se había derretido un poco con el calor de la habitación y era límpido y azul como un buen cristal grueso. Brillaba, húmedo y bruñido, bajo la áspera luz del globo de vidrio sin pantalla que pendía de arriba, en el techo.

Todos se tornaron repentinamente rígidos. Aquello estaba boca arriba sobre las rústicas y grasientas tablas de la mesa. El roto mango del hacha de bronce para hielo estaba sepultado en el extraño cráneo. Los tres ojos frenéticos, llenos de odio, brillaban con un fuego vivo, relucientes como sangre recién derramada, desde un rostro enmarcado por un nido repulsivo de gusanos que se retorcían, de azules y móviles gusanos que se arrastraban donde debía crecer el pelo...

Van Wall, un piloto de metro ochenta de estatura y casi cien kilos de peso, con nervios habituados al hielo, dejó escapar una exclamación extraña y estrangulada y salió tambaleándose al pasillo. La mitad del grupo se dirigió hacia las puertas. Los demás de alejaron a tropezones de la mesa.

McReady estaba de pie cerca de la mesa observándolos, el corpachón sólidamente plantado sobre las vigorosas piernas. Norris, desde el otro extremo, contemplaba

fijamente a aquel ser, con odio feroz. Fuera, Garry hablaba con media docena de hombres a un tiempo.

Blair tomó un martillo. El hielo que servía de envoltura al ser se deshizo rápidamente bajo su contacto, abandonando aquello que le protegiera durante veinte mil millares de años...

### 3

—Sé que eso no le gusta, Connant, pero hay que deshelarlo. Usted habla de dejarlo así hasta que volvamos a la civilización. Pero... ¿cómo le haríamos cruzar a ese ser el ecuador? Tenemos que llevarlo a través de una zona cálida, la ecuatorial, y durante la mitad del camino recorrería la otra zona templada, antes de llegar a Nueva York. Usted no quiere pasarse una noche desvelado junto a él, pero en cambio insinúa que yo debo colgar su cadáver en la heladera junto a la carne de vaca..., ¿no es así?

Blair interrumpió su cautelosa charla, mientras su pelado cráneo cubierto de pecas asentía triunfante.

Kinner, el rechoncho cocinero de rostro cubierto de cicatrices, le ahorró a Connant la molestia de responder:

—Escuche, señor. Ponga eso en la heladera con la carne y le juro por todos los dioses que hayan existido que lo meteré a usted ahí dentro para que le haga compañía. Ustedes han traído ya a mis mesas de la cocina todo que había de transportable en este campamento y he tenido que soportarlo. Pero si ponen cosas como esa en mi heladera, o hasta en mi escondrijo de la carne, tendrán que hacerse ustedes mismos la comida.

—Pero, Kinner —objetó Blair—. Esa es la única mesa del Gran Imán suficientemente grande para trabajar sobre ella. Todos le han explicado eso.

—Sí, y lo han traído todo aquí. Clark trae a sus perros cada vez que hay una pelea y los ata a esa mesa. Ralsen trae sus trineos. ¡Lo único que no han puesto ustedes sobre esa mesa es el Boeing! Y ya lo habrían hecho si se les hubiera ocurrido la manera de traerlo a través de los túneles.

El comandante Garry rió y le sonrió a Van Wall, el enorme piloto principal. La gran barba rubia de Van Wall se estremeció con aire de sospecha cuando hizo un grave gesto de asentimiento a Kinner.

—Tiene razón, Kinner. El departamento de aviación es el único que lo trata bien.

—Esto se abarrota, Kinner —reconoció Garry—. Pero temo que a todos nos pasa

lo mismo. No hay mucha intimidad en un campamento antártico.

Una sonrisa asomó al duro rostro de Connant cuando reapareció en el de Kinner su constante y jovial aire gruñón. Pero se extinguió rápidamente cuando sus ojos oscuros y hundidos se volvieron de nuevo hacia el ser de ojos encarnados que Blair liberaba de su capullo de hielo. Una manaza desgredió su cabello, que le llegaba al hombro, y tiró de un mechón retorcido que le caía detrás de la oreja, con gesto familiar.

—Sé que esa cabaña del rayo cósmico estará demasiado atestada si tengo que cuidar de noche a ese monstruo —gruñó—. ¿Por qué no sigue rompiendo el hielo que lo rodea y cuelga luego a ese ser sobre la caldera de la planta de energía? Esa da suficiente calor. Derretiría a un pollo, y hasta a todo un flanco de buey, en pocas horas.

—Lo sé —protestó Blair, dejando el martillo para gesticular más rotundamente con sus dedos huesudos y pecosos, todo el pequeño cuerpo tenso de ansiedad—. Pero esto es demasiado importante para correr riesgos. Nunca se hizo un hallazgo parecido: ni se hará. Es la única oportunidad que tendrán los hombres, y hay que hacerlo con toda precisión. Mire... Usted sabe que los peces que hemos extraído cerca del mar de Ross se hielan apenas los izamos a la cubierta y reviven si uno los deshiela con cuidado... ¿verdad? Las formas de vida inferiores no mueren al helarse con rapidez y con el deshielo lento. Tenemos...

—¡Vamos, por amor de Dios! —exclamó Connant—. ¿Usted quiere decir que ese maldito ser reviviría? Lo haré pedazos...

—¡No, *no*, estúpido! —exclamó Blair, interponiéndose delante de Connant para proteger a su propio hallazgo—. No. Simplemente, formas *inferiores* de vida. Por amor de Dios, déjeme terminar. No se puede deshelar formas superiores de vida y hacerlas revivir. Espere un momento, ahora... Un pez puede revivir después del congelamiento porque es una forma de vida tan inferior que las células individuales de su cuerpo reviven y eso solo basta para restablecer la vida. Todas las formas superiores desheladas así se mueren. Aunque revivan las células individuales, el organismo muere porque para vivir debe existir una organización y un esfuerzo cooperativo. Esa cooperación no puede ser restablecida. En todo animal intacto y rápidamente congelado hay una especie de vida latente que en ninguna circunstancia puede tornarse vida activa en los animales superiores, pues éstos son demasiado complejos, demasiado delicados. Este es un ser inteligente, que ha llegado tan alto en su evolución como nosotros en la nuestra. Quizás mayor aún. Está todo lo muerto que podría estarlo un hombre helado.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Connant, esgrimiendo el hacha para hielo de que se apoderara momentos antes.

El comandante Garry apoyó una mano sobre su grueso hombro, conteniéndolo.

—Un momento, Connant. Quiero aclarar esto. Convengo en que este ser no será deshelado mientras exista la más lejana probabilidad de que reviva. Admito que sería

demasiado desagradable tenerlo vivo, pero no creo que haya la más remota posibilidad de que esto suceda.

El doctor Copper se sacó la pipa de entre los dientes e izó su cuerpo rechoncho y moreno de la litera sobre la cual estaba sentado.

—Blair está hablando desde el punto de vista técnico. Ese ser está muerto. Tan muerto como los mamuts que se encuentran helados en Siberia. Tenemos toda suerte de pruebas de que los animales no reviven después de haberse helado, ni siquiera los peces, en un sentido general, y ninguna prueba de que la vida animal superior pueda hacerlo, en ninguna circunstancia. ¿En qué se basa, Blair?

El pequeño biólogo se desperezó. La orla de cabello que se había erizado alrededor de su cráneo oscilaba con austera ira.

—Me baso en que las células individuales pueden ostentar las características que tenían en vida si se las deshiela adecuadamente. Las células del músculo de un hombre viven muchas horas después de muerte éste. Por el solo hecho de que vivan, y de que las células del pelo y las uñas crezcan aún, usted no acusaría a un cadáver de ser un *zombie* o algo así.

»Ahora bien... Si deshielo esto adecuadamente tendré una probabilidad de determinar a qué tipo de mundo pertenece. No sabemos, ni podemos saberlo de ningún modo, si proviene de la Tierra o de Marte o de Venus o de más allá de las estrellas.

»Y por el solo hecho de que ese monstruo no se parezca a la especie humana, usted no tiene por qué acusarlo de ser maligno o perverso o algo así. Quizás esa expresión de su rostro sea una resignación ante su destino. El blanco es para los chinos el color de luto. Si los hombres pueden tener costumbres distintas... ¿por qué no una especie tan distinta podría tener diferentes criterios sobre las expresiones faciales?

Connant rió silenciosamente, sin alegría.

—¡Una resignación pacífica! Si eso es lo mejor que puede ofrecer ese ser en materia de resignación, me habría disgustado mucho verlo furioso. Ese rostro nunca tuvo pensamientos filosóficos, como la paz, simplemente.

»Sé que a usted le interesa ese ser... pero muéstrese cuerdo. Ese ser creció en el mal, durante su adolescencia se entretuvo asando vivos a los equivalentes locales de los gatitos y en la madurez se divirtió con una nueva e ingeniosa tortura.

—Usted no tiene el menor derecho a decir eso —dijo con tono brusco Blair—. ¿Acaso sabe el abecé del significado de una expresión facial ingénitamente inhumana? Bien puede ser que no tenga el menor equivalente humano. Ese ser es simplemente un aspecto distinto de la naturaleza, otro ejemplo de la maravillosa adaptabilidad de la naturaleza. Al crecer en otro mundo distinto, quizá más rudo, tiene distintas formas y facciones. Pero es un hijo tan legítimo de la naturaleza como usted. Usted exhibe esa infantil flaqueza humana de odiar a los distintos. En su propio mundo, ese ser lo clasificaría probablemente a usted de pez ventrudo, de

monstruo blanco con insuficiente número de ojos y un cuerpo fungoso pálido e hinchado de gas. Por el solo hecho de que su naturaleza sea distinta, usted no tiene derecho a decir que es un mal necesario.

Norris estalló en un solo y explosivo ¡ja! Luego, contempló al ser.

—Puede ser que las cosas de otros mundos no *tengan* que ser malas por el solo hecho de ser distintas. ¡Pero eso sí lo *era*! Un hijo de la naturaleza..., ¿eh? Bueno, pues era una naturaleza de todos los diablos.

—¡Vamos! ¿Se dejarán de reñir y me sacarán de una vez de la mesa ese maldito objeto? —gruñó Kinner—. Y pónganle una lona encima. Su aspecto es indecente.

—Kinner se ha vuelto recatado —dijo burlonamente Connant.

Kinner miró de soslayo al corpulento físico. La mejilla cubierta de cicatrices se contrajo para unirse a la línea de sus apretados labios, en torcida sonrisa.

—Bueno, grandote... ¿Y por qué gruñía usted hace un rato? Podemos poner eso en una silla próxima a usted esta noche, si quiere.

—No temo su cara —replicó con tono brusco Connant—. No me gusta mucho velar este cadáver, pero lo haré.

La sonrisa de Kinner se dilató a lo ancho de su rostro.

—Hum... —dijo.

Fue hacia el hornillo y le desprendió vigorosamente las cenizas, ahogando con el ruido el tintineo de hielo que rompía Blair al poner de nuevo manos a la obra.

## 4

—*Cluc* —informó el contador de rayos cósmicos—. *Cluc-burp-cluc*.

Connant se sobresaltó y dejó caer el lápiz.

—¡Maldición!

El físico miró al otro rincón, observando el contador Geiger que estaba sobre la mesa.

Y se arrastró debajo de ésta, donde había estado trabajando, para recobrar el lápiz.

Volvió a poner manos a la obra, tratando de que su escritura saliera más pareja, ya que tendía a dar saltos y a acusar rasgos trémulos, siguiendo el ritmo de los bruscos cacareos de gallina orgullosa del contador Geiger. El grave zumbido de la lámpara de presión que usaba Connant para iluminar el recinto, la mezcla de gorgoteos y toques de clarín de la docena de hombres que dormían en el otro extremo del pasillo en la Casa del Paraíso, formaban la atmósfera sonora de los irregulares y cloqueantes

ruidos del contador y el ocasional crujir del carbón que caía en la ventruda estufa de cobre. Y un suave e incesante *drip-drip-drip* del ser que estaba en el rincón.

Connant sacó de un tirón un paquete de cigarrillos del bolsillo y lo abrió con tanta brusquedad que asomó un cigarrillo y se metió éste en la boca. El encendedor no funcionó y Connant hurgó irritado entre la pila de papeles en busca de un fósforo. Probo varias veces la rueda del encendedor, lo tiró con una maldición y se levantó para sacar una brasa de la estufa.

El encendedor funcionó instantáneamente cuando lo ensayó al volver a la mesa. El contador desgranó una serie de risitas en el momento en que lo hería un estallido de rayos cósmicos. Connant se volvió para mirarlo con enojo y procuró concentrarse en la interpretación de los datos resumidos durante la semana anterior. La síntesis de la semana...

Se rindió y cedió a la curiosidad o a la nerviosidad. Tomó del escritorio la lámpara de presión y la llevó a la mesa del rincón. Luego volvió a la estufa y tomó los morillos. El ser se estaba deshelando desde hacía ya 18 horas. Lo hurgó con inconsciente cautela: la carne no era ya dura como un blindaje y había cobrado una consistencia gomosa. Parecía un caucho húmedo y azul, al brillar bajo las gotitas de agua. Connant sintió un irrazonable deseo de verter el contenido del depósito de la lámpara sobre el ser que estaba en su caja y prenderle un fósforo. Los tres ojos encarnados brillaron furiosamente frente a él sin verlo, las cuencas de los ojos color rubí reflejaban lóbregos y humosos rayos de luz.

Connant adivinó vagamente que los había estado contemplando durante largo tiempo y hasta comprendió de una manera borrosa que ya no estaban ciegos. Pero esto no parecía tener tanta importancia como el esforzado y lento movimiento de los tentáculos que surgían de la base de su cuello flaco y de lenta vibración.

Connant tomó la lámpara de presión y volvió a su silla. Se sentó, contemplando fijamente las páginas de guarismos matemáticos que tenía delante. El cloquear del contador Geiger se había vuelto extrañamente menos perturbador, el crujir de los carbones de la estufa no lo distraía ya.

El rumor de los tablones del piso, a sus espaldas, no interrumpió sus pensamientos cuando preparó su informe semanal de un modo automático, llenando las columnas de datos y agregando notas sucintas y nutridas.

El crujir de los tablones del piso se acercó.



Blair surgió bruscamente de las profundidades del sueño, acosado por pesadillas. El rostro de Connant flotaba borrosamente allá arriba: por un momento le pareció que se prolongaba el salvaje horror de la pesadilla. Pero el rostro de Connant denotaba cólera y cierto susto.

—Blair... Blair... Maldito tronco... Despiértese.

—¿Quéeee? —preguntó el biólogo, frotándose los ojos, mientras su huesudo y pecoso dedo se curvaba hacia un mutilado puño infantil.

Desde las literas circundantes, otros semblantes se alzaron para contemplar absortos a ambos. Connant se irguió.

—Levántese... Su maldito ser se ha escapado.

—¡Se ha escapado!

La voz toruna del piloto principal bramó las palabras con un volumen que estremeció las paredes.

Otras voces gritaron repentinamente desde los túneles de comunicación. Los doce habitantes de la Casa del Paraíso irrumpieron dando tumbos, bruscamente. Barclay, rechoncho y bulboso en su larga ropa interior de lana, llevaba un extintor.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó Barclay.

—Su maldito ser se ha escapado. Me quedé dormido hace unos veinte minutos y, cuando desperté, había desaparecido. Oiga, doctor... Usted había dicho que esos seres no reviven. La vida latente de Blair se ha convertido en otra muy efectiva y nos ha burlado.

Copper le miró absorto, con aire ausente.

—Ese ser no era... terrestre —dijo, con un repentino suspiro—. Yo..., yo creo que las leyes terrestres no rigen para él.

—Pues pidió licencia y se la tomó. Tenemos que encontrarlo y capturarlo de algún modo —dijo Connant, que profirió una furiosa blasfemia, con los hundidos ojos negros hoscos y sombríos—. Es un milagro que ese ser infernal no me haya devorado durante mi sueño.

Blair se echó atrás con un sobresalto, los apagados ojos animados bruscamente por un fulgor de miedo.

—Puede que ese... Hum... Este... Tendremos que encontrarlo.

—Encuéntrelo usted. Es su favorito. Bastante he tenido ya con él, después de haberme pasado ahí siete horas oyendo golpear el contador Geiger con intervalos de pocos segundos. Y usted, aquí roncando. Es un milagro que me haya dormido. Me voy al edificio de la administración.

El comandante Garry entró, ajustándose el apretado cinturón.

—No tendrá necesidad de hacerlo. —El bramido de Van resonó como el Boeing cuando aterriza a favor del viento—. ¿De modo que ese ser no estaba muerto?

—Puedo asegurarle que no lo llevé en mis brazos —dijo con tono brusco Connant—. Cuando lo vi por última vez, su cráneo partido rezumaba una sustancia verde, como una oruga aplastada. Bueno... Era un monstruo ultraterreno de temperamento

ultraterreno, a juzgar por su rostro, que miraba a su alrededor con asombro. Tenía el cráneo hendido y los sesos saliéndosele por allí.

En el umbral aparecieron Norris y McReady, y también se veía acudir a otros hombres que tiritaban.

—¿Lo ha visto alguien por aquí? —preguntó Norris, con aire ingenuo—. Tiene menos de metro y medio de estatura... Tres ojos encarnados... Los sesos saliéndosele del cráneo. ¿Se cercioró alguien, para asegurarse de que no se trataba de una humorada extravagante? Si es así, creo que todos nos uniremos para atarle a Connant al cuello el animalito de Blair, como el albatros del *Ancient Mariner*.

—No es una humorada —dijo Connant, estremeciéndose—. Ojalá lo fuera... Yo preferiría llevar...

Se interrumpió. Desde el pasillo llegó un aullido salvaje y alucinante. Los hombres se tornaron rígidos, bruscamente, y se volvieron a medias.

—Creo que lo han localizado —concluyó Connant.

En sus oscuros ojos brillaba un raro malestar. Se lanzó hacia su litera de la Casa del Paraíso y volvió casi inmediatamente con un pesado revólver calibre 45 y un hacha para hielo. Esgrimía ambos cuando se lanzó por el pasillo hacia la sección de los perros.

—Habría tomado por el pasillo que menos le convenía... Y habrá ido a parar entre los perros. Escuchen... Los perros han roto sus cadenas...

El casi aterrorizado aullar de la jauría se había convertido en un salvaje alboroto propio de una cacería. Las voces de los animales retumbaban de una manera atronadora en los angostos corredores, y entre ellos se distinguía un grave gruñido de odio. Un grito penetrante de dolor, una docena de ladridos furiosos.

Connant se lanzó hacia la puerta. Pisándole los talones, lo siguieron McReady, y luego Barclay y el comandante Garry. Otros hombres se lanzaron hacia el edificio de la administración y en busca de armas... a la casa de los trineos. Pomroy, que estaba a cargo de las cinco vacas del Gran Imán, se lanzó por el pasillo en dirección opuesta: tenía en mente una horquilla de dos metros, de largos dientes.

Barclay se detuvo en plena carrera al ver que la gigantesca mole de McReady se apartaba bruscamente del túnel que llevaba a la sección de los perros y desaparecía en un recodo. Indeciso, el mecánico vaciló durante un instante, con el extintor en las manos, no sabiendo a qué lado correr. Luego siguió a Connant sea cual fuere la intención de McReady, se podía confiar en que la pondría en práctica con éxito.

Connant se detuvo en el recodo del pasillo. Su respiración se escapó repentinamente de su garganta, sibilante.

—¡Santo Dios...!

Su revólver se descargó atronadoramente; tres ondas sonoras envaradoras y tangibles retumbaron a lo largo de los angostos pasillos. Luego otras dos. El revólver cayó sobre la endurecida nieve, y Barclay vio que el hacha para hielo adoptaba una posición defensiva.

El vigoroso cuerpo de Connant le bloqueaba la visión, pero más allá oía algo maullante y que reía con una risita demencial. Los perros estaban más tranquilos: había una mortal seriedad en sus graves gruñidos. Escarbaban en la endurecida nieve y las cadenas rotas tintineaban sonoramente.

De pronto, Connant se movió y Barclay pudo distinguir qué había más allá. Durante un instante permaneció petrificado; luego profirió una vigorosa maldición. El ser se lanzó sobre Connant y los poderosos brazos del hombre descargaron el hacha para hielo de plano sobre lo que podía ser una cabeza. Se oyó un horrible crujido, y aquella carne hecha jirones, desgarrada por media docena de perrazos salvajes, se levantó nuevamente de un salto. Los ojos encarnados ardían con odio ultraterreno, con una vitalidad ultraterrena, imposible de matar.

Barclay proyectó hacia el ser el extintor: el cegador y ampollante chorro de sustancia química pulverizada lo desorientó y lo detuvo, impidiendo al propio tiempo los salvajes ataques de los perros, que no tenían durante mucho tiempo nada viviente o capaz de vivir, y lo mantuvieron a raya.

McReady apartó a los demás de su camino y corrió por el angosto pasillo atestado de hombres que no podían llegar al lugar donde ocurrían los hechos. Proyectaba un ataque sobre base segura. Una de las gigantescas antorchas fuelles usadas para calentar los motores del avión estaba en sus bronceadas manos. El aparato bramó ruidosamente cuando McReady abrió la válvula. El frenético maullido se acrecentó con sus sibilantes notas. Los perros se apartaron en confuso tropel del cálido lanzazo de llama azul.

—Bar, consiga un cable de alta tensión y tiéndalo como pueda. Y un asa. Podemos electrocutar a este... monstruo, si yo no lo reduzco a cenizas.

McReady hablaba con la autoridad que da la acción planeada. Barclay se encaminó por el largo pasillo a la planta de energía, pero Norris y Van Wall ya se le habían adelantado a la carrera.

Barclay halló el cable en el armario eléctrico de la pared del túnel. Al cabo de un minuto, lo había desprendido y volvía. La voz de Van Wall resonó con el grito de advertencia de *¡Alta tensión!* cuando se puso en marcha la dinamo de emergencia accionada con gasolina. Ahora habían bajado ahí otra media docena de hombres: arrojaban combustible en la caldera de la planta. Norris estaba trabajando con dedos rápidos y seguros en el otro extremo del cable de Barclay con uno de los alambres aislados de conexión de energía eléctrica.

Los perros habían retrocedido cuando Barclay llegó al recodo del pasillo, acobardados por aquel furioso monstruo que los miraba con unos siniestros ojos encarnados, profiriendo maullidos, con su odio de fiera acorralada. Los canes formaban un semicírculo de hocicos ensangrentados con una orla de relucientes dientes blancos, y gemían con una maligna vehemencia que corría pareja casi con la furia de los ojos encarnados.

McReady se detuvo con aire confiado en el recodo del pasillo, con la antorcha

fuelle pronta para la acción en sus manos. Se hizo a un lado sin apartar la mirada de la bestia cuando Barclay se adelantó. En su rostro enjuto y bronceado se veía una débil y contenida sonrisa.

La voz de Norris gritó desde el otro extremo del pasillo, y Barclay avanzó. El cable fue enrollado al largo mango de una pala para la nieve y los dos conductores fueron divididos y mantenidos a medio metro de distancia por un trozo de madera atado en ángulo recto sobre el otro extremo del mango. Conductores pelados de cobre, cargados con 220 voltios, centellearon a la luz de las lámparas de presión. El ser maullaba y pregonaba su odio y esquivaba los ataques. McReady avanzó hasta el costado de Barclay. Los perros adivinaron el plan con la inteligencia casi telepática de los canes amaestrados. Sus gemidos se hicieron más penetrantes, más agudos, y sus ágiles pasos los acercaron más.

Bruscamente, un enorme perro de Alaska, negro como la noche, saltó sobre el acorralado monstruo. El ser se apartó de él chillando y pataleando, con sus pies como sables dentados.

Barclay saltó hacia adelante y descargó su golpe. Se oyó un horripilante y agudo grito, que se estranguló. El olor a carne quemada se acentuó en el pasillo y se elevó una espiral de humo grasiento. El eco del martilleo de la lejana dinamo se volvió sordo.

Los ojos encarnados se velaron y convirtieron el rostro en una rígida y convulsionada parodia de facciones. Aquellos miembros, que parecían brazos y piernas, se estremecieron y ejecutaron movimientos espasmódicos. Los perros saltaron hacia delante, y Barclay retiró su arma con mango de pala. El monstruo, tendido sobre la nieve, no se movió cuando lo desgarraron los brillantes dientes de los perros.

## 6

Garry miró a su alrededor, en la atestada habitación. Treinta y dos hombres, algunos de ellos recostados contra la pared en nerviosa tensión, otros relajados con aire de malestar, otros sentados, la mayoría de ellos de pie en una forzosa intimidad de sardinas. Treinta y dos, más los cinco dedicados a curar las heridas de los perros, formaban treinta y siete, el personal completo.

Garry empezó a hablar:

—Perfectamente. Creo que todos estamos aquí, Todos vieron lo que estaba sobre

la mesa. Para quienes no lo hayan visto, levantaré...

Su mano se tendió hacia la lona embreada que abultaba sobre el cuerpo tendido en la mesa. De allí brotó un acre olor a carne quemada. Los presentes se movieron con malestar y se apresuraron a declarar que no necesitaban verlo.

—Parece que Charnauk no guiará más equipos de perros —prosiguió Garry—. Blair quiere examinar en forma más detallada a ese ser. Queremos saber qué pasó y asegurarnos de que está total y definitivamente muerto. ¿De acuerdo?

—El que no esté de acuerdo puede cuidarlo esta noche —dijo con una sonrisa Connant.

—Muy bien, pues. Blair..., ¿qué puede decirnos sobre esto? ¿Qué era ese monstruo? —dijo Garry, volviéndose con aire interrogativo hacia el biólogo.

—Dudo de que hayamos visto alguna vez su forma natural —dijo Blair, contemplando el cuerpo cubierto—. Quizás haya estado imitando a los seres que construyeron esa nave, pero no lo creo. Los que estábamos cerca del recodo vimos a ese ser en acción: lo que está sobre la mesa es el resultado. Cuando quedó en libertad, empezó aparentemente a mirar a su alrededor. La Antártida estaba todavía helada como hace muchísimos siglos, cuando la viera por primera vez... y cuando quedara congelado. A juzgar por las observaciones que hice cuando se estaba desheland y por los trozos de tejido que corté y endurecí entonces, lo creo nativo de un planeta más cálido que la Tierra. En su forma natural no podría soportar la temperatura terrestre. En la Tierra no hay forma alguna de vida que pueda habitar la Antártida durante el invierno, pero la mejor transacción es el perro. Esa bestia encontró a los perros y llegó tan cerca que Charnauk se le echó encima. Los demás lo olieron o lo oyeron, no sé, el caso es que se volvieron frenéticos y rompieron sus cadenas y atacaron antes de que la pelea concluyera. Lo que encontramos fue en parte a Charnauk, que, cosa extraña, sólo estaba muerto a medias, y digerido a medias por el protoplasma gelatinoso de ese animal, y en parte los restos del monstruo que encontramos primitivamente, disueltos en cierto modo hasta volver al protoplasma básico. Cuando los perros lo atacaron se convirtió en la mejor bestia de ataque que se pueda concebir. Algún animal de otro mundo, aparentemente.

—Se convirtió —dijo con tono brusco Garry—. ¿Cómo?

—Todo ser viviente está formado de gelatina-protoplasma, y de cosas diminutas y submicroscópicas llamadas núcleos, que controlan el grueso, el protoplasma. Ese ser era simplemente una modificación de ese mismo plan de alcances mundiales de la naturaleza; células formadas por protoplasmas controlados por núcleos infinitamente diminutos. Ustedes los físicos podrían comparar eso, una célula individual de cualquier ser viviente, con un átomo; el grueso del átomo, la parte que llena el espacio, está formada por las órbitas del electrón, pero el carácter del mismo está determinado por el núcleo atómico.

»Esto no excede absurdamente lo que ya sabemos. Sólo es una modificación que no hemos visto aún. Es tan natural y lógica como cualquier otra de las

manifestaciones de la vida. Obedece exactamente a las mismas leyes. Las leyes están formadas por el protoplasma, su carácter es determinado por el núcleo.

»Sólo que, en ese ser, los núcleos pueden controlar esas células a voluntad. Digirieron a Charnauk y, mientras lo digerían, estudiaron cada célula de su tejido y modelaron sus propias células para imitarlas con exactitud. Partes de ese ser, las partes que tuvieron tiempo de terminar la transformación, son células caninas. Pero no tienen núcleos de células de perro.

Blair levantó un poco la lona embreada. Asomó una desgarrada pata de perro, de rígida pelambre gris.

—Esto, por ejemplo, no es un perro ni mucho menos: es una imitación. Con respecto a algunas partes, no estoy seguro: el núcleo se estaba ocultando, cubriéndose con un núcleo de imitación de las células caninas. Con el tiempo, ni siquiera el microscopio habría podido revelar la diferencia existente.

—Supongamos que hubiese tenido muchísimo tiempo —dijo Norris con amargura—. ¿Y entonces?

—Entonces habría sido un perro. Los demás perros lo habrían aceptado. Nosotros lo habríamos aceptado. No creo que nada lo hubiese distinguido, ni el microscopio ni los rayos X ni ningún otro medio. Se trata de un miembro de una raza de soberana inteligencia, una raza que ha descubierto ya los más profundos secretos de la biología y los ha usado.

—¿Qué proyectaba hacer ese monstruo? —preguntó Barclay, contemplando la giba que formaba el cuerpo bajo la lona.

Blair sonrió de una manera desagradable. La orla de cabello que circundaba su calva osciló a impulsos de una ráfaga.

—Apoderarse del mundo, supongo.

—¡Apoderarse del mundo! ¿El solo? —exclamó Connant, con voz entrecortada—. ¿Convertirse en solitario dictador?

—No —replicó Blair, meneando la cabeza. El escalpelo que esgrimiera entre sus huesudos dedos cayó y se inclinó a recogerlo, de modo que su rostro quedó oculto mientras hablaba—. Se habría convertido en la población del mundo.

—¡Habría poblado el mundo! ¿Se reproduce asexualmente?

Blair meneó la cabeza y tragó saliva.

—Ese ser... no necesitaba hacerlo. Pesaba 80 kilos. Charnauk, unos 45. Ese ser se habría convertido en Charnauk y le habrían sobrado 40 kilos para convertirse en... en Jack, por ejemplo, o en Chinook. Puede imitarlo todo..., es decir, convertirse en todo. De haber llegado al mar Antártico, se habría convertido en una foca... quizás en dos focas. Estas podían haber atacado a una ballena asesina y haberse convertido a su vez en ballenas asesinas o en una manada de focas. O quizás habría atrapado a un albatros o a una gaviota *skua* y hubiera volado a América del Sur.

Norris profirió una blasfemia.

—Y cada vez que ese ser digería algo y lo imitaba...

—Le habría quedado su cuerpo primitivo para recomenzar —concluyó Blair—. Nada podría matarlo. No tiene enemigos naturales porque se transforma en todo lo que quiere ser. Si le hubiese atacado una ballena asesina, se habría transformado en una ballena asesina. Si ese ser fuese un albatros y lo atacara un águila, se convertiría en águila. Podría convertirse en un águila hembra. ¡Podría desandar camino... hacerse un nido y poner huevos!

—¿Y está seguro de que ese engendro infernal ha muerto? —preguntó en voz baja el doctor Copper.

—Sí, a Dios gracias —respondió el biólogo con voz entrecortada—. Cuando alejaron a los perros, me quedé allí durante cinco minutos, manteniendo dentro de ese ser el cable de Barclay. Está muerto y cocido.

—Entonces, sólo podemos darle las gracias al cielo de que estemos en la Antártida, donde no hay nadie, ningún ser que imitar, salvo esos animales del campamento.

—Estamos nosotros —dijo con una risita Blair—. Puede imitarnos a nosotros. Los perros no pueden viajar 600 kilómetros hasta el mar: no basta el alimento. En esta temporada no hay suficientes gaviotas *skua* que imitar. Tan tierra adentro no hay pingüinos. No hay nada que pueda llegar al mar desde este punto..., salvo nosotros. Nosotros tenemos la inteligencia. Podemos hacerlo. ¿No comprenden? Ese ser tiene que imitarnos a nosotros... tiene que ser uno de nosotros... ésa es la única manera de que pueda pilotar un avión... pilotar un avión durante dos horas, y gobernar... ser... todos los habitantes de la Tierra. Un mundo a su alcance... ¡si nos imita!

»Él no lo sabía aún. No había tenido la oportunidad de descubrirlo. Lo acosaron y tomó lo que tenía más cerca. Miren... ¡Yo soy Pandora! ¡He abierto la caja! Y la única esperanza que queda es que no pueda salir de aquí. Ustedes no me vieron. Yo lo hice. Yo lo solucioné todo. Yo lo rompí todo. Ningún avión puede volar. Nada puede volar.

Blair profirió una risita y se dejó caer al suelo, sollozando.

Van Wall se lanzó hacia la puerta.

Los ecos de sus pisadas se perdían en el corredor cuando el doctor Copper, sin prisa, se indicó sobre el hombrecito tendido en el suelo. De su oficina, situada junto a aquella habitación, trajo algo y le inyectó una solución en el brazo de Blair.

—Quizá se le pase cuando despierte —suspiró, levantándose.

McReady le ayudó a levantar al biólogo y a tenderlo sobre una litera.

—Todo depende de que podamos convencerlo de que ese ser ha muerto —agregó el doctor Copper.

Van Wall irrumpió en el recinto, alisándose distraídamente la rubia barba. Miro a su alrededor.

—No creí que un biólogo pudiese hacer nada parecido tan concienzudamente. Se le olvidaron los repuestos del segundo escondrijo. No hay peligro. Yo los destruí.

El comandante Garry asintió.

—Yo me estaba preguntando qué había sido del transmisor.

—Supongo que no creerá que ese ser pueda escaparse en una onda radiotelefónica —dijo Copper con un bufido—. Usted tendría cinco tentativas de salvamento en los tres meses próximos si dejara de transmitir. Lo que se debe hacer es hablar fuerte. Me pregunto si...

McReady contempló pensativamente al médico.

—Eso podría ser algo así como una epidemia. Todos los que bebieran un poco de su sangre...

Copper meneó la cabeza.

—A Blair se le ha escapado algo. Ese ser puede imitar, pero, hasta cierto punto, tiene su propia química orgánica, su propio metabolismo. Si así fuera, se convertiría en un perro... y sería un perro y nada más. Tiene que ser *una imitación* de perro. Pero eso, uno puede percibirlo con los *tests* de suero. Y su química, ya que ese ser proviene de otro mundo, debe ser tan total y radicalmente distinta que unas pocas células, como las ganadas por las gotas de sangre, serían tratadas como gérmenes de una enfermedad por el perro o el cuerpo humano.

—La sangre... ¿Sangraría una de esas imitaciones? —preguntó Norris.

—Sin duda. La sangre nada tiene de místico. El músculo está formado por un 90 por ciento de agua, aproximadamente: la sangre sólo difiere en que tiene un dos por ciento más de agua y menos tejido conjuntivo. Las imitaciones sangrarían —le aseguró Copper.

Blair, repentinamente, se sentó en su litera.

—Connant... ¿Dónde está Connant?

El físico se acercó al biólogo.

—Aquí estoy. ¿Qué quiere?

—¿Es usted? —inquirió Blair, con una risita. Y volvió a dejarse caer sobre la litera, convulsionado por una silenciosa risa.

Connant lo miró, desconcertado.

—¿Eh? ¿Que si soy qué?

—¿*Está* usted ahí? —insistió Blair, con grandes risotadas—. ¿Es usted Connant? La bestia quería ser un *hombre*..., no un perro...



jeringa hipodérmica. El leve tintineo de ésta repercutió con harta sonoridad en la habitación atestada, ahora que la gorgoteante risa de Blair se había extinguido finalmente. Copper miró a Garry y movió con lentitud la cabeza.

—Un caso sin remedio, me temo. No creo que podamos convencerlo nunca de que ahora ese monstruo está muerto.

Norris rió, con aire indeciso.

—No estoy seguro de que usted me pueda convencer a mí. ¡Oh, que el diablo se lo lleve, McReady!

—¿McReady? —preguntó el comandante Garry, volviéndose para mirar sucesivamente a Norris y a McReady con curiosidad.

—Las pesadillas —explicó Norris—. McReady formulaba una teoría sobre las pesadillas que tuvimos en la estación secundaria después de descubrir a ese monstruo.

—¿Y la teoría era?... —dijo Garry, mirando tranquilamente a McReady.

Norris contestó por él, con voz espasmódica, inquieta:

—Que ese ser no estaba muerto, que tenía algo así como una existencia mucho más lenta, una existencia que le permitía, con todo, tener vagamente conciencia del transcurso del tiempo, de nuestra llegada, después de interminables años. Soñé que ese ser podía imitar cosas.

—Y puede imitarlas —gruñó Copper.

—No sea tonto —replicó con brusquedad Norris—. No es eso lo que me preocupa. En el sueño, ese ser podía leer los pensamientos y las modalidades personales.

—¿Y qué tiene de malo eso? El asunto parece inquietarlo más que la idea de lo que nos divertirá un loco en un campamento antártico —dijo Copper, señalando con la cabeza a Blair, que se había dormido.

McReady meneó lentamente su cabezota.

—Usted sabe que Connant es Connant porque no sólo parece Connant, cosa que estamos empezando a creer podría conseguir también esa bestia, sino porque piensa como Connant y se mueve como Connant. Eso exige algo más que un simple cuerpo que se le parezca: exige el pensamiento de Connant, y sus modalidades. Por eso, aunque uno sepa que podría obtener el *aspecto* de Connant, uno no se inquieta mucho sabiendo que tiene un cerebro de otro mundo, un cerebro totalmente inhumano, y que difícilmente podría reaccionar y hablar como uno de los hombres que conocemos y hacerlo tan bien cómo para engañarnos por un solo momento. La idea de ese monstruo imitando a uno de nosotros es fascinadora pero irreal, porque es demasiado integralmente inhumano para engañarnos. No tiene un cerebro humano.

—Como antes dije, usted sabe decir las cosas más graves en el más grave de los momentos —dijo Norris, contemplando sin pestañear a McReady—. ¿Quiere hacerme el favor de rematar ese pensamiento... de un modo u otro?

Kinner, el cocinero de las cicatrices, estaba de pie cerca de Connant. Repentinamente cruzó toda la atestada habitación, se acercó a su familiar hornillo y

desprendió ruidosamente sus cenizas.

—Ese ser no ganaría nada con asimilar simplemente el aspecto de alguien a quien tratara de imitar —dijo el doctor Copper, con tono contenido, como si pensara en voz alta—. Tendría que comprender sus sentimientos, sus reacciones. Ese ser es inhumano; tiene unas facultades de imitación que exceden toda concepción posible del hombre. Un buen actor, adiestrándose, puede imitar a otro hombre, las modalidades de otro hombre, lo suficiente para engañar a la mayoría de la gente. Desde luego ningún actor podría imitarlo en forma perfecta como para engañar a los que han estado conviviendo con el imitado en la total intimidad de un campamento antártico. Eso exigiría una habilidad sobrehumana.

—¡Ah! ¿También a usted le ha picado el germen? —dijo Norris, y profirió una blasfemia en voz baja.

Connant, que estaba de pie, solo, en un extremo de la habitación, miro a su alrededor con ojos frenéticos y muy pálido. Un suave remolino de los hombres los había agolpado poco a poco en el otro extremo, de modo que él se había quedado solo.

—¡Santo Dios! ¿Quieren callarse ustedes dos, Jeremías? —dijo Connant con voz trémula—. ¿Qué soy yo? ¿Algún ejemplar microscópico que están disecando? ¿Algún desagradable gusano que analizan en tercera persona?

McReady lo miró: sus manos, que se retorcían lentamente, cesaron por un momento de moverse. Y dijo:

—*Nos divertiremos mucho. Ojalá usted estuviese aquí. Firmado: Todos.* Connant, si usted cree que está pasando un mal rato, pase al otro lado por unos minutos. Usted tiene algo que nosotros no tenemos: sabe cuál es la respuesta. Le diré algo: en estos momentos, usted es el hombre más temido y respetado del Gran Imán.

—Dios mío, ojalá usted pudiese ver sus ojos —dijo Connant con voz entrecortada—. Déjese de mirar, ¿quiere? ¿Qué demonios va a hacer?

—¿Se le ocurre alguna idea, doctor Copper? —preguntó con firmeza el comandante Garry—. La situación actual es algo complicada.

—¿De veras? —replicó con tono brusco Connant—. Venga aquí y mire a esa gente. Su aspecto es idéntico al de esa jauría del pasillo. Benning... ¿quiere dejar de jugar con esa maldita hacha para hielo?

El filo de cobre resonó sobre el piso cuando el mecánico de aviación dejó caer nerviosamente el hacha. Benning se inclinó, la recogió de inmediato y la alzó con lentitud, haciéndola girar entre sus manos mientras la mirada de sus pardos ojos se paseaba espasmódicamente por la habitación.

Copper se sentó sobre la litera, junto a Blair. La madera crujió ruidosamente. En el otro extremo del corredor, un perro aulló de dolor y llegaron suavemente hacia ellos las tensas voces de los conductores de trineos.

—El examen microscópico sería inútil, como ya ha señalado Blair —dijo pensativamente el doctor Copper—. Ha transcurrido un tiempo considerable. Con

todo, los *tests* de suero serían terminantes.

—¿*Tests* de suero? ¿Qué quiere usted decir en realidad? —preguntó el comandante Garry.

—Si yo tuviera un conejo al cual se le ha inyectado sangre humana, que es un veneno para los conejos, naturalmente, como lo es para ellos la sangre de cualquier otro animal que no sea otro conejo, y las inyecciones continuaran durante algún tiempo en dosis crecientes, el conejo estaría inmunizado contra los hombres. Si le sacaran una pequeña cantidad de sangre, la pusieran en un tubo de ensayo para separarla, y le agregaran un poco de sangre humana al suero limpio, se operaría una visible reacción, la cual probaría que la sangre era humana. Si se le añadiera sangre de vaca o de caballo, o cualquier otro material de proteínas que no fuese la sangre humana, no se operaría reacción alguna. Eso sería una prueba terminante.

—¿Quiere indicarme dónde podría yo atrapar a un conejo para usted? —preguntó Norris—. Siempre que ese lugar esté más cerca que Australia; no queremos perder tiempo yendo tan lejos.

—Sé que no hay conejos en la Antártida —dijo Copper, con gesto de asentimiento—. Pero se trata simplemente del animal usual. Cualquier animal que no sea el hombre servirá. Un perro, por ejemplo. Pero eso requerirá varios días, y debido al tamaño mayor del animal exigirá considerable sangre. Dos de nosotros tendremos que contribuir.

—¿Bastaría conmigo? —preguntó rápidamente Garry.

—Valdría por dos —asintió Copper—. Me pondré a trabajar en ello inmediatamente.

—¿Y qué será de Connant, mientras tanto? —preguntó Kinner—. Saldré por esta puerta y me iré derecho al mar de Ross antes que cocinar para él.

—Quizá sea un ser humano... —empezó Copper.

—¡Un ser humano! —exclamó Connant, estallando en un torrente de blasfemias—. ¡Un ser humano! ¡Que *quizá* yo sea un ser humano! ¿Por quién diablos me toman?

—Por un monstruo —replicó con aspereza Copper—. Ahora cállese y escuche.

Connant se puso pálido. Se sentó pesadamente cuando la acusación se concretó en palabras.

—Hasta que lo sepamos con seguridad, se puede esperar razonablemente que lo encerremos bajo llave —dijo Copper—. Si usted no es... un ser humano... es mucho más peligroso que el pobre Blair, y yo cuidaré de que él sea encerrado concienzudamente. Espero que su próxima etapa sea un deseo violento de matarlo a usted, a todos los perros y probablemente a todos nosotros. Cuando despierte se convencerá de que ninguno de nosotros somos seres humanos, y nada de lo que vea en el mundo alterará jamás su convicción. Sería más bondadoso dejarlo morir, pero no podemos hacer eso, naturalmente. Blair será confinado en una cabaña y usted puede quedarse en la Casa del Cosmos, con su aparato de rayos cósmicos, lo cual es

poco más o menos lo que haría usted. Tengo que preparar un par de perros.

Connant asintió con amargura.

—Soy un ser humano. Haga ese *test*. Sus ojos... ¡Santo Dios! Si usted pudiera ver cómo miran sus ojos...

El comandante Garry observó con ansiedad cómo Clark, el encargado de los perros, sujetaba al perrazo pardo de Alaska, mientras Copper iniciaba el tratamiento de inyecciones. El perro se mostró reacio a colaborar: la aguja era dolorosa y ya lo habían pinchado bastante esa mañana. Cinco puntos de sutura mantenían cerrado un corte que le cruzaba la paletilla, las costillas y la mitad inferior de su cuerpo. Uno de los largos colmillos estaba roto: el fragmento que faltaba debía de hallarse sepultado en el omóplato del monstruo que estaba sobre la mesa del edificio de la administración.

—¿Cuánto demorará eso? —preguntó Garry, oprimiéndose suavemente el brazo.

Estaba dolorido a causa del pinchazo que le hiciera el doctor Copper para extraerle sangre.

Copper se encogió de hombros.

—Para serle franco, no lo sé. Conozco el método general. Lo he usado con conejos. Pero no lo he experimentado con perros. Son animales grandes y embarazosos con los cuales no resulta cómodo trabajar: naturalmente, los conejos son preferibles y por lo general sirven. En los parajes civilizados se pueden comprar conejos inmunes al hombre a los proveedores.

—¿Para qué los usan allí? —preguntó Clark.

—La criminología es un campo de acción muy vasto. A dice que no ha asesinado a B, y que la sangre que aparece sobre su camisa proviene de haber matado a una gallina. El Estado hace un *test* y entonces le toca a A explicar por qué la sangre reacciona cuando se trata de conejos inmunes al hombre pero no cuando se trata de conejos inmunes a las gallinas.

—¿Qué haremos con Blair, mientras tanto? —preguntó Garry, con aire cansado. Está muy bien que lo dejemos dormir donde esta durante algún tiempo, pero cuando despierte...

—Barclay y Benning están ajustando unas trancas sobre la puerta de la Casa del Cosmos —replicó Copper con aire ceñudo—. Connant está obrando como un caballero. Creo que quizá la forma en que lo miran los demás le hace desear la intimidad. Sabe Dios que, hasta ahora, todos hemos querido individualmente un poco de intimidad... y trancas.

Tendrá un plan bien definido cuando se despierte. ¿Han oído hablar alguna vez del viejo método para detener la propagación de la aftosa en las vacas?

Clark y Garry negaron silenciosamente con la cabeza.

—Si no hay fiebre aftosa, no la habrá —explicó Copper—. Uno se libera de ella matando a todos los animales que la tienen o que han estado cerca del animal enfermo. Blair es un biólogo y tiene miedo de ese ser a quien hemos puesto en

libertad. Probablemente en estos momentos la respuesta aparece muy clara en su cerebro: matar a todos y a todo en este campamento antes de que una gaviota *skua* o un albatros errante que llegue con la primavera venga casualmente por aquí y... se contagie.

Los labios de Clark se contrajeron en una sonrisa que parecía una mueca.

—Eso me parece lógico. Si las cosas toman demasiado mal cariz... quizá sea preferible dejar en libertad a Blair. Eso nos evitaría suicidarnos. También podríamos jurar que, si las cosas se ponen feas, cuidaremos de que eso suceda.

Copper rió, con risa contenida.

—El último hombre que quedaría vivo en el Gran Imán... no sería un hombre —observo—. Alguien tiene que matar a esos... seres que no quieren matarse a sí mismos... ¿Comprenden? No tenemos suficiente termita para hacerlo todo a la vez, y ese explosivo de decanita no ayudaría gran cosa. Se me ocurre que hasta pequeños trozos de uno de esos seres se bastarían a sí mismos.

—Si ellos pueden modificar a voluntad su protoplasma... ¿No se modificarán simplemente a sí mismos convirtiéndose en pájaros y huyendo en vuelo? —dijo Garry pensativamente—. Pueden leer todo lo relativo a los pájaros e imitar su estructura incluso sin haberlos visto. O imitar quizás a los mismo pájaros del planeta del cual provienen.

Copper negó con la cabeza y ayudó a Clark a liberar al perro.

—El hombre estudió a los pájaros durante siglos, procurando hacer una máquina capaz de volar como ellos. Nunca consiguió descubrir el secreto de los pájaros: obtuvo éxito sólo cuando se apartó totalmente de ese camino y ensayó métodos nuevos. Conocer la idea general del asunto y la estructura detallada del ala y el hueso y el tejido nervioso es algo muy distinto. Y en cuanto a los pájaros de otros mundos, probablemente las condiciones atmosféricas son aquí tan distintas que sus pájaros no podrían volar. Incluso es posible que ese ser proviniese de un planeta como Marte, donde la atmósfera es tan tenue que no hay pájaros.

Barclay entró en el edificio, arrastrando un cable de control de avión.

—Asunto acabado, doctor. La Casa del Cosmos no puede ser abierta desde dentro. Ahora: ¿dónde encerramos a Blair?

Copper miró a Garry.

—No hay ningún edificio de biología. No sé dónde podríamos aislarlo.

—¿Y el escondrijo oriental? —dijo Garry después de meditar un momento—. ¿Podrá Blair cuidar de sí mismo..., o necesitará que lo cuiden?

—Estará en condiciones de hacerlo. Más vale que nos cuidemos nosotros —le aseguró sombríamente Copper—. Lleve una cocina portátil, un par de bolsas de carbón, los víveres necesarios y algunas herramientas para equipar eso. Nadie ha estado allí desde el otoño último... ¿verdad?

—Si se pone alborotador... creo que eso podría ser una buena idea —opinó.

Barclay dejó las herramientas que llevaba y miró a Garry.

—Si lo que murmura ahora indica algo, Blair cantará de noche. Y no nos gustará su canto.

—¿Qué dice? —preguntó Copper. Barclay meneó la cabeza.

—No me molesté en escuchar mucho. Hágalo, si quiere. Pero entendí que ese maldito estúpido sonó con todo lo que ha soñado McReady y algo más. Durmió junto al monstruo cuando nos detuvimos en el rastro que venía del Segundo Magnético, no lo olvide. Soñó que ese ser estaba vivo y otros detalles. Y, maldito sea, sabía que no todo era un sueño, o tenía motivos para saberlo. Sabía que aquel ser tenía facultades telepáticas que se agitaban vagamente, y que no sólo podía leer los cerebros sino también proyectar los pensamientos. Esos no eran sueños... ¿Comprende? Eran pensamientos extraviados que ese ser estaba transmitiendo, como transmite ahora sus pensamientos Blair..., una especie de murmullo telepático en sueños. Es por eso que él sabía tanto sobre sus facultades. Creo que usted y yo, doctor, no somos tan sensibles..., si quiere creer en la telepatía.

—Tengo que creer —dijo con un suspiro Copper—. El doctor Rhine, de la Universidad de Duke, ha probado que eso existe, que algunas personas son mucho más sensibles que otras.

—Bueno. Si quiere saber muchos detalles, vaya a escuchar la transmisión de Blair. Este ha hecho salir a la mayor parte de los muchachos del edificio de la administración: Kinner está haciendo tintinear las cacerolas. Cuando no puede hacer sonar una cacerola, saca cenizas.

—A propósito, comandante... ¿Qué haremos esta primavera, ahora que los aviones no cuentan?

Garry suspiró.

—Me temo que nuestra expedición fracasará. No podemos dividir nuestras fuerzas ahora.

—No fracasará... si seguimos viviendo y salimos de aquí —le prometió Copper—. El hallazgo que hemos hecho, si logramos controlarlo, es bastante importante. Los datos sobre los rayos cósmicos, la labor magnética y la tarea atmosférica no se verán grandemente entorpecidos.

Garry rió, sin alegría.

—Precisamente yo estaba pensando en las transmisiones radiotelefónicas en que comunicaremos al mundo los maravillosos resultados de nuestros vuelos de exploración, en que trataremos de engañar a hombres como Byrd y Ellsworth, en nuestro país, convenciéndolos de que estamos haciendo algo.

Copper asintió, con aire grave.

—Adivinarán que sucede algo. Pero también comprenderán que tenemos suficiente criterio para no apelar a esas tretas sin algún motivo, y esperarán nuestro regreso para juzgarnos. Creo que el asunto se reduce a esto: los hombres que saben, lo suficiente para advertir nuestra desilusión esperarán nuestro regreso. Los hombres que no tienen la discreción y la fe suficientes para esperar, no tendrán la experiencia

necesaria para notar un engaño. Conocemos suficientemente el estado de cosas existente aquí como para hacer triunfar una buena impostura.

—Con tal de que no manden expediciones de salvamento —oró Garry—. Cuando estemos listos para salir de aquí, si es que salimos algún día, tendremos que avisar al capitán Forsythe que nos traiga una partida de magnetos cuando venga. Pero... no se preocupe por eso.

—Es decir... que podríamos no salir de aquí..., ¿verdad? —preguntó Barclay—. Me estaba preguntando si una bonita y fluida descripción de una erupción o un terremoto mediante la radiotelefonía, con una buena explosión, usando una mecha de decanita debajo del micrófono, podría resultar útil. Nada, desde luego, mantendrá totalmente a raya a la gente. Pero una de esas hermosas y melodramáticas escenas *con el último hombre vivo* podría ablandarla.

Garry sonrió, con auténtico humor.

—¿Está tratando de calcular eso también toda la gente del campamento? —inquirió.

Copper se echó a reír.

—¿Qué opina usted, Garry? Confiamos en vencer. Pero no estamos demasiado a nuestras anchas.

Clark sonrió, abandonando por un instante al perro a quien intentaba calmar.

—¿Confiamos, dice usted, doctor?

## 8

Blair se movía por la pequeña cabaña. Sus ojos lanzaban espasmódicas y rápidas miradas a los cuatro hombres que estaban con él: Barclay, McReady, el doctor Copper y Benning.

Blair estaba acurrucado contra la pared opuesta de la cabaña del escondrijo oriental, y su equipo apilado en el centro del piso, junto a la estufa, formando una isla entre él y los cuatro hombres. Sus huesudas manos se crispaban y temblaban, denotando su espanto.

Sus apagados ojos revelaban su malestar mientras hacia girar la calva y pecosa cabeza con movimientos propios de un pájaro.

—No quiero que nadie venga aquí —dijo Blair con tono brusco y nervioso. Yo mismo me prepararé la comida. Quiero alimentos envasados. Envases sellados.

—De acuerdo, Blair —protestó Barclay—. Se los traeremos esta noche. Usted

tiene carbón y el fuego está encendido. Haré un último...

Barclay dio un paso adelante.

Blair se deslizó instantáneamente al rincón más lejano.

—¡Salga de aquí! ¡Apártese de mí, monstruo! —clamó el biólogo, y trató de abrirse paso con las uñas a través de la pared de la cabaña—. Apártese de mí... apártese... No quiero ser absorbido..., no quiero...

Barclay se dominó y retrocedió. El doctor Copper meneó la cabeza.

—Déjelo en paz, Bar —le dijo a Barclay—. A Blair le resulta más fácil arreglar el asunto personalmente. Creo que nos veremos obligados a cerrar la puerta...

Los cuatro hombres salieron. Benning y Barclay pusieron manos a la obra con eficacia practicando una trampilla en la puerta a través de la cual se podían hacer pasar víveres y evitando que la puerta se pudiera abrir desde el interior.

Allí Blair se movía con impaciencia de un lado a otro. Arrastró algo hacia la puerta, jadeando y profiriendo frenéticas blasfemias. Barclay abrió la trampilla y miró, mientras el doctor Copper atisbaba por sobre su hombro. Blair había arrimado contra la pared de entrada su pesada litera. Ahora la puerta no se podía abrir sin su cooperación.

—Creo que el pobre hace bien —dijo con un suspiro McReady—. Si se escapa, su confesada intención es matarnos a todos y a cada uno lo antes posible, lo cual es algo que no podemos aceptar. Pero de nuestro lado de la puerta tenemos algo peor que un loco homicida. Si hay que soltar al uno o al otro, creo que vendré a desatar esas cuerdas.

Barclay sonrió.

—Avíseme y le mostraré cómo debe hacer para desatarlas con rapidez. Volvamos.

El sol teñía al norte el horizonte con multicolores arco iris. Los hielos flotantes a la deriva se deslizaban hacia el norte, centelleando bajo sus flamígeros dardos. Pequeños montículos de redondeada blancura mostraban la cordillera del Imán, que apenas sobresalía por encima de los hielos a la deriva. Pequeños remolinos de nieve levantados por el viento giraban alrededor de sus esquís cuando partieron hacia el campamento principal, establecido a tres kilómetros de allí. El delgado dedo de la antena de transmisión alzó una fina aguja negra hacia la blancura del continente antártico. La nieve, bajo sus esquís, parecía fina arena, dura y quebradiza.

—La primavera ha llegado —dijo con amargura Benning—. ¿Verdad que nos divertimos? Y yo, que esperaba con ansia el momento de alejarme de este maldito agujero hecho en el hielo...

—En su caso, no lo intentaría —gruñó Barclay—. La gente que se vaya de aquí en los próximos días será extraordinariamente impopular.

—¿Cómo sigue su perro, doctor Copper? —preguntó McReady—. ¿Ha obtenido algún resultado ya?

—¿A las treinta horas? Ojalá los hubiera. Hoy le inyecte mi sangre. Pero supongo que necesitaré otros cinco días.



McReady preguntó lentamente:

—Si Connant se hubiese... transformado... ¿nos habría puesto en guardia tan pronto después de la fuga del monstruo? ¿No habría esperado lo suficiente como para que éste tuviera una verdadera probabilidad de ponerse a salvo? Hasta que nos despertáramos, naturalmente...

—Este monstruo es egoísta —observó el doctor Copper—. No lo creerá usted poseído por el espíritu de la justicia superior..., ¿verdad? Supongo que cada parte de sí es para él el todo, que cada parte suya es toda para él. Si Connant hubiese sido transformado, para salvar el pellejo, habría... Pero los sentimientos de Connant no han cambiado: son imitados perfectamente o bien son los suyos propios. Naturalmente, la imitación, copiando a conciencia los sentimientos de Connant, habría hecho exactamente lo mismo que él.

—Oiga..., ¿no podría Norris o Van someter a Connant a algún *test*? Si ese ser es más inteligente que los hombres, podría saber más sobre física que Connant, y ellos lo notarían —insinuó Barclay.

Copper movió la cabeza con laxitud.

—No, si sabe leer los pensamientos. No se puede proyectar una celada para ese monstruo. Van lo propuso anoche. Confiaba que el monstruo respondería alguna de las preguntas sobre física cuyas respuestas querría conocer.

—Esta idea de una expedición de cuatro está predestinada a hacernos más feliz la vida —dijo Benning, mirando a sus camaradas—. Cada uno de nosotros tendrá un ojo fijo en los demás para asegurarse de que no harán... nada raro. ¡Qué grupo lleno de mutua confianza formaremos! Cada uno mirará a sus vecinos con el mayor despliegue de fe y confianza... Ya estoy empezando a comprender lo que quiso decir Connant al declarar:

"Ojalá pudiera usted ver sus ojos". Creo que de vez en cuando todos tenemos la misma mirada. Uno de nosotros mira a su alrededor con unos ojos que dicen: "Me pregunto si alguno de los otros tres es..." Por lo demás, no me exceptúo a mí mismo.

—Que yo sepa, el monstruo ha muerto y sólo ha dejado en pie un leve interrogante con respecto a Connant. No se sospecha de ningún otro —declaró lentamente McReady—. La orden de "siempre cuatro" es una simple medida de precaución.

—Estoy esperando que Garry lo convierta en "cuatro en una litera" —suspiró Barclay—. Creí no tener ninguna intimidad antes, pero desde esa orden...

Nadie observaba con más tensión que Connant un pequeño tubo de ensayo de vidrio esterilizado, lleno a medias de un líquido color paja. Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco gotas de la clara solución que Copper había preparado con las gotas de sangre extraídas del brazo de Connant. El tubo fue agitado cuidadosamente y luego colocado en un vaso de agua clara y tibia. El termómetro señaló calor de sangre, un pequeño termostato emitió un fuerte chasquido y el calorífero eléctrico comenzó a brillar mientras las luces temblaban. Luego se formaron pequeños copos

blancos de precipitación, cayendo como una nevada en el líquido color paja.

—Dios mío —dijo Connant, y se desplomó sobre una litera, sollozando como un niño.

Seis días..., seis días ahí dentro preguntándome si ese maldito *test* mentiría...

Garry se acercó silenciosamente y pasó el brazo detrás de la espalda del físico.

—No podía mentir —dijo el doctor Copper—. El perro era inmune al hombre... y el suero reaccionó.

—¿Connant es... normal? —preguntó Norris con voz entrecortada—. ¿De modo que el monstruo ha muerto..., ha muerto para siempre?

—Connant es un ser humano —dijo Copper rotundamente—. Y el monstruo ha muerto.

Kinner estalló en risotadas, en risotadas histéricas. McReady se volvió hacia él y lo abofeteó con un rítmico compás de un-dos, un-dos. El cocinero rió, tragó saliva, lloró un instante y luego se sentó, frotándose las mejillas, murmurando vagamente palabras de gratitud.

—Yo estaba asustado, Dios mío, estaba asustado...

Norris rió, con una risa quebradiza.

—¿Cree que nosotros no lo estábamos, gorila? ¿Cree que Connant no lo estaba?

El edificio de la administración se puso en movimiento, repentinamente rejuvenecido.

Unas voces reían, los hombres que se agolparon alrededor de Connant hablaban con voz innecesariamente sonora, con voz nerviosa de seres aliviados al sentirse amigos de nuevo. Alguien gritó una proposición y una docena de hombres se marcharon en busca de sus esquíes. Blair. Blair podría recobrase... El doctor Copper se afanaba con sus tubos de ensayo, para desahogar sus nervios, intentando soluciones. La partida de socorro para la cabaña de Blair salió de allí, golpeando ruidosamente el suelo con sus esquíes. En el otro extremo del corredor, los perros empezaron a proferir agudos aullidos, al husmear el ambiente de excitación que llegaba hasta ellos.

El doctor Copper estaba atareado con los tubos de ensayo. McReady fue el primero en notarlo, sentado en el borde de su litera, con dos tubos de ensayo donde se sedimentaba un precipitado blanco del líquido color paja, el rostro más blanco que la sustancia de sus tubos, mientras de sus ojos dilatados por el horror se escapaban silenciosas lágrimas.

McReady sintió que el frío cuchillo del miedo le perforaba el corazón y se le helaba en el pecho. El doctor Copper lo miró.

—Garry —llamó, con ronca voz—. Garry, por amor de Dios, venga aquí.

El comandante Garry se dirigió hacia él, con pasos rotundos. El silencio se aposentó en el edificio de la administración. Connant alzó los ojos y se levantó envarado de su asiento.

—Garry... El tejido de ese monstruo... también precipita. Esto no prueba nada.

Sólo prueba que el perro era inmune al monstruo también. Que uno de los dos que contribuimos con sangre... uno de nosotros dos, usted o yo, Garry..., *uno de nosotros es un monstruo*.

## 9

—Bar, llame a esos hombres antes de que se lo digan a Blair —indicó tranquilamente McReady.

Barclay fue hacia la puerta: sus gritos llegaron débilmente a oídos de los hombres sumidos en tenso silencio en la habitación. Luego volvió.

—Vienen —anunció—. No les dije el porqué. Sólo les expliqué que el doctor Copper había dicho que no fueran.

—El que manda es usted ahora, McReady —dijo con un suspiro Garry—. Que Dios le ayude. Yo no puedo.

El gigante de bronce asintió lentamente, los hundido ojos fijos en el comandante Garry.

—Quizá yo lo sea —agregó Garry—. Sé que no lo soy, pero no puedo probárselo a ustedes de ningún modo. El *test* del doctor Copper ha fracasado. El hecho de que haya probado que era inútil, cuando beneficiaba al monstruo que no se supiera esa inutilidad, parecería probar que era un ser humano.

Copper se meció lentamente sobre la litera.

—Sé que soy un ser humano. Pero tampoco puedo probarlo. Uno de nosotros dos es un embustero, porque el *test* no puede mentir y dice que uno de nosotros es un monstruo. Di la prueba de que el *test* se equivocaba, lo cual parece demostrar que soy un ser humano y ahora Garry ha dado ese argumento que prueba que lo soy..., cosa que él, de ser monstruo, no habría hecho. Vueltas y vueltas y más vueltas y...

La cabeza del doctor Copper, y luego su cabello y sus hombros, empezaron a describir lentos círculos al compás de las palabras. Repentinamente, se tendió sobre la litera, bramando de risa.

—¡Eso no prueba que *uno* de nosotros sea un monstruo! ¡No tiene por qué probarlo! ¡Ja, ja! Si *todos* somos monstruos eso da el mismo resultado... Todos somos monstruos... todos nosotros... Connant, Garry, yo... todos ustedes.

—McReady —dijo en voz baja Van Wall, el rubio piloto principal—. Usted estudiaba medicina cuando se dedicó a la meteorología..., ¿verdad? ¿Podría hacer algún *test*?

McReady se acercó lentamente a Copper, tomó de su mano la jeringa hipodérmica y la lavó cuidadosamente con alcohol. Garry estaba sentado sobre el borde de la litera con aire impasible, observando de un modo inexpresivo a Copper y a McReady.

—Lo que dijo Copper es posible —dijo con un suspiro McReady—. Van..., ¿quiere ayudarme? Gracias.

La aguja de la jeringa penetró en el muslo de Copper. La risa del médico no cesó y se diluyó lentamente en sollozos. Luego quedó profundamente dormido al surtir efecto la morfina.

McReady se volvió nuevamente. Los hombres que habían partido en busca de Blair estaban de pie en el otro extremo de la habitación, y sus semblantes estaban blancos. Connant tenía en cada mano un cigarrillo encendido: aspiraba distraídamente uno de ellos y contemplaba fijamente el suelo. El calor del que tenía en la mano izquierda lo atrajo y lo miró absorto, y luego contempló estúpidamente por un momento el que tenía en la otra. Dejó caer uno de ellos y lo aplastó lentamente con el pie.

—El doctor Copper podría tener razón —repitió McReady—. Sé que soy un ser humano... pero, desde luego no puedo probarlo. Repetiré ese *test* para mi propia información. Cualquiera de ustedes que lo desee puede hacer lo mismo.

Dos minutos después, McReady alzó un tubo de ensayo con un precipitado blanco que se sedimentaba lentamente, desprendiéndose de un suero color paja.

—Reacciona también con la sangre humana, de modo que ninguno de los dos es un monstruo.

—No creí que lo fueran —dijo con un suspiro Van Wall—. Tampoco esto le habría convenido al monstruo: hubiéramos podido destruirlos en caso de saberlo. ¿Por qué no nos habrá destruido el monstruo a nosotros?

McReady replicó con un bufido. Luego rió silenciosamente:

—Elemental, querido Watson. El monstruo quiere tener disponibles formas de vida. Aparentemente no puede animar a un cadáver. Sólo espera..., espera mejores oportunidades. Nos reserva a los que seguimos siendo seres humanos.

Kinner se estremeció violentamente.

—Vamos, Mac. ¿Acaso yo lo sabría si fuese un monstruo? ¿Sabría si el monstruo se ha apoderado ya de mí? ¡Oh, Dios mío! Quizá yo sea un monstruo ya.

—Usted lo sabría —respondió McReady.

—Pero nosotros no —dijo Norris, con una risita casi sardónica.

McReady contempló la redoma de suero que quedaba.

—Por lo demás, esta maldita sustancia sirve para algo —dijo pensativamente—. Clark... ¿Quiere ayudarme con Van? Los demás, más vale que se queden juntos aquí. Vigídense mutuamente —añadió con amargura—. Cuiden de no verse en apuros... digámoslo así.

McReady se dirigió por el túnel hacia la sección de los perros, seguido por Clark

y Van Wall.

—¿Necesita más suero? —le preguntó Clark.

McReady negó con la cabeza.

—Tubos de ensayo —respondió—. Ahí hay cuatro vacas y un toro y casi setenta perros. Esta sustancia sólo reacciona con la sangre humana... y los monstruos.

McReady volvió al edificio de la administración y fue silenciosamente al lavabo. Clark y Van Wall se le unieron momentos después. Los labios de Clark se movían en un tic, en sonrisas sardónicas impremeditadas y convulsivas.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó Connant, en súbito arranque—. ¿Más inmunización?

Clark contestó con una risita tonta y se detuvo, con un hipo.

—Inmunización. ¡Ja, ja! Eso es. ¡Inmunización!

—El monstruo es perfectamente lógico —dijo con firmeza Van Wall—. Nuestro perro inmune era el indicado y extrajimos un poco más de suero para los *tests*. Pero no podemos hacer más.

—¿No puede..., no puede usar la sangre de un hombre en otro perro? —comenzó Norris.

—No hay más perros —dijo McReady, con voz baja—. Ni vacas, diría yo.

—¿No hay más perros? —preguntó Benning, sentándose lentamente.

—Son muy desagradables cuando empiezan a cambiar —dijo con precisión Van Wall—. Esa plancha de electrocución que usted fabricó, Barclay, es muy veloz. Sólo ha quedado un perro..., nuestro perro inmune.

El monstruo nos lo dejó para que pudiéramos divertirnos con nuestro *test*.

El resto...

Van Wall se encogió de hombros y se secó las manos.

—Las vacas... —dijo Kinner, tragando saliva.

—También. Su aspecto es ridículo cuando empiezan a derretirse.

Kinner se levantó con lentitud. Su mirada se paseó rápidamente por la habitación y se detuvo, trémula, sobre el recipiente de latón de la cocina. Lentamente, paso a paso, retrocedió hacia la puerta, mientras su boca se abría y cerraba silenciosamente, como la de un pez fuera del agua.

—La leche... —dijo, con voz entrecortada—. Las ordeñé hace una hora...

Salió entre los hielos, sin abrigo ni ropa gruesa.

Su voz se quebró en un alarido, mientras se abalanzaba hacia la puerta.

Van Wall lo siguió por un momento con la mirada, pensativamente.

—Lo más probable es que esté loco sin remedio —dijo finalmente—. Pero podría ser un monstruo que huye.

Tres de los otros hombres vomitaban en silencio. Norris estaba tendido boca arriba, el rostro verdoso, contemplando fijamente el fondo de la litera suspendida sobre la suya.

—Mac..., ¿desde cuándo las... vacas son no-vacas...?

McReady se encogió de hombros, con aire desesperanzado. Se acercó al cubo de la leche y con su tubito de suero se puso a trabajar sobre él. La leche lo empañaba, dificultando la comprobación. Finalmente, dejó el tubo de ensayo en su soporte.

—El resultado del *test* es negativo. Lo cual significa que eran vacas, entonces, o bien que, siendo imitaciones perfectas, daban una leche perfectamente buena.

Copper se movió inquieto entre sueños y de sus labios brotó algo intermedio entre un ronquido y una risa. Las miradas de los demás se posaron en él.

—¿Le haría la morfina... a un monstruo...? —empezó a preguntar alguien.

—¡Quién sabe! —dijo McReady, encogiéndose de hombros—. Influye sobre todos los animales terrestres que conozco.

Bruscamente, Connant irguió la cabeza.

—¡Mac! ¡Los perros deben de haber tragado trozos del monstruo y esos trozos los han destruido! El monstruo vivía en los perros. Yo estaba encerrado bajo llave. ¿No prueba eso...?

Van Wall negó con la cabeza.

—Lo siento. No prueba nada acerca de lo que es usted, sólo prueba lo que no hizo.

—No —suspiró McReady—. Nos vemos impotentes porque no sabemos lo suficiente y estamos tan nerviosos que no pensamos lo suficiente. ¡Encerrado bajo llave! ¿Han visto alguna vez un corpúsculo blanco de la sangre cuando atraviesa la pared de un vaso sanguíneo? ¿No? Se adhiere como un pseudópodo. Y ya está... al otro lado de la pared.

—¡Oh! —dijo Van Wall, con aire desdichado—. Las vacas trataron de derretirse..., ¿no es así? Podían haberse derretido..., haberse convertido simplemente en una hebra de sustancia y pasado por debajo de una puerta para reagruparse al otro lado. Cuerdas... No, no... Eso no bastaría. Ellas no podrían vivir en un tanque cerrado o...

—Si uno le dispara a ese animal un balazo y le perfora el corazón y no muere, es un monstruo —dijo McReady—. Es el mejor *test* que se me ocurre.

No hay perros ni vacas —dijo tranquilamente Garry—. El monstruo tiene que imitar ahora a los hombres. Y el encerrar bajo llave no sirve de nada. Su *test* podrá dar resultados, Mac, pero temo que le costaría conseguirlo con los hombres.

Clark alzó los ojos del hornillo cuando Van Wall, Barclay, McReady y Benning entraron, desprendiéndose los fragmentos de hielo adheridos a su vestimenta. Los otros hombres continuaron dedicándose a lo que hacían, jugando al ajedrez, al póquer, leyendo. Ralsen estaba reparando un trineo sobre la mesa. Van y Norris estaban inclinados sobre unos datos magnéticos, mientras que Harvey leía logaritmos en voz baja.

El doctor Copper roncaba suavemente sobre la litera. Garry estaba trabajando con Dutton en unos mensajes radiotelefónicos. Connant estaba usando la mayor parte de la mesa para las páginas sobre los rayos cósmicos.

Desde el otro lado del pasillo, a pesar de las dos puertas cerradas, les llegó con toda claridad la voz de Kinner. Clark puso ruidosamente una marmita sobre el hornillo y le hizo un gesto en silencio a McReady. El meteorólogo se le acercó.

—No me importa tanto el que cocine —dijo Clark nerviosamente—. Pero... ¿no habría alguna manera de detener a ese pajarraco? Todos convinimos en que sería seguro trasladarlo a la Casa del Cosmos.

—¿A Kinner? —dijo McReady, señalando la puerta—. Temo que no. Supongo que puedo atontarlo con drogas, pero no tenemos existencias ilimitadas de morfina, y Kinner no corre el peligro de perder el juicio. Sólo está histérico.

—Pues corremos el peligro de perder el nuestro. Usted ha estado ausente durante una hora y media. Eso se ha desarrollado sin cesar desde entonces y sucedía ya antes desde hacía dos horas. Como usted sabe, hay un límite.

Garry se acercó lentamente, con aire de excusa. Por un momento, McReady advirtió la chispa salvaje de temor... de horror, que brillaba en los ojos de Clark, y advirtió inmediatamente que también brillaba en los suyos. Garry —Garry o Copper— era ciertamente un monstruo.

—Creo que si usted pudiera ponerle freno a eso, procedería con prudencia, Mac —dijo tranquilamente Garry—. Hay... tensión más que suficiente en esta habitación. Convinimos en que Kinner estaría más seguro allí, porque todos los demás del campamento están bajo constante vigilancia.

Garry se estremeció.

—Y, por amor de Dios, trate de hallar algún *test* eficaz; trate de hallarlo.

McReady suspiró.

—Con vigilancia o sin ella, todos están en tensión. Blair ha atascado la trampa, de modo que ésta no se pueda abrir ahora. Dice que tiene suficiente alimento y grita a cada momento. De modo que nos fuimos.

—¿No hay otro *test*? —rogó Garry.

McReady se encogió de hombros.

—Copper tenía muchísima razón. La prueba del suero podría ser terminante si no hubiese estado... contaminado. Pero sólo queda un perro y no nos sirve ya.

—¿Pruebas químicas?

McReady meneó la cabeza.

—Nuestra química no es valiosa hasta ese punto. Intenté el microscopio..., ¿comprende?

Garry asintió.

—El perro-monstruo y el perro auténtico eran idénticos. Pero... hay que seguir adelante. ¿Qué haremos después de cenar?

Van Wall se les unió silenciosamente.

—Guardia rotatoria. La mitad del personal duerme y la otra mitad está despierta. Me pregunto cuántos de nosotros somos monstruos. Todos los perros lo fueron. Nos creímos a salvo, pero de un modo u otro eso alcanzó a Copper... o a usted.

En los ojos de Van Wall fulguró una llama de malestar.

—El monstruo puede haber penetrado en todos ustedes... Todos ustedes menos yo, quizás estén dudando, mirando. No, eso no es posible. Entonces, ustedes saltarían y me verían en la impotencia. Nosotros los seres humanos, de un modo u otro, debemos tener superioridad numérica ahora. Pero... —y Van Wall se interrumpió.

McReady rió, con una breve risita.

—Usted hace lo que Norris se quejó de haber hallado en mi —dijo—. Pero si cambia a uno solo más... Eso podría alterar el equilibrio de las fuerzas. El monstruo no lucha. No creo que luche jamás. Debe de ser un ente pacífico, a su manera... Inimitable. Nunca tuvo que luchar porque siempre obtuvo sus fines pacíficamente.

La boca de Van Wall se contrajo en una sonrisa enfermiza.

—De modo que usted sugiere que quizá el monstruo *tenga* ya superioridad numérica, pero que sólo esperan todos ellos..., todos ustedes, que yo sepa..., esperan a que yo, el último ser humano, ahogue mi fatiga en sueño. Mac..., ¿notó sus ojos, fijos en nosotros?

Garry suspiró.

—Usted no ha estado sentado aquí durante cuatro horas consecutivas, mientras todos sus ojos evaluaban silenciosamente la información de que uno de nosotros dos, Copper o yo, es un monstruo..., quizá los dos.

Clark repitió su petición.

—¿Quiere ponerle un alto al alboroto de ese pajarraco? Me está enloqueciendo.

Consiga, por lo menos, que haga menos ruido.

—¿Está orando aún? —preguntó McReady.

—Orando —gruñó Clark—. No ha cesado de hacerlo ni por un momento. No me importa que rece si eso lo alivia, pero grita, canta salmos y cánticos y vocifera plegarias.

Cree que Dios no podrá oírle bien desde aquí.

—Quizá no pueda —gruñó—. O habría hecho algo con ese engendro del infierno.

—Alguien intentará el *test* que usted mencionó, si no lo detiene —declaró sombríamente Clark—. Creo que un hachazo en la cabeza sería tan categórico como una bala en el corazón.

—Siga con la comida. Veré qué puedo hacer. Quizás haya algo en los armarios.



McReady se dirigió con laxitud al rincón que usara Copper como dispensario. Tres altos armarios de rústicos tablones, dos de ellos cerrados con llave, eran los depósitos de los suministros médicos del campamento. Doce años antes, McReady se había graduado, había pedido un cargo de practicante y luego había abandonado la medicina para consagrarse a la meteorología. Copper era un hombre escogido, un hombre que sabía su profesión concienzudamente y en forma moderna. Más de la mitad de los medicamentos disponibles le resultaban totalmente desconocidos a McReady; había olvidado muchos de los otros. Allí no había una gran biblioteca médica, ni colecciones de revistas para leer las cosas que había olvidado: esas cosas elementales y simples para Copper, cosas que no merecían ser incluidas en la pequeña biblioteca con la cual se había visto obligado a contentarse. Los libros son pesados y todos los suministros habían sido traídos por vía aérea.

McReady eligió con aire esperanzado un barbitúrico. Van Wall y Barclay lo acompañaron. Un hombre nunca iba a ninguna parte solo en el Gran Imán.

Ralsen había dejado su trineo y los físicos se habían apartado de la mesa, y la partida de póquer estaba interrumpida cuando volvieron. Clark sacaba la comida. El tintineo de las cucharas y los ruidos ahogados causados al comer eran los únicos signos de vida de la habitación. No se pronunciaron palabras cuando los tres volvieron: simplemente, todas las miradas se concentraron sobre ellos, interrogativas, mientras las mandíbulas se movían.

McReady, de improviso, se tornó rígido. Kinner chillaba un salmo, con voz ronca y quebrada. Miró con laxitud a Van Wall, luciendo una sonrisa que era una mueca, y movió la cabeza:

—Ajá.

Van Wall profirió con amargura una maldición y se sentó junto a la mesa.

—Tendremos que aguantarlo hasta que se canse. No podrá chillar así eternamente.

—Tiene una garganta de bronce y una laringe de hierro colado —declaró con aire salvaje Norris—. De modo que podemos tener esperanzas y sugerir que es uno de nuestros amigos. En ese caso, él podría seguir renovando su garganta hasta el día del Juicio Final.

El silencio se enseñoreó de la habitación. Durante veinte minutos, todos comieron sin pronunciar una sola palabra. Luego, Connant se levantó de un salto, con airada violencia.

—Están todos ustedes en silencio como unas imágenes talladas. No dicen una sola palabra, pero... ¡qué ojos expresivos tienen, Dios mío! Giran de un lado a otro como bolitas de vidrio que ruedan por una mesa. Guiñan y parpadean y miran fijo... y murmuran cosas. ¿No podrían mirar a otra parte para variar, por favor? Oiga, Mac. Usted es el jefe aquí. Exhibamos unas películas durante el resto de la velada. Hemos estado guardando esas películas para hacerlas durar. ¿Durar para qué? Veámoslas mientras podemos hacerlo y miremos a otros, para no mirarnos mutuamente.

—Buena idea, Connant Yo, por lo pronto, estoy totalmente dispuesto a cambiar esto en cualquier forma posible.

—Gradúe el sonido de la película para que se oiga mucho, Dutton —insistió Clark—. Quizá pueda cubrir así el alboroto de esos salmos.

—Pero no apague las luces del todo —dijo a media voz Norris.

—Las luces serán apagadas —dijo McReady moviendo la cabeza—. Exhibiremos todos los dibujos animados que tenemos. Supongo que ustedes no tendrán inconveniente en ver los dibujos viejos..., ¿no es así?

—Bravo, bravo. Precisamente me siento con ganas de ver unas películas.

McReady se volvió hacia el que había hablado, un enjuto y larguirucho nativo de Nueva Inglaterra llamado Caldwell. Éste estaba llenando lentamente su pipa, soslayando una agria mirada hacia McReady.

El gigante de bronce no pudo reprimir la risa.

—Bueno, Bart. Usted se sale con la suya. Quizá nuestro estado de ánimo no sea el más adecuado para ver a Popeye y los patos de las historietas, pero algo es algo. Dutton, Barday y Benning, a cargo del proyector y el dispositivo de los mecanismos sonoros, se dedicaron en silencio a su tarea, mientras otros limpiaban el edificio de la administración y eliminaban los platos y cazuelas. McReady se encaminó lentamente hacia Van Wall y se tendió en la litera a su lado.

—Me pregunto, Van, si debo o no explicar mis ideas por anticipado —dijo, con una sonrisa forzada—. Tengo la vaga idea de algo que podría dar resultado. Pero es demasiado vaga para preocuparse con eso. Sigán con su espectáculo, mientras trato de imaginar la lógica del asunto. Ocuparé esta litera.

Van Wall miró y asintió. La pantalla cinematográfica estaría virtualmente en la misma línea de aquella litera, determinando por lo tanto que las películas distrajeran menos allí, por ser menos inteligibles.

—Quizá debiera usted decirnos cuál es su plan.

—No demorará mucho, si mis cálculos son exactos. Pero ya no quiero esas pruebas con perros. Más vale que traslademos a Copper a la litera que está exactamente encima de la mía. Tampoco mirará la pantalla.

McReady señaló con la cabeza la mole de Copper, que roncaba suavemente. Garry les ayudó a levantar y trasladar al médico.

McReady se recostó contra la litera y se sumió en un trance casi de concentración, tratando de calcular las probabilidades, las operaciones, los métodos. A penas si advirtió que los demás se situaban silenciosamente y que la pantalla se iluminaba. Las frenéticas plegarias que gritaba Kinner y los salmos que entonaba desafinando horriblemente lo fastidieron hasta que empezó el acompañamiento del sonido. Apagaron las luces, pero las grandes superficies coloreadas de la pantalla reflejaban suficiente luz para una fácil visibilidad. Hacían brillar los ojos cuando se movían inquietos. Kinner oraba aún, gritando, Y su voz era un ronco acompañamiento de sonido mecánico. Dutton subió de tono el amplificador.

Mientras sonaba la voz, McReady sólo notó vagamente al principio que algo parecía faltar. Aunque estaba acostado, la voz de Kinner llegaba a sus oídos con bastante claridad, a pesar del acompañamiento sonoro de las películas. Bruscamente, le llamó la atención notar que ya no se oía a Kinner en el otro cuarto.

—Dutton, corte ese sonido —gritó repentinamente.

La película se proyectó por un momento sin sonido y resultó extrañamente inútil en el imprevisto y profundo silencio. El viento que arreciaba en la superficie burbujeaba melancólicas lágrimas de sonido a través de las cañerías de las estufas. McReady dijo, en voz baja:

—Kinner ya no canta.

—Entonces, por amor de Dios, pongan en marcha ese sonido. Quizás se haya interrumpido para escuchar —dijo con tono brusco Norris.

McReady se levantó y fue al otro extremo del pasillo. Barclay y Van Wall abandonaron sus sitios para seguirlo. Los centelleos abultaban y deformaban la gris ropa interior de Barclay cuando cruzó el haz de luz del proyector. Dutton encendió las luces y la película desapareció.

Norris estaba de pie en la puerta, como se lo había pedido McReady; Garry se hallaba sentado tranquilamente en la litera junto a la puerta, obligando a Clark a hacerle lugar. La mayoría de los demás se habían quedado exactamente donde estaban. Sólo Connant se paseaba lentamente por la habitación, con ritmo firme e invariable.

—Si continúa así, Connant, podemos prescindir por completo de usted, sea o no un ser humano —dijo Clark, escupiendo en el suelo—. ¿Interrumpiré de una vez ese maldito ritmo?

—Perdón.

El físico se sentó sobre una litera y se observó pensativamente los pies. Transcurrieron casi cinco minutos, cinco siglos, durante los cuales sólo se oía el murmullo del viento, y finalmente McReady apareció en el umbral.

—No teníamos suficiente dolor aquí, todavía —anunció. Kinner tiene clavado un cuchillo en la garganta, y es probable que sea ése el motivo por el cual dejó de cantar.

Tenemos monstruos, locos y asesinos.

## 11

—¿Está en libertad Blair? —preguntó alguien.

—Blair no está en libertad. En caso contrario, habría venido aquí. Si hay alguna duda acerca del lugar de donde vino nuestro amable colaborador... esto puede aclararlo.

Van Wall mostró un largo cuchillo de fina hoja, de unos treinta centímetros de longitud, envuelto en un paño. El mango de madera estaba quemado a medias, chamuscado: le había quedado la marca de la tapa del hornillo.

Clark lo miró, absorto.

—Esa marca la dejé yo esta tarde. Olvidé ese maldito cuchillo en la cocina.

Van Wall asintió.

—Yo lo he oído. Adiviné que ese cuchillo provenía de la cocina.

—Me pregunto cuántos monstruos nos quedan —dijo Benning, mirando cautelosamente a los demás—. Si alguien pudiera escabullirse de aquí, ir de la pantalla hasta la cocina y luego a la Casa del Cosmos y volver... ya volvió... ¿verdad? Sí... todos están aquí. Pues bien... Si uno de los hombres del grupo pudo hacer todo eso...

—Quizá lo haya hecho un monstruo —insinuó en voz baja Garry—. Existe esa posibilidad.

—Al monstruo, como lo señaló usted hoy, sólo le han quedado hombres para imitar. ¿Disminuiría su..., su *stock*, digamos? —observó Van Wall—. No, sólo tenemos que vérnoslas con un miserable común y corriente, con un asesino. Usualmente, lo llamaríamos un *criminal inhumano*, supongo, pero hay que diferenciar. Teníamos asesinos inhumanos y ahora tenemos humanos asesinos. O uno, por lo menos.

—Hay un humano menos —dijo en voz baja Norris—. Quizá sean los monstruos quienes dominan ahora la situación.

—No se preocupe por eso —dijo con un suspiro McReady; y se volvió hacia Barclay—. Bar... ¿quiere traer su aparato eléctrico? Voy a cerciorarme...

Barclay se fue por el pasillo en busca del electrocutor dentado, mientras McReady y Van Wall volvían a la Casa del Cosmos. Barclay los siguió al cabo de unos treinta segundos.

El pasillo que llevaba a la Casa del Cosmos formaba un repliegue tortuoso, como casi todos los pasillos del Gran Imán, y Norris estaba en el umbral de nuevo. Pero oyeron algo ahogado, un repentino grito de McReady. Se oyó una salvaje ráfaga de golpes, de sonidos extraños.

—Bar... Bar...

Y resonó un raro grito, semejante a un maullido salvaje, que fue acallado antes todavía de que el ágil Norris llegara al recodo del pasillo.

Kinner —o mejor dicho, lo que había sido de Kinner— yacía en el suelo, partido en dos por el gran cuchillo que mostrara McReady. El meteorólogo estaba de pie contra la pared y del cuchillo que tenía en la mano goteaba sangre. Van Wall se movía apenas en el suelo, gimiendo, y su mano se frotaba de un modo casi inconsciente la

mandíbula. Barclay, con un indecible fulgor salvaje en los ojos, estaba inclinado sobre la dentada arma que tenía en la mano, golpeando..., golpeando..., golpeando.

Los brazos de Kinner se habían convertido en una extraña pelambre escamosa, y la carne se había retorcido. Sus dedos se habían acortado, su mano redondeado, sus uñas convertido en garras largas y afiladas.

McReady alzó la cabeza, contempló el cuchillo que tenía en la mano y lo dejó caer.

—Bueno, quien quiera que lo haya hecho, puede hablar ahora —dijo—. Fue un asesino humano... Porque mató a un ser no humano. Juro por todo lo sagrado que Kinner era ya un cadáver cuando llegamos. Pero cuando eso descubrió que íbamos a atacarlo con la corriente eléctrica... se transformó.

Norris miró, vacilante.

—¡Oh, santo Dios! Esos seres saben orar. ¡Pensar que estuvo aquí durante horas, mascullando plegarias dedicadas a un Dios a quien odiaba! Vociferando salmos con su voz rota, entonando cánticos sobre una Iglesia que no conocía, enloqueciéndonos con sus incesantes aullidos...

—Bueno. Que hable el que lo hizo, sea quien sea. No lo sabe, pero le hizo un favor al campamento. Y quiero saber cómo diablos salió el autor de la habitación sin que nadie lo viera. Eso podría ayudar a protegernos. Sus gritos..., sus cantos. Ni siquiera el sonido del proyector podía ahogarlos —dijo Clark, con un escalofrío—. Era un monstruo.

—¡Oh! —exclamó Van Wall, con repentina comprensión—. Usted estaba sentado junto a la misma puerta... ¿verdad? Y casi detrás de la pantalla de proyección.

Clark asintió.

—Ahora... está callado —dijo—. Está muerto... Mac, su *test* no sirve de nada. Eso había muerto. Hombre o monstruo, estaba muerto.

McReady rió silenciosamente.

—¡Muchachos, les presento a Clark, el único ser a quien sabemos humano! Les presento a Clark, el único que prueba que es un ser humano tratando de cometer un crimen... y fracasando. ¿Quieren hacer el favor de abstenerse por algún tiempo todos ustedes de probar que son seres humanos? Creo que podemos hacer otro *test*.

—¡Un *test*! —dijo Connant con alegre brusquedad. Y luego su rostro reveló decepción—. Supongo que fracasará también.

—No —dijo con firmeza McReady—. Vigilen y tengan cuidado. Vengan al edificio de la administración. Barclay, traiga su electrocutor. Y alguien... Dutton, que se quede con Barclay para cerciorarse de que lo hace. Que cada uno vigile a su vecino porque, ¡voto al infierno, del cual vienen esos monstruos!, yo tengo algo y ellos lo saben. ¡Serán peligrosos!

El grupo quedó repentinamente en tensión. Una atmósfera de destructora amenaza penetró en el cuerpo de todos los hombres mientras se miraban mutuamente. «¿Será un monstruo no humano ese hombre que está junto a mí?»

—¿En qué consiste? —preguntó Garry, cuando volvieron a la habitación principal—. ¿Cuánto tardará?

—No lo sé con exactitud —dijo McReady, la voz llena de airada decisión—. Pero sé que dará resultado y que es clarísimo. Depende de una cualidad fundamental de los monstruos, no de nosotros. Kinner me convenció.

McReady estaba pesado y macizo en su inmovilidad de bronce y de nuevo seguro de sí mismo.

—Esto será necesario, supongo —dijo Barclay, alzando el arma con mango de madera y rematada por dos conductores alargados y puntiagudos—. ¿Está listo el generador?

Dutton asintió.

—Van Wall y yo lo hemos cargado para la proyección de las películas... y lo hemos verificado cuidadosamente varias veces. Todo lo que toque el cable morirá —aseguró, con aire sombrío. Lo sé muy bien..., lo garantizo.

El doctor Copper se movió en su litera y se frotó los ojos con mano vacilante. Se sentó lentamente, parpadeó con ojos empañados por el sueño y los medicamentos, dilatados por un indecible horror a sus pesadillas causadas por las drogas.

—Garry —murmuró. Garry... escúcheme. Son egoístas..., vienen del infierno...

Luego masculló varias palabras ininteligibles, volvió a desplomarse en su litera y empezó a roncar suavemente.

McReady lo miró pensativamente.

—Pronto lo sabremos —dijo, asintiendo con lentitud—. Pero tiene razón Copper al hablar de egoísmos. No sé qué sueños habrá tenido. Pero tiene razón. Egoísmo es la palabra adecuada. *Ellos* deben de ser egoístas.

Se volvió hacia los hombres que estaban en la cabaña, tensos, silenciosos, que se miraban con ojos hostiles.

—Egoístas. Y, como lo dijo el doctor Copper... *cada parte es un todo*. Cada pedazo es autónomo, es un animal en sí mismo. Eso, y lo demás, es revelador. Nada hay de misterioso en la sangre: es un tejido del cuerpo tan normal como un trozo de músculo o de hígado. Pero no tiene tanto tejido conjuntivo, aunque contiene millones, miles de millones de células.

La gran barba bronceada de McReady se arrugó en ceñuda sonrisa.

—Esto, en cierto modo, es satisfactorio. Estoy segurísimo de que nosotros los humanos superamos aún... a los otros. A los otros que están aquí. Y tenemos lo que los extraterrestres, evidentemente, no tienen. No un instinto imitado, sino innato, una pasión indomable que es auténtica. ¡Luchamos, luchamos con una ferocidad que ellos tratan de imitar, pero que nunca igualarán! Somos seres reales. Y ellos son imitaciones, falsos hasta lo más profundo de cada célula. Perfectamente. Ahora, esto es una definición. *Ellos* lo saben. *Ellos*, que leen los pensamientos. *Ellos* me han sacado la idea de la cabeza. *Ellos* no pueden evitarlo.

—Quedándonos quietos aquí...

—Déjelo. La sangre son los tejidos. Ellos tienen que sangrar: ¡Si no sangran cuando los cortan, entonces, por Dios que son una impostura infernal! Si sangran..., entonces, esa sangre, separada de ellos, es un individuo... Un individuo recién formado por derecho propio, así como ellos... se desprendieron, todos ellos, de un original, ¡son individuos! ¿Comprende, Van? ¿Advierte la respuesta, Bar?

Van Wall rió, con risa muy contenida.

—La sangre..., la sangre no obedecerá —dijo—. Es un individuo nuevo, con todo el deseo de proteger su propia vida que tiene el original..., la masa principal de la cual se separó. La sangre *vivirá*... ¡y tratará de huir de una aguja caliente, digámoslo así!

McReady tomó el escarpelo de la mesa. Luego sacó del armario un soporte de tubos de ensayo, una diminuta lámpara de alcohol y alambre de platino arrollado a una varilla de vidrio. Sobre sus labios aleteaba una sonrisa de ceñuda satisfacción. Por un momento contempló a los que lo rodeaban. Barclay y Dutton se le acercaron lentamente, con el instrumento eléctrico de mango de madera listo para usar.

—Dutton —dijo McReady—. Supongamos que usted se acerque a la conexión. Pero asegúrese de que ningún..., de que nadie la afloje.

Dutton se apartó.

—Vamos, Van. Supongamos que usted sea el primero.

Muy pálido, Van Wall se adelantó. Con delicada precisión, McReady le cortó una vena en la base del pulgar. Van Wall tuvo un sobresalto y luego se mantuvo firme mientras la sangre brillante caía en el tubo de ensayo. McReady colocó en su soporte el tubo de ensayo, le dio a Van Wall un fragmento de alambre y le señaló el frasco de yodo.

Van Wall estaba inmóvil, mirando. McReady calentó el hilo de platino con la llama de la lámpara de alcohol y luego lo sumergió en el tubo. Se oyó un suave silbido. McReady repitió el *test* cinco veces.

—Un ser humano, en mi opinión —dijo con un suspiro McReady, y se irguió—. Por ahora, mi teoría no ha sido probada realmente... pero tengo esperanzas. Tengo esperanzas. Por lo demás, no se interesen demasiado por esto. Tenemos con nosotros a algunos seres indeseables, no hay duda. Van... ¿quiere relevar a Barclay junto al conmutador? Gracias. Está bien, Barclay. Confío en que se quedará con nosotros. Usted es un excelente muchacho.

Barclay sonrió con aire indeciso, y se sobresalto bajo el delgado filo del escarpelo. Poco después, con ancha sonrisa, recobró su arma de largo mango.

—Señor Samuel Dutt... ¡Bar!

La tensión se desato en ese instante. Sea cual fuere el infierno que tenían en sus almas los monstruos, los hombres los igualaban en ese instante. Barclay no tuvo oportunidad de mover su arma mientras una veintena de hombres se lanzaban sobre aquella cosa que había parecido ser Dutton. Aquello maullaba y escupía y trataba de crear colmillos... y estaba formado por cien fragmentos rotos, desgarrados. Sin

cuchillos, sin más arma que la fuerza bruta de un personal de hombres escogidos, el monstruo fue aplastado, desgarrado.

Lentamente, todos se recobraron, los ojos fulgurantes, los movimientos muy sosegados. Un curioso fruncimiento de los labios traicionaba en ellos una suerte de nerviosidad.

Barclay se acercó con el arma eléctrica. La carne se quemó y hedió. El ácido cáustico que dejó caer Van Wall sobre cada gota de sangre derramada provocó vapores que cosquilleaban la garganta y causaban tos.

McReady sonrió, los hundidos ojos vivaces y bailarines.

—Quizá yo haya subestimado la capacidad del hombre al decir que nada humano podía igualar la ferocidad que había en los ojos de ese monstruo —dijo serenamente—. Ojalá halláramos una manera más adecuada de tratar a esos seres. Algo que contenga aceite hirviente o plomo derretido. O quizá podamos asarlos lentamente en la caldera de la planta de energía. Cuando pienso en el hombre que era Dutton...

—No se preocupe. Mi teoría es confirmada por..., ¿por uno que sabia? Bueno, Van Wall y Barclay están probados. Creo, por consiguiente, que trataré de mostrarles a ustedes lo que ya sé. Que también yo soy un ser humano.

McReady esterilizó el escalpelo y se cortó con ademán experto la base del pulgar.

A los veinte segundos, apartó los ojos del escritorio para mirar a los hombres que esperaban. Ahora, había más sonrisas entre ellos, más sonrisas cordiales, pero al mismo tiempo se advertía algo más en sus ojos.

—Connant tenía razón —dijo con una suave sonrisa McReady—. ¿Por qué hemos de suponer que sólo la sangre del lobo tiene derecho a la ferocidad? Quizás el lobo sea superior en cuanto a malignidad espontánea, pero después de estos siete días... ¡abandonad toda esperanza, oh lobos que entráis aquí!

—Quizá podamos ahorrar tiempo. Connant... ¿quiere usted acercarse para...?

Nuevamente, Barclay fue demasiado lento. Hubo más sonrisas, menos tensión aún, cuando Barclay y Van Wall concluyeron su faena.

Garry habló, con voz amarga y contenida:

—Connant era una de los mejores hombres que teníamos aquí..., y hace cinco minutos yo habría jurado que era un hombre. Esos malditos monstruos son más que una imitación.

Garry se estremeció y se dejó caer en su litera.

Y treinta segundos después, la sangre de Garry rehuyó el hilo de platino calentado y se esforzó por escapar del tubo de ensayo. Luchó con el mismo frenesí con el que una súbitamente salvaje imitación de Garry, con los ojos encarnados, todo un ser humano en descomposición, se esforzaba en rehuir la lengua de víbora del arma con la que Barclay avanzaba hacia él, pálido y sudoroso. El ser del tubo de ensayo chilló con una voz diminuta y metálica cuando McReady lo dejó caer sobre el fulgurante carbón del hornillo.



—¿El último? —dijo el doctor Copper, levantándose de su litera con los ojos inyectados en sangre y entristecidos—. Catorce, en total...

McReady asintió lacónicamente.

—En algunos aspectos..., si hubiéramos podido impedir permanentemente que se propagaran..., yo habría querido recobrar hasta las imitaciones. El comandante Garry...

Connant... Dutton... Clark...

—¿Adónde llevan esas cosas? —dijo Copper, señalando la camilla que sacaban de allí Barclay y Norris.

—Afuera. Afuera, sobre el hielo, donde tienen quince envases rotos de kerosene.

Hemos arrojado ácido sobre cada gota derramada, sobre cada fragmento. Vamos a incinerarlos.

—El plan parece bueno —dijo Copper, asintiendo con aire fatigado—. Usted no me ha dicho si Blair...

McReady se sobresaltó.

—¿Lo hemos olvidado? ¡Teníamos tantos otros en quienes pensar! Me pregunto... ¿cree usted que podremos curarlo ahora?

—Sí... —comenzó el doctor Copper, y se detuvo con aire significativo.

McReady volvió a hablar.

—Es un loco. Imitaba a Kinner y su histeria al rezar...

Se volvió hacia Van Wall y dijo:

—Van, tenemos que hacer una expedición a la cabaña de Blair.

Van lo miró con ojos penetrantes. Por un momento, la preocupación que acusaba su semblante fue sustituida por un sorprendido recuerdo. Luego, se levantó e hizo un gesto de asentimiento.

—Más vale que me acompañe Barclay. Fue él quien cerró la puerta de Blair y sabrá cómo abrirla sin asustarlo demasiado.

El viaje duró tres cuartos de hora y a una temperatura de 37 grados bajo cero. Tres cuartos de hora para llegar a la cabaña sepultada entre la nieve. De allí no surgía humo y los tres hombres se apresuraron.

—¡Blair! —bramó Barclay, cuando estaba aún a cien metros de allí—. ¡Blair!

—Cállese —dijo McReady—. Y apurémonos. Quizá Blair trate de huir solo. Si tenemos que perseguirlo... sin aviones, con los tractores inutilizados...

—¿Tendría un monstruo el vigor de un hombre?

—Una pierna rota no lo detendría más de un minuto —observó McReady.

Barclay profirió una exclamación entrecortada y señaló hacia lo alto. Borrosamente, en el cielo crepuscular, algo alado describía curvas de indescriptible gracia y facilidad. Las grandes alas blancas se inclinaban suavemente y el pájaro revoloteaba sobre los hombres con silenciosa curiosidad.

—Un albatros... —dijo en voz baja Barclay—. El primero de la temporada, que piensa irse tierra adentro no sé por qué motivo. Si un monstruo está suelto...

Norris se inclinó sobre el hielo y sacó algo precipitadamente de su gruesa ropa a prueba de intemperie. Se irguió. En su mano brillaba una amenazadora arma de metal azulado, y ésta rugió su desafío al silencio blanco de la Antártida.

El pájaro profirió un ronco chillido. Sus grandes alas se agitaron frenéticamente cuando una docena de plumas se desprendieron de su cola. Norris volvió a disparar. El pájaro se movía velozmente ahora, pero en una línea de retirada casi recta. Volvió a chillar, cayeron más plumas y se remontó con sordo aleteo detrás de un cerro de hielo, para desaparecer.

Norris siguió presurosamente a sus compañeros.

—No volverá —dijo, jadeante.

Barclay lo redujo al silencio con gesto de advertencia, señalando. Una extraña y feroz luz azul brotaba por las grietas de la puerta de la cabaña. Dentro resonaba un zumbido muy suave, muy suave, y también un chasquido y tintineo de herramientas, y aquellos sonidos traían un mensaje de frenética prisa.

McReady palideció.

—Dios nos ayude si ese monstruo ha...

Asió a Barclay por el hombro e hizo el movimiento de cortar con los dedos, señalando el nudo de cables de control que sujetaban la puerta.

Barclay sacó del bolsillo los cortadores de alambre y se hincó de rodillas silenciosamente. El chasquido de los alambres cortados causó un indecible estrépito en la absoluta quietud de la Antártida. Sólo se oía aquel extraño y suave zumbido en el interior de la cabaña, y el frenético chasquear y tintinear de las herramientas que ahogaba esos ruidos.

McReady atisbo por una grieta de la puerta. Tomó aliento con ronco sonido y sus grandes dedos se clavaron cruelmente en el hombro de Barclay. El meteorólogo retrocedió.

—No es Blair —explicó McReady, en voz baja—. Es alguien arrodillado junto a un objeto que está sobre la litera... Algo que quiere elevarse, que parece un morral... y que sube a cada momento.

—Vamos juntos —dijo Barclay con aire ceñudo—. No. Norris, quédese atrás y saque ese hierro suyo. Eso que está ahí... puede tener armas.

El vigoroso cuerpo de Barclay y la gigantesca fuerza de McReady golpearon juntos la puerta. Dentro, la litera apoyada contra ésta chirrió furiosamente y se hizo añicos. La puerta saltó hacia dentro.

Un ser se levantó de un salto, como una pelota de goma azul. Uno de sus cuatro brazos, semejantes a tentáculos, se estiró como una víbora que va a asestar su golpe. En una mano de siete tentáculos brillaba un lápiz de reluciente metal y el ser lo levantó para afrontarlos. Los finos labios del monstruo se entreabrieron convulsivamente descubriendo unos colmillos de ofidio, en una mueca de odio,

mientras sus ojos encarnados fulguraban.

El revólver de Norris atronó el recinto. El rostro cubierto de odio se convulsionó en una mueca de sufrimiento y el tentáculo que se estiraba se replegó. El objeto plateado que tenía en la mano se trocó en unos restos metálicos y la mano de siete tentáculos se convirtió en una masa de mutilada carne que rezumaba un licor amarillo verdoso. El revólver retumbo otras tres veces. En cada uno de los tres ojos aparecieron oscuros agujeros, y finalmente Norris lanzó el arma vacía contra el rostro.

El ser gritó con terrible odio, llevándose un tentáculo a los cegados ojos. Durante un momento se arrastró por el suelo, descargando salvajes golpes en el vacío con sus tentáculos, mientras el cuerpo se retorció. Luego volvió a ponerse de pie, moviendo los cegados ojos, que se contraían repulsivamente, mientras la aplastada carne se desprendía en húmedos trozos.

Barclay se levantó pesadamente, avanzó con un hacha para hielo y le asestó un golpe de plano sobre el costado de la cabeza. El monstruo a quien no se podía matar se desplomó nuevamente. Los tentáculos se estiraron de improviso y de pronto Barclay cayó, aferrado en el dogal de una cuerda viviente y lívida. El monstruo se disolvía mientras lo sujetaba y era como una cinta al rojo blanco que le penetraba a Barclay en la carne de las manos, como un fuego vivo. Frenéticamente, Barclay se arrancaba su ropa, escondía las manos para que no se las aferrara. El ciego ser tanteaba y desgarraba el duro paño del abrigo a prueba de intemperie de Barclay, buscando carne..., carne que pudiera convertir...

La enorme antorcha fuelle que trajera McReady carraspeó solemnemente. De pronto, rugió con voz ronca su desaprobación. Luego, rió con una risa gorgoteante y sacó una lengua blanco azulada de casi un metro. El ser del suelo gritó, golpeando a ciegas con los tentáculos que se retorcían y que se contrajeron bajo la burbujeante ira de la antorcha fuelle. El monstruo se arrastró y revolvió en el suelo, gritó y rengueó frenéticamente, pero McReady seguía proyectándole la antorcha sobre la cara, mientras los muertos ojos ardían inútilmente. Con frenesí, el ser se arrastraba y aullaba.

De un tentáculo brotó una salvaje garra... y se consumió en la llama. Firmemente, McReady proseguía un plan firme y deliberado. Impotente, enloquecido, el ser se retiró de aquella gruñona antorcha. Por un momento se rebeló, chillando con infrahumano odio al contacto de la nieve helada. Luego, cayó ante el chamuscante hálito del flamígero fuelle y lo envolvió el hedor de su carne. Retrocedió sin esperanzas... internándose cada vez más entre las nieves de la Antártida. El furioso viento barría el suelo y retorció los lengüetazos de la antorcha fuelle: y el monstruo se sacudía inútilmente y dejaba un rastro de humo aceitoso y maloliente...

McReady volvió en silencio a la cabaña. Barclay lo recibió en la puerta.

—¿No hay más? —preguntó con el ceño fruncido el gigantesco meteorólogo.

Barclay negó con la cabeza.

—No hay más. ¿No se dividió?

—Tenía otras cosas en qué pensar —le aseguro McReady—. Cuando lo dejé estaba convertido en una brasa. ¿Qué hacía?

Norris rió silenciosamente.

—Somos inteligentes, no cabe duda. Rompemos las magnetos para que los aviones no funcionen, arrancamos tuberías en los motores de los camiones y dejamos a ese monstruo solo durante una semana en esta cabaña. Solo y sin que lo molesten.

McReady registró con más cuidado la cabaña. El aire a pesar de la puerta arrancada era caluroso y húmedo. En una mesa al otro extremo de la habitación, se veía un objeto formado por cables arrollados y pequeños imanes, tubos de vidrio y lámparas radiotelefónicas. En el centro había un bloque de piedra rústica. Del centro del bloque surgía aquella luz que inundaba la cabaña, la furiosa luz azul más azul que el resplandor de un arco eléctrico: y de allí surgía el suave zumbido. A un costado había otro mecanismo de cristal, fundido con inverosímil pulcritud y delicadeza, laminas de metal y una extraña y reluciente esfera incorpórea.

—¿Qué es eso? —dijo McReady, y se acercó.

Norris movió dubitativo la cabeza.

—Habría que investigarlo. Pero creo adivinar de qué se trata. Es fuerza atómica. Eso que está a la izquierda es una cosita destinada a hacer lo que han intentado los hombres con ciclotrones de cien toneladas. Separa los neutrones del agua pesada, que el monstruo obtenía del hielo circundante.

—¿Dónde lo habrá conseguido todo?... ¡Ah, sí! Naturalmente. Un monstruo no podía estar confinado dentro... ni fuera. Ha estado hurgando en los escondrijos de los aparatos.

McReady miró absorto la máquina.

—¡Dios mío! ¡Qué cerebro debe tener esa raza!

—La esfera reluciente... Creo que es una esfera de fuerza pura. Los neutrones pueden atravesar cualquier materia y ese monstruo quería un depósito de reserva de neutrones.

Basta con proyectar neutrones contra sílice, calcio, berilio..., contra cualquier cosa, o poco menos, y la energía atómica se libera. Ese objeto es un generador atómico.

McReady sacó un termómetro de su chaqueta.

—Aquí hay ciento veinte grados Fahrenheit, a pesar de la puerta abierta.

Norris asintió.

—La luz es fría. Lo he descubierto. Pero emite calor para caldear el recinto mediante esa bobina. Ese monstruo tenía toda la energía eléctrica del mundo. Podía mantener esa atmósfera tibia y agradable, tal como entendía su raza lo tibio y lo agradable. ¿Notó usted la luz, su color?

McReady asintió.

—Más allá de las estrellas está la respuesta. Vinieron desde más allá de las

estrellas.

De un planeta más cálido que describía círculos alrededor de un sol más brillante, más azul.

McReady contempló por la ventana el rastro manchado de humo que avanzaba por la nieve.

—No creo que vuelva. Vinieron a parar aquí por mero accidente y eso sucedió hace veinte millones de años. ¿Para qué hizo todo eso?

Barclay rió silenciosamente.

—¿Se fijó en qué trabajaba cuando vinimos? Mire.

Y señaló el techo de la cabaña.

Como un morral hecho de latas de café aplastadas, con correas de cuero y cintas de paño colgante y que oscilaban, el mecanismo estaba adherido al techo. Ardía en el diminuto y brillante núcleo de llamas sobrenatural, pero ardía a través de la madera del techo sin quemarla. Barclay se le acercó, asió dos de las correas y tiró hacia abajo con fuerza. Luego se ató las correas alrededor del cuerpo. Un leve salto lo llevó en un arco fantasmagórico y lento a través de la habitación.

—Antigravedad —dijo silenciosamente McReady.

—Antigravedad —asintió Norris—. Sí, nosotros los habíamos detenido, ya que no había aviones ni pájaros. Los pájaros no habían venido..., pero el monstruo tenía latas de café y piezas radiotelefónicas, y el cristal y el taller mecánico de noche. Y una semana... toda una semana... para sí. América en un sólo salto..., con la antigravedad provista de fuerza por la energía atómica de la materia. Los habíamos detenido. Media hora más, pues el monstruo estaba precisamente ajustando esas correas sobre el aparato para que éste pudiera transportarlo, y nos habríamos quedado en la Antártida, disparando contra todos los seres vivos que vinieran del resto del mundo.

—El albatros... —dijo en voz baja McReady—. ¿Cree usted...?

—¿Con eso casi terminado? ¿Con esa arma mortal que tenía en su mano?

—No, gracias a Dios, que evidentemente oye muy bien hasta lo que sucede aquí abajo, y merced al margen de media hora, conservamos nuestro mundo, y también los planetas del sistema. La antigravedad..., ¿comprende? Y la energía atómica. Porque ellos vinieron de otro sol, de una estrella que está detrás de las estrellas. Ellos vinieron de un mundo de sol más azul.

# El Amo ha muerto

Harry Bates

## Introducción

Filmada Como *ULTIMÁTUM A LA TIERRA* (Twentieth Century-Fox, 1951).

Indudablemente, una de las diez mejores películas de ciencia ficción que Hollywood haya producido nunca, *Ultimátum a la Tierra*, ha gozado de una tremenda popularidad a cada nueva generación que la veía.

Parte de la razón de su enorme aceptación procede ciertamente de las novedosas ideas presentadas en la historia original. En vez de instilar en su relato de un viajero alienígena horror y amenaza, el autor Harry Bates eligió darle la vuelta al asunto y crear un nuevo tipo de visitante de otros mundos. En vez de lanzar a su alrededor los habituales rayos de la muerte y planear la conquista del mundo, el benévolo hombre del espacio Klaatu llega a la Tierra para promocionar únicamente la paz y la buena voluntad. Sin embargo, sus rectas intenciones son acogidas con miedo, suspicacia, y finalmente ciega violencia.

Del mismo modo, en la película, Klaatu, soberbiamente interpretado por el malogrado Michael Rennie, descubre que los terrestres no son tan civilizados como él creía. En un valeroso intento de salvar a la humanidad de destruirse a sí misma mediante armas atómicas, el hombre del espacio cae víctima de la traición, la injusticia, y finalmente una lluvia de mortíferas balas. Sólo más tarde, con la ayuda de su compañero robot, Gort (Gnut en la historia), es vuelto Klaatu a la vida.

El guionista Edmund H. North, que ha sido coguionista de *Patton* y más recientemente de *Meteoro*, admite que su adaptación libre de la historia de Bates contiene varias referencias religiosas específicas..., incluso más allá de la obvia secuencia de la «resurrección». Por ejemplo, cuando Klaatu escapa del hospital se identifica con el hombre cuyo traje ha tomado. El nombre es Carpenter, carpintero, y lo adopta como suyo. Esto forma parte también del paralelismo con Cristo, un aspecto que la novela original jamás había explorado.

Pero aunque la historia y el guión difieren en muchos puntos, es curioso señalar que ambas sitúan la mayor parte del interés dramático en la idea de un OVNI aterrizando entre nosotros. En 1940, cuando *El amo ha muerto* apareció en *Astounding Stories*, la primera oleada de observaciones de

platillos volantes procedentes de pilotos de vuelos intercontinentales estaba en pleno apogeo. En 1951, cuando la versión fílmica llegó a las pantallas, toda América estaba registrando los cielos en busca de las aeronaves en forma de disco.

El director cinematográfico Robert Wise, genio creativo de *Ultimátum a la Tierra*, además de otros films fantásticos tales como *La amenaza de Andrómeda* y *Star Trek: el film*, cree firmemente en los OVNIS y en las cosas que están más allá de la comprensión humana. Quizá fue debido a esto que no le costó esfuerzo filmar lo que se ha convertido en uno de los hitos del cine de ciencia ficción.

JIM WYNORSKI

## 1

Desde su posición en lo alto de la escalera, sobre el piso del museo, Cliff Sutherland estudió con cuidado cada línea y sombra del gran robot, y luego se volvió y miró pensativamente a la masa de visitantes llegados de todas partes del Sistema Solar para ver a Gnut y la nave, y oír, una vez más, su asombrosa y trágica historia.

Sutherland había acabado por sentir un interés casi de propietario en la exhibición, y no sin motivo. Había sido el único fotógrafo de prensa que se hallaba en los terrenos del Capitolio cuando habían llegado los visitantes de lo Desconocido, y había obtenido las primeras fotografías profesionales de la nave. Había contemplado de cerca cada acontecimiento de los siguientes y locos días. Después, había fotografiado muchas veces al robot de dos metros y medio de alto, la nave, y al apuesto embajador muerto, Klaatu, y su imponente tumba Y, dado que aquel acontecimiento seguía teniendo una enorme importancia como noticia para miles de millones de personas de todo el espacio habitable, allí estaba de nuevo, para conseguir más fotos y, si era posible, un nuevo "ángulo".

Esta vez quería conseguir una foto que mostrase a Gnut como extraño y amenazador.

Las fotos que había tomado el día anterior no habían producido el efecto que deseaba, y esperaba lograrlo hoy; pero la luz aún no era la adecuada y tenía que esperar a que se hiciera más tarde.

Los últimos componentes de la muchedumbre admitida en aquel grupo se

apresuraron a entrar, lanzando exclamaciones ante las amplias y nítidas curvas verdes del misterioso vehículo espacio-temporal, olvidando luego completamente la nave al ver la asombrosa figura y la gran cabeza del gigantesco Gnut. Los robots articulados de una burda apariencia humanoide eran bastante corrientes, pero los ojos de los terrestres jamás habían visto nada como aquello. Pues Gnut casi tenía la forma exacta de un hombre... de un gigante, pero humano, de metal verdoso. Estaba desnudo, a excepción de un taparrabos. Se alzaba como el poderoso dios de las máquinas de alguna civilización científica jamás imaginada, y en su rostro se veía una expresión hosca y pensativa.

Aquellos que lo miraban ni bromeaban ni hacían comentarios tontos, y los que estaban más cerca de él acostumbraban a no decir ni palabra. Sus extraños ojos rojos, iluminados desde el interior, estaban colocados de tal manera que cada observador creía que estaban fijos en él, y daba la sensación de que en cualquier momento podía adelantarse airado y realizar acciones inimaginables.

Se oyó un ligero sonido crujiente, que provenía de los altavoces ocultos en el techo, e inmediatamente disminuyeron los sonidos de la multitud. Iba a empezar la explicación grabada. Cliff suspiró. Se sabía aquello de memoria; incluso había estado presente cuando se había efectuado la grabación y conocido al locutor, un joven llamado Stillwell.

—Damas y caballeros —comenzó a decir una voz clara y bien modulada... pero Cliff ya no la escuchaba.

Las sombras en el rostro y figura de Gnut se habían hecho más marcadas; casi había llegado el momento de hacer la foto. Tomó y examinó las copias de las fotografías que había obtenido el día anterior y las comparó, con aire crítico, con su modelo.

Mientras miraba, arrugó el entrecejo. No se había dado cuenta antes, pero ahora, de repente, tuvo la sensación de que, desde ayer, algo había cambiado en Gnut. La pose era idéntica a la que se veía en las fotografías, y todos los detalles parecían exactos, pero, sin embargo, seguía notando aquella sensación. Cogió su lupa y comparó con más cuidado el sujeto y la fotografía, línea a línea. Y entonces vio que había una diferencia.

Con repentina excitación, Cliff hizo dos fotografías con distintas exposiciones. Sabía que debía esperar un poco y tomar otras, pero estaba tan seguro de que se había tropezado con un misterio importante, que no pudo resistir seguir allí, y recogiendo con rapidez sus equipos accesorios, descendió por la escalera y salió del edificio. Veinte minutos más tarde, consumido por la curiosidad, estaba revelando las nuevas fotos en la habitación de su hotel.

Lo que Cliff vio cuando comparó los negativos tomados ayer y hoy hizo que se le erizara el cabello. ¡Desde luego, había un cambio de inclinación! ¡Y, aparentemente, era el único que lo sabía! No obstante, creía que, a pesar de que lo que había descubierto hubiera aparecido en todas las primeras planas de cada uno de los



periódicos del Sistema Solar, sólo era un inicio. Como los demás, no sabía qué había tras aquella historia, ni lo que en realidad había sucedido. Debía ocuparse de averiguarlo.

Y aquello significaba que debía ocultarse en el edificio y permanecer allí toda la noche.

Aquella misma noche; y le quedaba poco tiempo para regresar antes de que cerrasen.

Tomaría una pequeña cámara de infrarrojos con la que poder trabajar en la oscuridad, y conseguiría la verdadera foto y la historia que había tras ella.

Tomó la pequeña cámara, llamó a un taxi aéreo y se apresuró a regresar al museo. El lugar estaba lleno con otra parte de la omnipresente cola, y la grabación estaba terminando. Dio gracias al cielo de que su convenio con el museo le permitiese entrar y salir a su libre albedrío.

Ya había decidido lo que iba a hacer. Primero fue hasta el guarda y le hizo una única pregunta, y su rostro se iluminó por la expectación cuando oyó la respuesta que esperaba. La segunda cosa era hallar un punto en el que estuviese oculto de los ojos de quienes fueran a cerrar el local para la noche. Sólo había un lugar posible: el laboratorio montado detrás de la nave. Resueltamente, enseñó sus credenciales de prensa al segundo guarda, que estaba en el pasadizo que llevaba al laboratorio, afirmando que iba a entrevistar a los científicos; y un momento después se hallaba en la puerta del laboratorio. Había estado allí varias veces y conocía bien la sala. Era una gran área burdamente dividida para el trabajo de los científicos dedicados a abrirse camino hacia el interior de la nave, y repleto de una confusión de objetos grandes y pesados: hornos eléctricos y de aire caliente, garrafones de productos químicos, aislamientos de asbesto, compresores, cubetas, crisoles, un microscopio y muchísimo equipo más pequeño, común en un laboratorio metalúrgico. Tres hombres con batas blancas estaban absortos por completo en un experimento que se realizaba en el extremo más lejano. Cliff, tras esperar un buen rato, entró y se ocultó bajo una mesa medio enterrada en un montón de suministros. Se creía razonablemente a salvo de ser descubierto allá abajo. Pronto los científicos se irían a casa.

Podía oír a otro grupo de gente que entraba a ver la nave... Suponía que serían los últimos de aquel día. Se acomodó tan confortablemente como le fue posible. Dentro de un momento empezaría la explicación grabada. Tuvo que sonreír cuando pensó en una de las cosas que diría la grabación.

Luego, la oyó de nuevo: la clara y profesional voz de aquel tipo, Stillwell. Los movimientos y susurros de la multitud murieron, y Cliff pudo oír cada una de las palabras, a pesar de que eran pronunciadas al otro lado de la gran masa de la nave.

—Damas y caballeros —comenzaron las familiares palabras—, el Instituto Smithsonian les da la bienvenida a su nueva Sección Interplanetaria y a la maravillosa exposición que tienen delante.

Una breve pausa.

—Todos ustedes deben de saber ya lo que pasó aquí hace tres meses, si es que no lo vieron personalmente en la telepantalla —prosiguió la voz—. Se pueden resumir los pocos hechos: algo después de las cinco de la tarde del dieciséis de septiembre, los turistas de visita en Washington llenaban los terrenos que hay fuera de este edificio en su número habitual, y, sin duda alguna, con sus pensamientos de siempre. El día era cálido y hermoso. Un torrente de gente estaba abandonando la entrada principal del museo, que se halla en la dirección en la que ustedes miran en este momento. Como pueden suponer, este pabellón no había sido edificado entonces. Todo el mundo iba hacia sus casas, sin duda cansados tras pasar muchas horas de pie en las que habían visto los objetos exhibidos en el museo y visitado los muchos edificios que se extienden por los terrenos contiguos. Y, entonces, sucedió.

"En el área que tienen a su derecha, tal como está ahora, apareció la nave espaciotemporal. Surgió en un abrir y cerrar de ojos. No había bajado del cielo; docenas de testigos lo juraron; se limitó a aparecer. No estaba aquí, y al siguiente momento estaba. Se materializó en el mismo punto en que ahora descansa.

"La gente que se hallaba más cerca de la nave fue presa de pánico y huyó con gritos y alaridos. Todo Washington fue inundado por una oleada de excitación. La radio, la televisión y los periódicos vinieron a la carrera. La policía formó un amplio cordón alrededor de la nave, y llegaron unidades del ejercito que apuntaron cañones y proyectores de rayos contra ella. Se temía que se fuera a producir la más horrible de las catástrofes.

"Pues, desde el principio, todo el mundo estuvo de acuerdo en que no se trataba de una espacionave llegada de ningún punto del Sistema Solar. Hasta los niños sabían que en la Tierra sólo se habían construido dos espacionaves, y ninguna de ellas en cualquiera de los otros planetas y satélites; y de esas dos, una había sido destruida al ser atraída por el Sol, y la otra acababa de comunicar su llegada a Marte. Además, las construidas aquí tenían un casco de una dura aleación de aluminio, mientras que ésta, como bien pueden ver, está hecha con un metal verdoso desconocido.

"La nave apareció y se quedó ahí. Nadie salió de ella, y no había signo alguno de que contuviese ningún tipo de vida. Esto, como todo lo demás, hizo que la excitación llegase a un clímax. ¿Quién o qué habría dentro? ¿Serían amistosos u hostiles los visitantes? ¿De dónde venía la nave? ¿Cómo es que llegó de un modo tan repentino a este punto, sin caer del cielo?

"La nave descansó aquí durante dos días, tal como ustedes la ven ahora, sin que hubiese ningún movimiento o señal alguna de que contuviese vida. Mucho antes de que hubiese pasado este tiempo, los científicos ya habían explicado que no se trataba de una espacionave sino de un vehículo espaciotemporal, ya que sólo un artefacto como éste podría haber llegado de la forma en que llegó... materializándose. Indicaron que tal vehículo, si bien era teóricamente comprensible para nosotros, los terrestres, estaba fuera de todo lo alcanzable por nuestro actual estado de conocimientos, y que esta nave, activada por los principios de la relatividad, podía

muy bien haber llegado desde el rincón más lejano del universo, de una distancia que la luz tardase millones de años en cruzar.

"Cuando se difundió esta opinión, la tensión pública creció hasta un punto que casi resultaba intolerable. ¿De dónde había llegado el vehículo? ¿Quién lo ocupaba? ¿Por qué había venido a la Tierra? Y, sobre todo, ¿por qué no se mostraban? ¿Estarían quizá preparando alguna terrible arma destructora?

"¿Y dónde estaba la compuerta de entrada a la nave? Quien se había atrevido a acercarse a mirar informó que no podía hallarse orificio alguno. Ni la menor fisura o abertura quebraba la perfecta lisura de la superficie ovoidal de la nave. Y una delegación de altas jerarquías que visitó la nave no pudo lograr, ni aun llamando, conseguir que sus ocupantes dieran señal alguna de que les habían oído.

"Y al fin, tras exactamente dos días, a la vista de decenas de millares de personas reunidas y que se hallaban a buena distancia, y bajo las bocas de docenas de los más poderosos cañones y proyectores de rayos del ejército, apareció una abertura en la pared de la nave, se deslizó una rampa, y por ella bajó un hombre, de aspecto divino y forma humana, que era seguido muy de cerca por un gigantesco robot. Y cuando tocaron el suelo la rampa volvió a deslizarse hacia atrás y la entrada se cerró como antes.

"Inmediatamente resultó obvio a todos los reunidos que el desconocido era amistoso.

La primera cosa que hizo fue alzar en alto su mano derecha, en el gesto universal de paz; pero no fue esto lo que impresionó a aquellos que estaban cerca de él, sino la expresión de su rostro, que irradiaba bondad, sabiduría y la más pura de las noblezas. Ataviado con una túnica de colores delicados, parecía un dios benigno.

"Inmediatamente, pues estaban esperando esta aparición, se adelantó un nutrido comité de altas jerarquías gubernamentales y oficiales militares. Con un gesto digno y mayestático, el hombre se señaló a sí mismo, luego a su compañero robot, y luego dijo en perfecto inglés, con un extraño acento: "Soy Klaatu", o un nombre que sonaba así, "y este es Gnut". Al principio, los nombres no fueron muy bien comprendidos, pero la película sonora de la televisión los grabó, y, todo el mundo los conoció.

"Y entonces ocurrió la cosa que avergonzará a la raza humana por siempre jamás. De un árbol situado a un centenar de metros de distancia surgió un destello de luz violeta y Klaatu se desplomó. La multitud reunida se quedó anonadada por un instante, sin comprender lo que había sucedido. Gnut, situado un poco por detrás de su amo y a un costado, giró lentamente su cuerpo hacia él, movió un par de veces la cabeza y se quedó quieto, en la posición exacta en que lo ven ahora.

"Entonces, se produjo un pandemónium. La policía bajó del árbol al asesino de Klaatu.

Descubrieron que era una persona que tenía alteradas sus facultades mentales; no dejaba de gritar que el diablo había venido a matar a todos los seres vivos de la Tierra. Se lo llevaron de allí, y Klaatu, aunque era obvio que estaba muerto, fue

trasladado al hospital más cercano para ver si se podía hacer algo para revivirlo. Las multitudes, confusas y aterrorizadas, se desparramaron por los terrenos del Capitolio, permaneciendo en ellos el resto de la tarde y buena parte de la noche. La nave permaneció tan en silencio e inmóvil como antes. Y tampoco Gnut se volvió a mover de la posición en que había quedado.

"Gnut no volvió a moverse jamás. Se quedó exactamente tal como lo ven ahora durante aquella noche y los días siguientes. Y cuando fue construido el mausoleo en el Tidal Basin, se efectuaron los servicios fúnebres por Klaatu en el lugar donde se hallan ustedes ahora, siendo atendidos por los más altos dignatarios de todos los grandes países del mundo. No sólo era la cosa más apropiada, sino también la más segura, pues si había otros seres vivos en el interior del vehículo, como parecía posible en aquel tiempo, tenían que sentirse impresionados por la sincera pena por lo sucedido que mostrábamos todos los terrestres. Pero si Gnut seguía aún con vida, o quizá sería mejor que dijese en funcionamiento, no dio señal alguna de ello. Permaneció tal como le ven ustedes durante toda la ceremonia. Y se quedó así mientras su amo era llevado hasta el mausoleo y pasaba a la historia junto con la trágicamente corta grabación en sonido y visión de su histórica visita. Y así se quedó día tras día, noche tras noche, con buen o mal tiempo, sin moverse jamás ni demostrar que se diera cuenta de lo que había sucedido.

"Tras el entierro se construyó este pabellón comunicado con el museo para cubrir al vehículo y a Gnut. Pues, como se descubrió, no podía hacerse ninguna otra cosa, pues tanto Gnut como la nave eran demasiado pesados para ser transportados con seguridad con los medios de los que disponemos.

"Ya han oído hablar de los esfuerzos que han realizado desde entonces nuestros metalúrgicos para entrar en la nave, y de su completo fracaso. Tal como pueden ver desde donde están, se ha montado tras el vehículo una sala de trabajo en donde siguen llevándose a cabo intentos.

"Pero hasta el momento este maravilloso metal verdoso ha resultado inviolable. No sólo no podemos entrar en el vehículo, sino que ni siquiera podemos hallar el lugar exacto del que salieron Klaatu y Gnut. Las marcas de yeso que ven son la estimación más aproximada a la que se ha llegado.

"Muchas personas temieron que Gnut sólo estuviera temporalmente averiado, y que de volver a funcionar pudiera resultar peligroso. Sin embargo, los científicos han eliminado por completo cualquier posibilidad de que eso se produzca. El metal verdoso del que está fabricado parece ser el mismo que el de la nave, y no podía ser cortado, por lo que tampoco se podía hallar forma alguna en que estudiar sus mecanismos internos; pero los científicos tenían otros métodos. Enviaron corrientes eléctricas de enorme voltaje y amperaje a través del robot Aplicaron un terrible calor a todas las partes de su superficie metálica. Lo sumergieron durante muchos días en gases y ácidos y soluciones fuertemente corrosivas, y lo bombardearon con todos los tipos de rayos conocidos. No tienen, pues, que temerlo ya. No hay manera posible en

que pueda haber conservado la capacidad de seguir funcionando.

"Pero... una advertencia Las autoridades gubernamentales esperan de los visitantes el máximo respeto en el interior de este edificio. Quizá la civilización desconocida e inconcebiblemente poderosa de la que Klaatu y Gnut proceden envíe otros emisarios para ver lo que les sucedió. Lo hagan o no, todos nosotros debemos mantener una misma actitud. Nadie podría imaginarse lo que iba a suceder, y todos lo lamentamos enormemente; pero en cierto sentido, todos somos responsables, y debemos hacer todo lo posible para evitar cualquier represalia.

"Pueden ustedes permanecer cinco minutos más y luego, cuando suene el gong, hagan el favor de salir con presteza. Los ujieres robot que hay a lo largo de la pared responderán a cualquier pregunta que ustedes puedan hacerles.

"Fíjense bien, pues ante ustedes se hallan los símbolos desnudos de los logros, misterios y fragilidad de la raza humana.

La voz grabada dejó de hablar. Cliff; moviendo con mucho cuidado sus entumecidos miembros, sonrió ampliamente. ¡Si supieran lo que él sabía!

Pues sus fotografías contaban una historia bastante diferente a la del narrador. En las de ayer aparecía bien clara una línea del suelo junto al borde del pie más adelantado del robot; en la de hoy aquella línea *estaba tapada por el pie*. ¡Gnut se había movido!

O había sido movido, aunque aquello era muy poco probable. ¿Dónde estaba la grúa o cualquier otra evidencia de tal actividad? Era casi imposible que hubiera sido movido en una noche y luego se hubiesen hecho desaparecer todos los signos de tal actividad. Y, ¿por qué iba a llevarse a cabo tal traslado?

Sin embargo, para asegurarse, se lo habla preguntado al guarda. Casi podía recordar su respuesta, al pie de la letra:

—No, Gnut ni se ha movido ni ha sido movido desde la muerte de su amo. Se tuvo mucho cuidado en mantenerlo en la posición que había adoptado a la muerte de Klaatu.

El suelo fue construido bajo él y los científicos que llevaron a cabo su inutilización erigieron sus aparatos a su alrededor, sin moverlo del lugar que ocupa. No tenga ningún miedo al respecto.

Cliff sonrió de nuevo. No tenía ningún miedo.

Por ahora.

Un momento más tarde, el gran gong que había sobre las puertas de entrada tocó la hora de cerrar. Inmediatamente le siguió una voz que decía por los altavoces:

—Las cinco, damas y caballeros. Es la hora de cerrar, damas y caballeros.

Los tres científicos, como se sintiesen sorprendidos porque fuera tan tarde, se lavaron apresuradamente las manos, se pusieron sus ropas de calle y desaparecieron a lo largo del pasillo, sin fijarse en el joven fotógrafo escondido bajo la mesa.

Rápidamente disminuyeron los sonidos de pasos en la sala de exhibiciones, hasta que al fin sólo sonaron los pasos de los dos guardas que caminaban de un lugar a otro, asegurándose de que todo estaba en orden para la noche.

Uno de ellos miró por un instante desde la puerta del laboratorio, y luego se unió al otro en la entrada. Después, se cerraron con un sonido metálico las grandes puertas, y hubo silencio.

Cliff esperó varios minutos y luego, cuidadosamente, salió de debajo de la mesa.

Mientras se erguía, sonó un débil ruido tintineante en el suelo junto a sus pies.

Inclinándose con mucho cuidado, halló los astillados restos de una pequeña pipeta de cristal. La había derribado de la mesa.

Esto le hizo darse cuenta de algo en lo que no había pensado hasta aquel momento: un Gnut que se había movido podía ser un Gnut que viera y oyese... y que realmente fuera peligroso. Tendría que tener mucho cuidado.

Miró a su alrededor. La habitación estaba limitada a los extremos por dos separaciones de fibra que, en uno de sus lados, seguía la curvada parte inferior de la nave. Aquel lado de la habitación estaba formado por la misma nave, mientras que el opuesto era la pared sur del pabellón. Había cuatro grandes y altas ventanas. La única entrada era a través del pasillo.

Sin moverse, y dado su conocimiento del edificio, estableció su plan. Aquel pabellón estaba conectado con el extremo oeste del museo por una puerta jamás usada, y se extendía hacia el oeste en dirección al monumento Washington. La nave se hallaba más cerca de la pared sur y Gnut se alzaba frente a ella, no muy lejos del rincón noreste y en el lado opuesto de la habitación con respecto a la entrada del edificio y al pasillo que llevaba al laboratorio. Volviendo sobre sus pasos saldría al punto de la sala más alejado del robot Y esto era justo lo que deseaba, pues, al otro lado de la entrada, sobre una baja plataforma, se alzaba una mesa artesonada que contenía los aparatos en que estaba grabada la charla, y dicha mesa era el único objeto de la sala que le ofrecía un lugar en el que permanecer oculto mientras contemplaba lo que pudiera suceder. Los únicos otros objetos que había en la sala eran los seis robots humanoides colocados en lugares fijos a lo largo de la pared norte, para responder a las preguntas de los visitantes. Tendría que llegar hasta la mesa.

Se volvió y comenzó a caminar cautelosamente, de puntillas, saliendo del laboratorio y recorriendo el pasillo, que ya estaba oscuro, pues la luz que aún entraba en la sala de exhibiciones era obstruida por la gran masa de la nave. Llegó al extremo

de la habitación sin hacer ningún ruido. Cuidadosamente, se deslizó hacia adelante y atisbo por debajo de la curva de la nave, en dirección a Gnut.

Tuvo un momentáneo estremecimiento. ¡Los ojos del robot estaban clavados en él!... O así parecía. ¿Era sólo el efecto producido por la forma en que estaban colocados los ojos? ¿Acaso había sido descubierto? De cualquier forma, no parecía haber variado la posición de la cabeza de Gnut. Probablemente todo fuera bien, pero le hubiera gustado no tener que cruzar aquel extremo de la sala con la sensación de que los ojos del robot lo iban siguiendo.

Se echó hacia atrás, se sentó y esperó. Tendría que ser totalmente de noche antes de que recorriese el camino hasta la mesa.

Esperó una hora, hasta que los débiles rayos de las lámparas que había en los terrenos exteriores dieron la impresión de que la sala estaba más iluminada. Se alzó y miró de nuevo desde detrás de la nave. Los ojos del robot parecían estar clavados directamente en él, como antes, sólo que ahora, sin duda a causa de la oscuridad, la extraña iluminación interna daba la sensación de ser mucho más brillante. Era algo aterrador. ¿Sabía Gnut que él estaba allí? ¿En qué pensaba el robot? ¿Cuáles podían ser los pensamientos de una máquina construida por el hombre, aunque fuera una tan maravillosa como Gnut?

Era ya hora de atravesar la sala, así que Cliff se colgó la cámara tras la espalda, se puso a gatas y, con gran cuidado, se movió hasta el borde de la pared de entrada. Allí se acurrucó tanto como pudo contra el ángulo que formaba con el suelo y avanzó, centímetro a centímetro. Sin hacer una pausa, sin arriesgarse a mirar a los aterrorizadores ojos rojos de Gnut, fue reptando. Le costó diez minutos cruzar la distancia de treinta metros, y cuando al fin tocó el estrado de treinta centímetros de alto sobre el que se alzaba la mesa, estaba cubierto de sudor. Con la misma lentitud y tan silencioso como una sombra, subió al estrado y se acurrucó tras la protección de la mesa. Al fin había llegado.

Se relajó por un momento y luego, ansioso por saber si había sido visto, se giró con mucho cuidado y miró por detrás del costado de la mesa.

¡Ahora los ojos de Gnut estaban clavados de lleno en él! O así parecía. En la oscuridad reinante, el robot se erguía formando una sombra misteriosa y aún más oscura que el resto, y, a pesar de hallarse a unos cincuenta metros de distancia, parecía dominar la sala. Cliff no podía saber si había variado o no la posición de su cuerpo.

Pero si Gnut lo estaba mirando, al menos no hizo nada más. No pareció ni efectuar el menor movimiento que pudiera detectar. Su posición era la misma que había mantenido en aquellos últimos tres meses, en la oscuridad, bajo la lluvia, y, aquella última semana, en el museo.

Cliff tomó la decisión de no dejarse dominar por el miedo. Comenzó a darse cuenta de lo que pasaba en su propio cuerpo. El cauto reptar había tenido su efecto: le ardían las rodillas y los codos, y no le cabía duda de que se había estropeado el

pantalón. Pero aquello eran naderías, si sucedía lo que esperaba que pasase. Si Gnut se movía, y él lo podía fotografiar con su cámara de infrarrojos, tendría un artículo con el que podría comprarse medio centenar de trajes. Y si además podía enterarse del propósito que había tras los movimientos de Gnut, suponiendo que hubiera algún propósito, aquello sería un relato que conmovería al mundo.

Se dispuso a una larga espera; no podía saber cuándo se iba a mover Gnut, ni siquiera si se movería aquella noche. Los ojos de Cliff se habían adaptado a la oscuridad y podía divisar bastante bien los objetos más grandes. De vez en cuando atisbaba al robot: lo miraba mucho tiempo y con gran fijeza, hasta que se desdibujaba su silueta y parecía moverse, y tenía que parpadear y dejar descansar sus ojos para estar seguro de que sólo se trataba de su imaginación.

De nuevo la minutería de su reloj recorrió la totalidad de la esfera. La inactividad hizo que Cliff se fuera confiando más y más, y durante períodos más y más largos mantuvo su cabeza oculta tras la mesa, sin mirar. Así que cuando Gnut se movió, casi se desmayó del susto. Amodorrado y algo aburrido, de repente se encontró con el robot en medio de la sala, yendo en su dirección.

Pero aquello no era lo más aterrador. ¡Lo peor era que, cuando miró a Gnut no lo vio moviéndose! Estaba tan quieto como un gato que acecha a un ratón. Ahora, sus ojos eran mucho más brillantes, y no había duda alguna acerca de dónde estaban enfocados: ¡miraba fijamente a Cliff!

Sin apenas atreverse a respirar, medio hipnotizado, Cliff le devolvió la mirada. Su mente era un remolino. ¿Cuál era la intención del robot? ¿Por qué se había quedado tan quieto? ¿Lo estaba acechando? ¿Cómo podía moverse con tal silencio?

En la profunda oscuridad, los ojos de Gnut se acercaron aún más. El sonido casi imperceptible de sus pisadas tamborileaba en los oídos de Cliff con lentitud, pero con un ritmo perfecto. El fotógrafo, que habitualmente tenía recursos, se halló en esta ocasión paralizado por el miedo, resultándole totalmente imposible huir. Permaneció donde se hallaba mientras se le acercaba el monstruo de metal de brillantes ojos.

Por un momento Cliff estuvo a punto de desmayarse, y cuando se recuperó, allí estaba Gnut alzándose junto a él, con sus piernas casi al alcance de su mano. ¡Estaba algo inclinado hacia él, clavando sus terribles y ardientes ojos en los suyos!

Era ya demasiado tarde para salir corriendo. Temblando como cualquier ratón atrapado, Cliff esperó el golpe que lo iba a aplastar. Gnut lo escrutó durante lo que le pareció una eternidad, sin moverse. Y durante cada segundo de aquella eternidad Cliff estuvo esperando la aniquilación repentina, rápida y completa. Y luego, de forma repentina e inesperada, todo hubo terminado. El cuerpo de Gnut se enderezó y dio un paso hacia atrás. Se volvió. Y después, con el ritmo nada mecánico que sólo él poseía entre todos los robots, regresó hacia el lugar del que había venido. Cliff casi no podía creer que no le hubiera ocurrido nada. Gnut podría haberlo aplastado como a un insecto... y se había limitado a darse la vuelta y regresar. ¿Por qué? No podía suponer que un robot fuera capaz de mostrar consideraciones humanas.



Gnut fue directamente al otro extremo del vehículo. Se detuvo en un cierto lugar y produjo una curiosa sucesión de sonidos. Y, de pronto, Cliff vio aparecer en el costado de la nave una abertura, más oscura que las penumbras del edificio, y a esto siguió un débil sonido deslizante cuando apareció una rampa que bajó hasta el suelo. Gnut subió por ella e, inclinándose un poco, desapareció en el interior de la nave. Entonces, por primera vez, Cliff recordó que estaba allí para tomar fotos. ¡Gnut se había movido, pero él no lo había fotografiado! Pero al menos, fuera cuales fuesen las oportunidades que pudiera tener después, podía obtener una foto de la rampa que conectaba con la puerta abierta; así que colocó en posición su cámara, puso la exposición adecuada y apretó el disparador.

Pasó largo rato y Gnut no salió. ¿Qué podía estar haciendo dentro?, se preguntaba Cliff. Le fue volviendo algo de su valor y consideró la idea de arrastrarse hacia delante y atisbar a través de la compuerta, pero se dio cuenta de que no tenía valor para ello. Gnut le había perdonado la vida, al menos por el momento, pero no había forma de saber hasta dónde llegaría su tolerancia.

Transcurrió una hora, y luego otra. Gnut estaba haciendo algo dentro de la nave, pero Cliff no se podía imaginar el qué. Si el robot hubiera sido un ser humano, sabía que se hubiera atrevido a dar una ojeada; pero tal como estaban las cosas era una incógnita totalmente irresoluble. Bajo ciertas circunstancias, incluso los más simples robots terrestres resultan artefactos inexplicables; por consiguiente, aquél, llegado de una civilización desconocida e incluso inconcebible, y que era, con mucho, el artefacto más maravilloso jamás visto, podía estar dotado de poderes sobrehumanos. Todo lo que le habían hecho los científicos de la Tierra no había podido averiarlo. Acido, calor, rayos, terribles golpes demoleedores... Lo había soportado todo; y ni siquiera había sido dañado su acabado exterior. Quizá fuera capaz de ver perfectamente en la oscuridad. Y tal vez, sin moverse de donde estaba, pudiera oír o notar, de algún modo, el menor cambio en la posición de Cliff.

Pasó más tiempo, y entonces, en algún momento después de las dos de la madrugada, sucedió algo que no tenía nada de extraordinario, pero que resultaba tan inesperado que, por un momento, destruyó por completo el equilibrio de Cliff. De repente, se oyó un débil aleteo a través del oscuro y silencioso edificio, seguido pronto por el chillido, penetrante y agradable, de un pájaro. Era un sinsonte, el pájaro burlón. Estaba en algún punto de la penumbra, por encima de su cabeza. Sus notas eran claras y resonantes, y cantó una docena de tonadas, una tras otra y sin ninguna pausa: llamadas cortas e insistentes, trinos, gorjeos y arrullos... La canción de amor primaveral de lo que quizá fuera el mejor cantante que había en el mundo. Luego, de una forma tan brusca como había comenzado, el canto cesó.

Cliff se hubiera sentido menos sorprendido si un ejército invasor hubiera descendido de la nave. Estaban en diciembre, y ni siquiera en Florida habían comenzado a cantar los sinsontes. ¿Cómo había llegado aquél al cerrado y oscuro museo? ¿Cómo y por qué estaba cantando allí?

Esperó, con gran curiosidad. Luego, de repente, se dio cuenta de que Gnut se hallaba junto a la compuerta de la nave. Permanecía muy quieto, con sus brillantes ojos vueltos en dirección a Cliff. Por un instante pareció que el silencio del museo se hacía más profundo; luego fue interrumpido por un suave golpe en el suelo, cerca de donde Cliff se hallaba. Se quedó asombrado. La luz de los ojos de Gnut cambió, y comenzó a caminar con su paso casi normal en dirección a Cliff. Cuando estaba a corta distancia, el robot se detuvo, se inclinó y recogió algo del suelo. Durante algún tiempo permaneció inmóvil, contemplando el pequeño objeto que tenía en su mano. Aunque no podía verlo, Cliff sabía que era el pájaro burlón. O, mejor dicho, su cadáver, pues estaba seguro de que ya no cantaría nunca más. Entonces, Gnut se volvió y, sin mirar a Cliff, regresó a la nave, introduciéndose en ella.

Pasaron horas mientras Cliff esperaba que hubiera alguna secuela a aquel sorprendente acontecimiento. Quizá fuera a causa de su curiosidad, pero el caso es que comenzó a perderle miedo al robot. Creía que si aquella máquina tenía algo en contra de él, si pensase hacerle algún daño, hubiera acabado con él antes, cuando tenía una oportunidad perfecta. Cliff comenzó a animarse para ir a dar una rápida ojeada al interior de la nave. Y tomar una foto; debía acordarse de tomar una foto. Continuamente se estaba olvidando de la razón que lo había llevado allí.

Fue en la más profunda oscuridad de la falsa madrugada cuando reunió el suficiente valor para iniciar su acción. Se quitó los zapatos y, con los pies cubiertos sólo por los calcetines y llevando los zapatos atados por los cordones y colgados del cuello, se movió con el cuerpo rígido pero con mucha rapidez hasta un lugar situado tras el más próximo de los seis ujieres robot estacionados a lo largo de la pared, haciendo una pausa para ver si había algún signo que indicase que Gnut sabía que se había movido. No oyendo nada, se deslizó tras el siguiente robot y se detuvo de nuevo. Sintiendo ya más atrevido, dio una carrera hasta el más lejano, el sexto, situado justo enfrente de la compuerta de la nave. Allí se sintió desengañado. No podía ver ninguna luz detectable en el interior; sólo había oscuridad, y el silencio que lo llenaba todo. No obstante, sería mejor que tomase la foto. Alzó su cámara, la enfocó a la oscura abertura, y tomó la foto con una exposición bastante larga. Luego se quedó quieto, sin saber qué hacer a continuación.

Durante esta pausa, una extraña serie de sonidos apagados llegó a sus oídos, aparentemente procedentes del interior de la nave. Sonidos animales: primero jadeos y roces, acentuados por varios clics secos, y luego profundos y sonoros rugidos, interrumpidos por nuevos roces y jadeos, como si se estuviese produciendo algún tipo de lucha. Y entonces, de repente, antes de que Cliff pudiera decidirse a volver a la carrera bajo la mesa, una forma baja, robusta y oscura saltó de la compuerta e inmediatamente se volvió y creció hasta la altura de un hombre. Un terrible miedo avasalló a Cliff, aun antes de saber qué era aquella forma.

Al instante siguiente apareció Gnut en la compuerta y bajó, sin titubear, por la rampa, en dirección a la figura. Mientras avanzaba hacia ella, ésta retrocedió

lentamente unos pasos; pero luego se quedó a pie firme, y unos gruesos brazos se alzaron de sus costados e iniciaron un potente tamborileo contra su pecho, mientras de su garganta surgía un terrible rugido de desafío. Sólo había un ser en todo el mundo que se golpease el pecho y produjese un sonido como aquél: ¡aquella forma era la de un gorila!

¡Y además, un gorila enorme!

Gnut siguió avanzando, y cuando estuvo cerca, se abalanzó y aferró a la bestia. Cliff no se hubiera imaginado que Gnut pudiera moverse con tal rapidez. No pudo ver, dada la oscuridad, los detalles de lo que sucedió; lo único que sabía era que las dos enormes formas, el titánico robot Gnut y el más bajo pero terriblemente fuerte gorila se fundieron por un instante, entre el silencio del robot por una parte y los profundos e indescritibles rugidos del gorila por otra; y cuando los dos se hubieron separado, fue porque el gorila había sido lanzado de espaldas.

El animal se irguió inmediatamente en toda su altura y rugió ensordecedoramente.

Gnut avanzó de nuevo, y volvió a producirse la escena anterior. El robot continuó avanzando inexorable, y entonces el gorila comenzó a retroceder hacia la pared del edificio. De repente, la bestia corrió hacia una de las figuras humanoides que había apoyada contra la pared y, con un rápido movimiento lateral, lanzó al quinto ujier robot contra el suelo y lo decapitó.

Tenso de pavor, Cliff se acurrucó tras su propio robot. Dio gracias al cielo por el hecho de que Gnut estuviese entre él y el gorila y que continuase su avance. El gorila retrocedió aún más, pero de pronto se abalanzó hacia el siguiente robot de la hilera y, con una fuerza casi increíble, lo arrancó del suelo y lo lanzó contra Gnut. Con un tremendo estrépito metálico, el robot golpeó al otro robot, y el producido en la Tierra rebotó hacia un lado y rodó hasta detenerse.

Después, Cliff se maldeciría a sí mismo por ello, pero de nuevo volvió a olvidarse por completo de tomar una foto. El gorila, retrocedió a lo largo de la pared, demolió con terribles estallidos de ira cada uno de los ujieres robot frente a los que pasaba, y lanzó las piezas al implacable Gnut. Pronto se hallaron frente a la mesa y Cliff dio entonces gracias a su buena estrella por no haber ido hasta allí. Se produjo un breve silencio, y Cliff no pudo saber qué era lo que estaba pasando, pero se imaginó que al fin el gorila había llegado al rincón del edificio, y estaba atrapado.

Si lo estaba fue sólo por un instante. Súbitamente el silencio fue rasgado por un terrible rugido, y la robusta forma del animal llegó dando botes hacia Cliff. Recorrió todo el camino y se dio la vuelta justo entre Cliff y la compuerta de la nave. El fotógrafo rogó con frenesí a todos los dioses que regresase pronto Gnut, pues ahora sólo había el único robot indemne entre él y la peligrosa bestia. Gnut surgió de la oscuridad. El gorila se alzó de nuevo en toda su altura, golpeó su pecho y rugió en señal de reto.

Y entonces ocurrió una cosa curiosa. La bestia cayó de cuatro patas y, lentamente, rodó sobre su costado, como si estuviese débil o se hubiese hecho daño. Luego,

jadeando, lanzando unos sonidos aterradores, se puso de nuevo en pie y se enfrentó con el robot que se le acercaba. Y mientras esperaba, su atención fue atraída por el último ujier mecánico y quizá por Cliff, que estaba acurrucado tras él. Con un estallido de terrible ira destructora, el gorila caminó de lado en dirección a Cliff; pero esta vez, a pesar de su pánico, éste pudo ver que el animal se movía con dificultad, al parecer enfermo o gravemente herido. Se echó hacia atrás justo a tiempo: el gorila alzó el último ujier robot y se lo lanzó con violencia a Gnut, fallando por unos centímetros.

Aquél fue su último esfuerzo. Una vez más, la debilidad se apoderó de él; cayó como un fardo sobre un costado, rodó adelante y a atrás varias veces y comenzó a estremecerse. Luego se quedó quieto y ya no se movió.

La primera y débil luz del alba estaba entrando en la sala. Desde el rincón en donde se había refugiado, Cliff contemplaba muy de cerca al gran robot. Le parecía que se comportaba de una forma muy extraña. Se quedó junto al gorila muerto, mirándolo con lo que en un humano hubiera sido considerado tristeza. Cliff lo vio con mucha claridad: las facciones verde oscuro de Gnut tenían una expresión pensativa y doliente, que antes no había visto. Permaneció así algunos segundos, y luego, como haría un padre con su hijo enfermo, se inclinó, alzó al gran animal en sus brazos metálicos y lo llevó con ternura al interior de la nave.

Cliff regresó a la mesa a la carrera, sintiéndose aterrado ante la idea de que pudieran producirse nuevos acontecimientos peligrosos e inexplicables. Pensó que estaría más seguro en el laboratorio y, con las rodillas temblorosas, recorrió el camino hasta allí y se ocultó dentro de uno de los hornos. Rezaba porque pronto fuera de día. Su mente era un verdadero caos. Con rapidez, uno tras otro, iba rememorando todos los asombrosos acontecimientos de la noche; pero todos eran misteriosos, y le parecía que no podía haber explicación racional alguna para los mismos. El pájaro burlón, el gorila, la triste expresión de Gnut y su ternura.

¡No había nada que pudiera explicar una mezcla tan fantástica de acontecimientos!

Gradualmente llegó la luz del día. Pasó mucho rato. Al fin comenzó a creer que quizá pudiese escapar con vida de aquel lugar misterioso y terrible. A las ocho y media se oyeron ruidos en la entrada y el agradable sonido de las voces humanas llegó a sus oídos. Salió del horno y caminó de puntillas por el pasillo.

De pronto, los sonidos se interrumpieron, se oyó una exclamación de asombro, y luego el ruido de pasos a la carrera, tras lo que hubo un silencio. Cliff recorrió el estrecho pasillo con mucho sigilo y atisbó temeroso por detrás de la nave. Allá estaba Gnut en su lugar acostumbrado, en idéntica postura a la que había adoptado a la muerte de su amo, solitario y aparentemente pensativo, frente a un vehículo que de nuevo estaba cerrado y en una habitación que era una ruina. Las puertas de la entrada estaban abiertas de par en par, y, con el corazón en la garganta, Cliff corrió al exterior.

Unos minutos más tarde, ya seguro en la habitación de su hotel, totalmente

agotado, se sentó por un instante y casi enseguida se quedó dormido. Más tarde, aún sin desnudarse y todavía medio dormido, se tambaleo hasta la cama. No se despertó hasta mediada la tarde.

### 3

Se despertó con lentitud, sin darse cuenta al principio de que las imágenes que giraban por su mente eran verdaderos recuerdos y no un sueño fantástico. Fue el recuerdo de las fotos lo que le hizo ponerse en pie. Con rapidez, se dedicó a revelar la película que había en su cámara.

Entonces, tuvo en sus manos la prueba de que los acontecimientos de la noche eran verdaderos. Ambas fotos habían salido bien. La primera mostraba con claridad la rampa que llevaba a la compuerta, tal como la había atisbado desde su posición tras la mesa. La segunda, de la compuerta abierta, y tomada de frente, le produjo un desengaño pues una pared desnuda que había tras la apertura impedía toda visión del interior. Esto explicaba el que no hubiese surgido ninguna luz del interior de la nave mientras Gnut se hallaba en ella. Suponiendo que Gnut necesitase luz para hacer lo que hubiese hecho.

Cliff miró los negativos y se sintió avergonzado de si mismo. ¡Qué mal fotógrafo era, al tomar sólo dos fotos tan ridículas como aquéllas! Había tenido docenas de oportunidades de conseguir maravillosas fotos... fotos de Gnut en acción, su lucha con el gorila o incluso cuando tenía en su mano al pájaro... ¡fotos que hubieran provocado escalofríos a quien las hubiera visto! Y lo único que había conseguido eran dos fotos de una puerta. Oh, eran valiosas, pero él era un burro de marca mayor.

¡Y, para acabar de redondear esta brillante actuación, se había quedado dormido!

Bueno, sería mejor que saliera y averiguase lo que había sucedido.

Se duchó, se afeitó y se cambió de ropa con rapidez. Y pronto estuvo en un restaurante cercano, frecuentado por periodistas y fotógrafos. Sentado en el mostrador, descubrió a un amigo y competidor.

—Bueno, ¿qué es lo que piensas? —le preguntó a su amigo cuando tomó el taburete de al lado.

—No pienso nada hasta que no he desayunado —le respondió Cliff.

—Entonces, ¿es que no te has enterado?

—¿Enterado de qué? —fintó Cliff, que sabía muy bien lo que iba a decirle el otro.

—Desde luego, eres un excelente fotógrafo —comentó el otro—. Cuando sucede

algo realmente importante, tú estás durmiendo.

Pero luego le contó lo que se había descubierto aquella mañana en el museo y la excitación mundial originada por las noticias. Cliff hizo tres cosas a la vez, con éxito: se tragó un desayuno muy sustancioso, agradeció a su buena estrella el que no se hubiese descubierto nada nuevo, y mostró una continua sorpresa. Aún masticando, se alzó y corrió al museo.

En el exterior, agolpada junto a la puerta, se veía una gran muchedumbre de curiosos, pero Cliff no tuvo problema alguno para lograr entrar, cuando mostró sus credenciales de prensa. Gnut y la nave estaban tal como él los había dejado, pero habían limpiado el suelo y los trozos de los ujieres robot hechos pedazos se hallaban apilados en un lugar, junto a la pared. Allí había otros amigos y competidores suyos.

—Estaba fuera y me perdí todo este asunto —le dijo a uno de ellos, llamado Gus—. ¿Cuál es la explicación que dan a lo sucedido?

—¿Por qué no me haces otra pregunta más fácil? —fue la respuesta—. Nadie sabe nada. Se piensa que quizá algo saliese de la nave, tal vez otro robot como Gnut. Oye... ¿dónde has estado?

—Durmiendo.

—Pues será mejor que te despiertes. Varios miles de millones de bípedos están tiesos de terror. Se habla de la venganza por la muerte de Klaatu. De que la Tierra está a punto de ser invadida.

—Pero eso es una...

—Oh, sé que todo esto es una locura, pero eso es lo que están contando; sirve para vender periódicos. Aunque hay un nuevo dato que acaba de aparecer, y es muy sorprendente. Ven aquí.

Llevó a Cliff a una mesa en la que había un grupo de personas contemplando con mucho interés varios objetos guardados por un técnico. Gus señaló una placa de Petri en la que estaban montados una serie de cortos cabellos marrón oscuro.

—Esos cabellos son de un gorila macho, de buen tamaño —dijo Gus con un aire casual y muy profesional—. La mayor parte de ellos fueron hallados esta mañana, cuando barrieron el suelo. El resto fue hallado en los ujieres robot.

Cliff trató de parecer asombrado. Luego, Gus señaló un tubo de ensayo parcialmente lleno con un fluido de suave color ámbar.

—Y eso es sangre... diluida... Sangre de gorila. Fue hallada en los brazos de Gnut.

—¡Santo cielo! —logró exclamar Cliff—. ¿Y no hay explicación alguna?

—Ni siquiera una teoría. Es tu gran oportunidad, muchacho.

Cliff se apartó de Gus, no siéndole posible mantener durante más tiempo su actuación.

No podía decidir qué hacer con su historia. Los servicios de noticias le hubieran pagado fuertes sumas por ella... con sus fotos, pero eso le quitaría la posibilidad de seguir actuando. Y en lo más profundo de su corazón sentía deseos de volver a

permanecer aquella noche en el museo, aunque... tenía miedo. Lo había pasado realmente mal, y sentía unos grandes deseos de continuar con vida.

Fue hasta Gnut y lo contempló durante largo rato. Nadie se podría haber imaginado jamás que se había movido, o que su rostro de metal verdoso había adquirido una expresión de tristeza. ¡Aquellos extraños ojos! Cliff se preguntó si realmente estarían mirándole, como parecía, reconociendo en él al atrevido intruso de la noche anterior. ¿De qué material desconocido estaban hechos aquellos instrumentos colocados en sus ojos por una rama desconocida de la raza del hombre, y que toda la ciencia terrestre no había logrado poner fuera de funcionamiento? ¿En qué estaba pensando Gnut? ¿Cuáles podían ser los pensamientos de un robot, un mecanismo metálico salido de los crisoles del hombre? ¿Estaría irritado con él? Cliff no lo creía. Gnut lo había tenido a su merced... y se había alejado.

¿Se atrevería a quedarse otra vez?

Cliff pensaba que quizá se atreviese.

Cruzó la habitación, reflexionando. Estaba seguro de que Gnut se movería de nuevo.

Un lanzarrayos Mikton lo protegería de cualquier otro gorila... o de cincuenta. Aún no tenía toda la historia. ¡Sólo había conseguido dos miserables fotos de objetos inmóviles!

Debería haberse dado cuenta desde el principio de que se quedaría. Aquella noche, armado con su cámara y un pequeño lanzarrayos Mikton, se escondió de nuevo bajo la mesa de suministros del laboratorio y oyó cerrarse las puertas metálicas del edificio.

Esta vez iba a conseguir la historia... y las fotos.

¡Si es que no habían puesto ningún guarda en el interior!

Cliff escuchó durante largo rato para tratar de oír cualquier sonido que le indicase que habían dejado un guarda, pero el silencio del interior del pabellón no fue roto por nada. Le agradaba eso... pero no del todo. La creciente oscuridad y el darse cuenta de que ahora ya no había forma de echarse atrás hacían que no le hubiese disgustado la idea de tener un compañero.

Más o menos una hora después de que se hiciera totalmente oscuro, se quitó los zapatos, los ató y se los colgó alrededor del cuello, dejándolos sobre sus espaldas, y caminó en silencio a lo largo del pasillo hasta el área de exhibiciones. Todo parecía estar sucediendo como la noche anterior. Gnut era una ominosa e indiferenciada sombra situada en el extremo opuesto de la sala, y sus brillantes ojos rojos parecieron de nuevo clavados en el punto en el que se hallaba Cliff atisbando. Como la noche antes, pero de un modo aún más cuidadoso, Cliff se echó de bruces en el ángulo de la pared, y reptó con lentitud hasta la baja plataforma en la que se alzaba la mesa. Una vez en su refugio, dispuso sus zapatos de forma que le colgasen de un hombro y se colocó bien la cámara y la pistolera, para tener ambas cosas a la mano. Esta vez, se dijo, iba a lograr las fotos.

Se acomodó para esperar, pero cuidándose de vigilar a Gnut en todo momento. Su visión alcanzó un máximo ajuste a la oscuridad. Al cabo de un tiempo comenzó a sentirse solitario y un tanto atemorizado. Los brillantes ojos rojos de Gnut le estaban poniendo los nervios de punta; tenía que decirse a sí mismo, una y otra vez, que el robot no iba a hacerle daño. Pero no le cabía ninguna duda de que también él era vigilado.

Las horas pasaron con lentitud. A veces oía leves sonidos en la entrada, en el exterior... Quizá fuera un guarda, o tal vez curiosos.

A las nueve en punto vio a Gnut moverse. Primero sólo fue la cabeza; se volvió para que sus ojos estuvieran aún más clavados en Cliff. Durante un momento, eso fue todo; luego la oscura forma metálica se agitó un poco y comenzó a moverse hacia delante..., en línea recta hacia el fotógrafo. Cliff había pensado que no tendría miedo, al menos mucho, pero ahora se le detuvo el corazón. ¿Qué sucedería en aquella ocasión?

Con asombroso silencio, Gnut se fue acercando hasta que se alzó, cual ominosa sombra, sobre el punto en que yacía Cliff. Durante largo rato, sus ojos rojos ardieron por encima del hombre. Cliff temblaba como una hoja; aquello era peor que la primera vez.

Sin haberlo planeado, se encontró a sí mismo hablando con el ser metálico.

—No me haga daño —suplicó—. Sólo sentía curiosidad por saber lo que sucede. Es mi trabajo. No te haré ningún daño ni te molestaré. ¡No..., no podría hacerlo aunque quisiera!

¡Por favor!

El robot siguió sin moverse, y Cliff no podía imaginarse si sus palabras habían sido comprendidas, o siquiera oídas. Cuando creía que ya no podría soportar más la larga tensión, Gnut tendió la mano y tomó algo de un cajón de la mesa, o quizá metió algo en el mismo; luego dio un paso atrás, se volvió y regresó por donde había venido. ¡Cliff estaba a salvo! ¡De nuevo le había perdonado la vida!

A partir de ese momento, Cliff perdió buena parte de su miedo. Ahora estaba seguro de que Gnut no le haría daño alguno. Lo había tenido dos veces en su poder y en cada ocasión se había limitado a mirarlo, para luego irse en silencio. Cliff no podía ni imaginarse qué era lo que Gnut había hecho en el cajón de la mesa. Contempló con gran curiosidad la escena, para ver qué pasaba a continuación....



Tal como había sucedido la noche anterior, el robot fue directamente al extremo de la nave y produjo la peculiar secuencia de sonidos que abría la compuerta, y cuando la rampa se deslizó, entró en el vehículo. Después de eso, Cliff permaneció solo en la oscuridad durante largo rato, probablemente dos horas. De la nave no salía ni un solo sonido.

Cliff sabía que debía ir a hurtadillas hasta la compuerta y atisbar al interior, pero no acababa de tener el valor necesario para hacerlo. Con su arma podía enfrentarse a otro gorila, pero si Gnut lo atrapaba aquello podía ser el fin. Esperaba que de un momento a otro sucediese algo fantástico... y no sabía el qué. Quizá de nuevo se oyese el dulce canto del pájaro burlón, o quizás apareciese un gorila, o tal vez... cualquier cosa. Una vez más lo que sucedió lo pilló totalmente por sorpresa.

Oyó un repentino sonido apagado y luego palabras..., palabras humanas, muy familiares.

—Caballeros —fue la primera, y luego una ligera pausa—. El Instituto Smithsonian les da la bienvenida a su nueva Sección Interplanetaria y a la maravillosa exposición que tienen delante.

Tras una ligera pausa, prosiguió:

—Todos ustedes deben... deben... —aquí tartamudeó y se detuvo. A Cliff se le erizó el cabello. ¡Aquel tartamudeo no estaba en la grabación!

Por un instante se produjo un silencio; luego oyó un alarido, el ronco y ahogado alarido de un hombre que surgía de algún lugar en el interior de la nave y que fue seguido por una serie de apagados jadeos y gritos, como los que lanzaría un hombre que estuviese muy asustado o en peligro.

Con todos los nervios en tensión, Cliff contempló la compuerta. Oyó el sonido de un golpe en el interior de la nave, y luego por la abertura salió a la carrera la sombra de lo que sin duda era un ser humano. Jadeante y medio cayéndose, corrió directamente en dirección a Cliff. Cuando se hallaba a unos seis metros de distancia, la gran sombra de Gnut lo siguió por la compuerta.

Cliff lo observaba sin aliento. El hombre, que ahora podía ver que era Stillwell, vino directamente hacia la mesa tras la que se ocultaba Cliff; como para protegerse tras ella, pero cuando se hallaba a pocos pasos de distancia se le doblaron las piernas y cayó al suelo. De repente Gnut estuvo inclinado sobre él pero Stillwell no pareció darse cuenta de eso. Tenía el aspecto de estar muy enfermo, pero no dejaba de hacer un espasmódico y fútil esfuerzo por arrastrarse hacia la protección de la mesa.

Gnut no se movió, así que Cliff se atrevió a hablar.

—¿Qué es lo que pasa, Stillwell? —le preguntó—. ¿Puedo ayudarte? No tengas miedo.

Soy Cliff Sutherland, ¿me recuerdas? Soy el fotógrafo.

Sin mostrar la menor sorpresa al hallarse con Cliff allí, y agarrándose a su presencia como lo haría uno que se ahogase, Stillwell jadeó:

—¡Ayúdame! Gnut... Gnut —no parecía poder proseguir.

—¿Qué es lo que pasa con Gnut? —preguntó Cliff. Teniendo muy presente que el robot de los ojos de fuego se alzaba junto a ellos, y temiendo incluso moverse hacia el hombre, Cliff añadió con aire tranquilizador—: Gnut no te hará daño. Estoy seguro de que no te lo hará. A mi no me lo hace. ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué puedo hacer?

Con una repentina decisión y energía, Stillwell se alzó sobre sus codos.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En el Pabellón Interplanetario —le contestó Cliff—. ¿Es que no lo sabías?

Durante un instante sólo se oyó la dificultosa respiración de Stillwell. Luego, ronca y trabajosamente, preguntó:

—¿Cómo he llegado aquí?

—No lo sé —le contestó Cliff.

—Estaba haciendo una grabación informativa —dijo Stillwell—, cuando, de repente, me encontré aquí..., es decir, allí dentro...

Se interrumpió y su rostro mostró una nueva expresión de horror.

—¿Y qué pasó entonces? —le preguntó Cliff, con voz suave.

—Estaba en esa caja... y allí, junto a mí, estaba Gnut, el robot. ¡Gnut! ¡Pero si lo habían inutilizado! ¡Nunca se ha movido!

—Tranquilízate ya —le dijo Cliff—. No creo que Gnut te haga daño.

Stillwell se dejó caer de nuevo al suelo.

—Estoy muy débil —jadeó—. Algo... ¿Querías buscar a un doctor?

No se daba cuenta de que el robot que tanto temía se alzaba junto a él, con los ojos fulgurando en la oscuridad.

Mientras Cliff dudaba, sin saber qué hacer, la respiración del hombre se transformó en una serie de débiles jadeos, tan regulares como el tic tac de un reloj. El fotógrafo no se atrevía a acercarse a él, pero nada que hubiese hecho podría ayudar ya al hombre. Sus jadeos se debilitaron y se hicieron espasmódicos, y luego, de repente, se quedó totalmente quieto y en silencio. Cliff le auscultó el corazón, y luego alzó la vista hacia los ojos de la figura que había arriba.

—Está muerto —susurró.

El robot pareció comprenderle, o al menos oírle. Se inclinó hacia delante y contempló la figura inmóvil...

—¿Qué es lo que pasa, Gnut? —le preguntó de repente Cliff al robot—. ¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Puedo ayudarte de alguna manera? Hay algo que me dice que tus móviles no son malos, y no creo que hayas matado a este hombre. Pero ¿qué ha pasado? ¿Puedes comprenderme? ¿Puedes hablar? ¿Qué es lo que estás tratando de hacer?

Gnut ni se movió ni emitió sonido alguno, limitándose a mirar a la figura inerte que tenía a sus pies. En el rostro del robot, que ahora tenía tan cerca, Cliff veía una expresión de tristeza infinita.

El robot permaneció así varios minutos; luego, se inclinó aún más, tomó con mucho cuidado, incluso con suavidad, la forma inerte y, llevándola en sus poderosos

brazos, fue hasta el lugar junto a la pared en donde yacían los trozos desmembrados de los ujieres robot. Cuidadosamente, la colocó a su lado. Luego, regresó hacia la nave.

Ahora ya sin miedo, Cliff corrió a lo largo de la pared de la habitación. Había llegado ya casi hasta el lugar en donde estaban las máquinas hechas pedazos cuando, de pronto, se detuvo en seco. Gnut estaba saliendo de nuevo.

Llevaba algo que parecía otro cadáver, más grande. Lo sostenía con un brazo y lo depositó con cuidado junto al cadáver de Stillwell. En la mano de su otro brazo sostenía algo que Cliff no podía divisar y que colocó junto al cuerpo que acababa de dejar en el suelo. Luego regresó a la nave y volvió una vez más con una forma que colocó con el mismo cuidado junto a las otras; y cuando hubo realizado este último viaje, las miró por un instante y luego retornó con lentitud a la nave y se quedó quieto, como muy ensimismado, junto a la rampa.

Cliff contuvo su curiosidad tanto como le fue posible, y después se deslizó hacia los objetos que Gnut había colocado allí. El primero en la hilera era el cadáver de Stillwell, tal como había esperado, y el siguiente era la gran forma peluda del gorila muerto... el de la noche pasada. Junto al gorila yacía el objeto que el robot había llevado en su mano libre, el diminuto cadáver del pájaro burlón. Aquellos dos habían permanecido en la nave durante el pasado día, y Gnut, a pesar del mucho cuidado con que los había tratado, sólo estaba haciendo limpieza. Pero había un cuarto cadáver del que nada sabía. Se acercó al mismo y se inclinó sobre él, para mirarlo.

Lo que vio le hizo quedarse sin aliento: ¡imposible!, pensó; debía de haberse equivocado; volvió a mirar muy de cerca al primer cadáver.

Entonces, se le congeló la sangre en las venas. El primer cadáver era el de Stillwell, pero el último de la hilera también era de Stillwell; había dos cadáveres de Stillwell, ambos exactamente idénticos, ambos desprovistos de vida.

Cliff se echó hacia atrás con un grito, y luego el pánico hizo presa en él y corrió por la habitación, apartándose de Gnut, y se puso a gritar y a golpear salvajemente la puerta. Se oyó un ruido en el exterior.

—¡Déjenme salir! —aulló aterrorizado—. ¡Déjenme salir! ¡Déjenme salir!  
¡Apresúrense!

Se abrió una rendija entre las dos hojas de la puerta, que él agrandó con salvajismo animal, escapando muy lejos por el césped. Una pareja tardía que caminaba por un sendero cercano se lo quedó mirando asombrada, y esto le devolvió algún sentido, por lo que frenó su marcha y al fin se detuvo. Mirando hacia atrás, al edificio, vio que todo tenía el aspecto de siempre y que a pesar de su terror, Gnut no lo estaba persiguiendo.

Aún estaba con los pies descalzos. Respirando con agitación, se sentó en el húmedo césped y se puso los zapatos; luego se alzó y miró al edificio, tratando de recuperar la calma. ¡Qué lío tan enorme! El cadáver de Stillwell, el cadáver del gorila, y el cadáver del sinsonte... todos los cuales habían fallecido ante sus ojos. Y

luego la última cosa aterradora, el segundo cadáver de Stillwell, al que no había visto morir. Y la extraña gentileza de Gnut, y la triste expresión que había visto en dos ocasiones en su rostro.

Mientras miraba empezó una cierta animación por los terrenos circundantes. Varias personas se reunieron en una puerta del pabellón, sonó por encima la sirena de un helicóptero de la policía, y luego otra en la distancia, y llegó gente corriendo de todos lados, unos pocos al principio, y luego más y más. Los aparatos de la policía aterrizaron en el césped junto a la puerta del pabellón, y creyó poder ver a los agentes atisbando al interior del mismo. Luego, de pronto, se encendieron las luces del edificio. Recuperado ya el control de sí mismo, Cliff volvió al museo.

Entró. Había dejado a Gnut pensativo a un lado de la rampa, pero ahora estaba de nuevo en su vieja y familiar postura en su lugar habitual, como si jamás se hubiera movido. La puerta de la nave estaba cerrada, y la rampa había desaparecido. Pero los cadáveres, los cuatro extraños cadáveres, yacían aún junto a los destrozados ujieres robot allí donde los había dejado en la oscuridad.

Se sobresaltó al oír un grito detrás de él: un guarda uniformado del museo le estaba señalando.

—¡Es éste! —gritaba el guarda—. ¡Cuando abrí la puerta este hombre la forzó de un empujón y salió corriendo como si le persiguiese el diablo!

Los agentes de la policía convergieron hacia Cliff.

—¿Quién es usted? ¿Qué es todo esto? —le preguntó uno de ellos, con bastante aspereza.

—Soy Cliff Sutherland, periodista gráfico —le contestó con mucha calma Cliff—. Estaba aquí dentro y salí corriendo, tal como dice ese guarda.

—¿Qué es lo que hacía aquí dentro? —le preguntó el agente, mirándolo con fijeza—. ¿Y de dónde han salido esos cadáveres?

—Caballeros, se lo contaría todo con mucho placer... Sólo que lo primero es el negocio —les contestó Cliff—. Se han producido algunos hechos realmente fantásticos en esta habitación, y yo los he visto todos y conozco su historia, pero... —sonrió—. Debo negarme a contestarles sin contar con el consejo de un abogado, y hasta que haya vendido mi artículo a uno de los sindicatos de prensa. Ya saben cómo son las cosas. Si me permiten utilizar la radio de su aparato..., sólo un instante, caballeros, les contaré toda la historia a continuación..., digamos que dentro de media hora, cuando la emitan los chicos de la televisión. Mientras tanto, pueden creerme si les digo que no hay nada que puedan hacer, y que no perderán nada con el retraso.

El agente que había hecho las preguntas parpadeó, y uno de los otros, de reacciones más rápidas y que desde luego no era un caballero, dio un paso hacia Cliff con los puños apretados. Cliff lo desarmó entregándole sus credenciales de prensa. El otro le dio una rápida ojeada y se las metió en el bolsillo.

Por aquel entonces ya había allí medio centenar de personas, y entre ellas dos

miembros del equipo de un sindicato a los que conocía, llegados en helicóptero. Los policías gruñeron, pero le dejaron que les susurrara al oído y luego fuera bajo escolta al aparato de aquellos hombres. Allí, por radio, y en cinco minutos, Cliff hizo un trato que le iba a proporcionar más dinero del que jamás antes había ganado en todo un año. Luego, entregó todas sus fotos y negativos al equipo y les contó la historia, tras lo que ellos no perdieron ni un segundo en regresar a su oficina con la exclusiva.

Fueron llegando más y más personas, y la policía vació el edificio. Diez minutos más tarde, un gran equipo de radio y televisión, enviado por el sindicato con el que había hecho el trato, se abrió camino al interior del pabellón. Y luego, algunos minutos más tarde, bajo las deslumbrantes luces colocadas por los técnicos y situándose cerca de la nave y no muy lejos de Gnut (rehusó colocarse al lado), Cliff contó su historia a las cámaras y micrófonos, que en una fracción de segundo la enviaron a todos los rincones del Sistema Solar.

Inmediatamente después, la policía se lo llevó a la cárcel. Lo hicieron por principio, y además porque se los comía la ira.

## 5

Cliff pasó la noche en la cárcel... hasta las ocho de la mañana siguiente, cuando el sindicato logró al fin encontrar a un abogado que lo sacase. Y entonces, cuando al final salía, un agente de paisano lo agarró por la muñeca.

—Deseamos que venga a la Oficina Continental de Investigación para hacerle algunas preguntas —le dijo el agente. Cliff fue con él de buena gana.

Cuarenta y tres jerarquías estatales y "personalidades" lo esperaban en una imponente sala de conferencias: uno de los secretarios del presidente, el vicesecretario de estado, el viceministro de defensa, científicos, un coronel, ejecutivos, jefes de departamento y varios agentes principales de la Oficina. El viejo Sanders, el del bigote canoso, jefe del C.B.I., era quien presidía la reunión.

Le hicieron contar la historia de nuevo, completa..., no porque no le creyesen, sino porque esperaban obtener algún dato que arrojara alguna luz sobre el misterioso comportamiento de Gnut y los acontecimientos de las últimas tres noches. Con mucha paciencia, Cliff rebuscó en su cerebro hasta el último detalle.

El jefe Sanders fue el que hizo casi todas las preguntas. Tras más de una hora, cuando Cliff creía que ya había terminado, Sanders le hizo varias preguntas más, todas las cuales tenían que ver con sus opiniones personales acerca de lo sucedido.

—¿Cree que Gnut fue averiado de algún modo por los ácidos, rayos, calor y demás cosas que le aplicaron los científicos?

—No vi ninguna evidencia de ello.

—¿Cree que puede ver?

—Estoy seguro de que puede ver, o bien tiene otros poderes equivalentes a la visión.

—¿Cree que puede oír?

—Sí, señor. Cuando le susurré que Stillwell estaba muerto, se inclinó aún más, como para verlo por sí mismo. No me sorprendería que hubiese comprendido lo que le dije.

—¿No habló en ninguna otra ocasión que cuando produjo esos sonidos para abrir la nave?

—No dijo ni una palabra ni en inglés ni en ningún otro idioma. Ni produjo un solo sonido por su boca.

—Según su opinión, ¿ha resultado disminuida de algún modo su fuerza a causa del tratamiento que le hicimos? —preguntó uno de los científicos.

—Ya les he contado la facilidad con que manejó al gorila. Atacó al animal y lo lanzó al suelo, tras lo cual éste se retiró al otro extremo del edificio, muerto de miedo.

—¿Cómo explicaría el hecho de que nuestras autopsias no han encontrado ninguna herida mortal, ni causa alguna de muerte en ninguno de los cadáveres: el del gorila, el del pájaro, o los dos idénticos de Stillwell? —interrogó un médico.

—No puedo explicarlo.

—¿Cree que Gnut es peligroso? —preguntó Sanders.

—Potencialmente lo es mucho.

—Y, sin embargo, usted tiene la sensación de que no es hostil.

—He querido decir que no lo era conmigo. Tengo esa sensación, y me temo no poder dar ninguna buena razón para explicarla, exceptuando la forma en que me perdonó la vida en dos ocasiones, cuando me tenía en su poder. Creo que quizá también influya la forma en que manejó los cadáveres, y quizá la expresión triste y pensativa que vi en su rostro, en dos ocasiones.

—¿Se arriesgaría a permanecer solo en el edificio durante toda otra noche?

—No, por ningún precio —aseguró, provocando sonrisas.

—¿Tomó alguna foto de lo que pasó anoche?

—No, señor.

Cliff, con un esfuerzo, logró mantener su compostura, pero se sintió inundado por una oleada de vergüenza. Un hombre, que hasta ahora había permanecido en silencio, lo rescató al decir:

—Hace un rato utilizó la frase "con un objetivo", refiriéndose a las acciones de Gnut, ¿puede explicar esto un poco más?

—Sí, esa fue una de las cosas que atrajo mi atención: Gnut nunca parece hacer nada en vano. Cuando lo desea, puede moverse con sorprendente rapidez; vi esto

cuando atacaba al gorila; pero la mayor parte de las otras veces camina como si estuviese llevando a cabo de un modo metódico alguna tarea simple. Y esto me hace recordar una cosa muy peculiar: hay momentos en que adopta una posición, cualquier posición, quizá medio inclinado, y se queda así durante varios minutos. Es como si su escala de valores temporales fuese diferente de la nuestra: algunas cosas las hace con una sorprendente rapidez y otras con una asombrosa lentitud. Esto podría explicar sus largos períodos de inmovilidad.

—Muy interesante —dijo uno de los científicos—. ¿Cómo explicaría usted el hecho de que últimamente sólo se mueve de noche?

—Creo que está haciendo algo que no quiere que vea nadie, y que la noche es el único período en que permanece solo.

—Pero siguió adelante aun después de hallarse usted allí.

—Lo sé. Pero no tengo ninguna otra explicación, a menos que me considerase inofensivo o incapaz de detenerlo... lo que desde luego era cierto.

—Antes de que usted llegase, estábamos pensando en encerrarlo en un gran bloque de glassita. ¿Cree que lo permitiría?

—No lo sé. Probablemente lo permitiese; aceptó lo de los ácidos, los rayos y el calor.

Aunque quizá sea mejor que lo hagan durante el día, pues parece moverse sólo de noche.

—Pero se movía de día cuando salió del vehículo con Klaatu.

—Lo sé.

Aquello parecía ser todo lo que se les ocurría preguntarle. Sanders dio una palmada en la mesa.

—Bueno, me parece que eso es todo, señor Sutherland —dijo—. Muchas gracias por su ayuda, y deje que le felicite por ser usted un joven muy alocado, testarudo y valiente... y un buen negociante.

Sonrió levemente.

—Puede irse ahora, pero quizá tengamos que llamarle otra vez. Ya veremos.

—¿Puedo quedarme mientras toman la decisión acerca de la glassita? —preguntó Cliff—. Ya que estoy aquí, me gustaría poder enterarme de la noticia.

—La decisión ya ha sido tomada... Puede dar la noticia. Comenzará a efectuarse la operación de vertido de la glassita inmediatamente.

—Gracias, señor —dijo Cliff, y, con mucha calma, añadió: Y, ¿sería tan amable de autorizarme para que esté presente junto al edificio esta noche? En el exterior. Tengo la corazonada de que va a suceder algo.

—Ya veo que quiere otra exclusiva —le dijo Sanders, sin animosidad—. Y luego hará que la policía espere mientras usted realiza los negocios.

—Eso no volverá a suceder, señor. Si pasa algo, ellos serán los primeros en enterarse.

El jefe dudó.

—No sé —dijo al fin—, pero le diré una cosa. Todos los servicios de noticias desearán tener gente allí, y no podemos aceptarlo; pero si logra arreglar las cosas para que usted los represente a todos, yo por mi parte lo aceptaré. No va a suceder nada, pero sus artículos servirán para calmar el histerismo. Hágame saber si llega a un arreglo.

Cliff le dio las gracias, salió y, apresuradamente; comunicó la noticia por teléfono al sindicato, sin pedir nada a cambio, y luego les contó la propuesta de Sanders. Diez minutos más tarde le llamaron ellos diciéndole que todo estaba arreglado y que se fuera a dormir un poco. Ellos estarían presentes en la operación de la glassita. Con el corazón alegre, Cliff se apresuró a ir al museo. El lugar estaba rodeado de millares de curiosos, que estaban siendo contenidos, muy lejos del edificio, por un fuerte cordón policial. Esta vez no le fue posible atravesarlo: lo reconocieron, y la policía aun seguía resentida. Pero no le importaba mucho, y, de pronto, se sintió muy cansado y necesitado de una siesta.

Regresó a su hotel, dio aviso, y se fue a la cama.

Llevaba dormido sólo unos minutos cuando sonó el teléfono. Lo contestó sin abrir los ojos. Era uno de los chicos del sindicato, con unas noticias muy peculiares. Habían encontrado a Stillwell con vida..., el verdadero Stillwell. Los dos muertos eran una especie de copia; y el verdadero no sabía cómo explicar eso. No tenía ningún hermano.

Cliff se quedó despierto por un instante, pero luego volvió a dormirse. Ya nada le parecía fantástico.

## 6

A las cuatro de la tarde, muy descansado y con un catalejo de infrarrojos colgado al hombro, Cliff atravesó el cordón policial y entró por la puerta del pabellón. Lo esperaban, y no tuvo problemas. Cuando clavó su vista en Gnut, lo recorrió una extraña sensación, y, por alguna razón desconocida, casi sintió pena por el gigantesco robot.

Gnut se hallaba igual que siempre, con el pie derecho un poco adelantado y la misma expresión ensimismada en el rostro; pero ahora había algo más. Estaba sólidamente encerrado en un gran bloque de glassita transparente. El bloque de plástico tenía unos cinco metros de alto y otros tantos de ancho y grueso, constituyendo una prisión transparente como el agua, que confinaba cada centímetro



de superficie del robot e impediría incluso el más ligero movimiento de sus asombrosos músculos.

Sin duda, era absurdo sentir pena por un robot, un mecanismo hecho por el hombre; pero Cliff había empezado a pensar en él como un ser vivo, tan vivo como un ser humano.

Mostraba un propósito y una fuerza de voluntad; realizaba actos complicados y llenos de recursos, en dos ocasiones su rostro había mostrado con toda claridad la emoción de la tristeza, y varias veces lo que parecía ser una expresión de profunda reflexión; se había mostrado implacable con el gorila, y dulce con el pájaro y los otros dos cadáveres, y en dos ocasiones no había utilizado su fuerza para aplastar a Cliff cuando parecía haber todas las razones para hacerlo. Cliff no había dudado ni por un instante que Gnut estuviese vivo, significara lo que significase ese "vivo".

Pero allá fuera estaban esperando los chicos de la radio y la televisión; tenía trabajo que hacer. Fue a su encuentro y comenzó a trabajar.

Una hora más tarde, Cliff estaba sentado, solo, a unos cinco metros por encima del suelo, en un gran árbol situado al otro lado del paseo que había frente al edificio, lo que le permitiría ver con claridad la parte superior del cuerpo de Gnut a través de una ventana.

Había atado a las ramas que lo rodeaban tres instrumentos: su catalejo de infrarrojos, un micrófono radiofónico y una cámara de televisión de infrarrojos con toma de sonido. El primero, el catalejo, le permitiría ver en la oscuridad con sus propios ojos, como si fuera de día, una imagen agrandada del robot, y los otros recogerían todas las imágenes y sonidos, incluyendo sus propios comentarios, y los transmitirían a los diversos estudios de retransmisión que los enviarían a millones de kilómetros en todas las direcciones, a través del espacio. Nunca antes había tenido fotógrafo alguno una misión tan importante... desde luego no la había tenido ninguno que se olvidase de tomar fotografías. Pero Cliff ya se había olvidado de aquello, y se sentía bastante orgulloso y dispuesto.

Muy hacia atrás, y formando un gran círculo se hallaba la multitud compuesta por los curiosos... y los temerosos. ¿Contendría la glassita a Gnut? ¿Saldría con ansias de venganza, si el plástico no podía detenerlo? ¿Aparecerían unos seres inimaginables, que hubiesen estado ocultos en el interior de la nave, para librarle y quizá para vengarse?

Millones de personas esperaban temblorosos ante sus receptores; y quienes se hallaban a una cierta distancia esperaban que no sucediese nada horrible; pero lo cierto es que también admitían la posibilidad de que sucediese alguna catástrofe y estaban dispuestos a salir corriendo.

En lugares cuidadosamente elegidos, no muy lejos de Cliff, y por todas partes, había baterías móviles de rayos del ejército, y en una depresión situada tras él y hacia la derecha estaba estacionado un enorme tanque con un gigantesco cañón. Cada una de las armas apuntaba a la puerta del pabellón. Una hilera de tanques más pequeños

estaba alerta a cincuenta metros al norte. Sus lanzarrayos estaban apuntando hacia la puerta, pero no sus cañones. Desde donde se hallaba el tanque pesado, un proyectil dirigido contra la puerta no podía causar daños ni víctimas en parte alguna de la capital.

Cayó la noche; del edificio fueron saliendo los últimos oficiales militares, políticos y otros privilegiados; al fin se cerraron con sonido metálico las grandes puertas del pabellón, echándoles la llave para la noche. Pronto Cliff se encontró solo, exceptuando a los centinelas de los tanques.

Pasaron las horas. Salió la luna. De vez en cuando Cliff informaba al equipo del estudio de que todo estaba en calma. Ahora no podía divisar a Gnut a simple vista, con excepción de los dos débiles puntos rojos que eran sus ojos, pero a través del catalejo lo veía con tanta claridad como si fuera de día y estuviese situado a una distancia aparente de sólo tres metros. Exceptuando sus ojos, no había ninguna evidencia de que fuera otra cosa que metal muerto y sin funcionamiento.

Pasó otra hora. De vez en cuando Cliff tocaba los controles de su pequeña radiotelevisión de muñeca..., sólo unos segundos cada vez a causa de lo limitado de su batería. La emisión no hacía más que referirse a Gnut o él mismo, y en una ocasión la pequeña pantalla mostró el árbol en que estaba sentado e incluso, muy diminuto, al propio Cliff. Desde puntos cercanos habían enfocado sobre él poderosas cámaras de televisión de infrarrojos y con teleobjetivo. Aquello le producía una extraña sensación.

Repentinamente Cliff vio algo que le hizo mirar hacia el ocular del catalejo. Los ojos de Gnut se estaban moviendo; o al menos había variado la intensidad de la luz que emanaba de ellos. Era como si dos pequeños reflectores rojos fueran girados de un lado a otro y sus rayos cruzasen, a cada movimiento, el campo visual de Cliff.

Muy excitado, Cliff hizo una señal a los estudios, inició la retransmisión y describió el fenómeno. Millones de personas vibraron en resonancia ante la emoción de su voz.

¿Podría salir Gnut de aquella tremenda prisión? Pasaron minutos, y continuaron los destellos de los ojos, aunque Cliff no podía discernir ningún movimiento o intento de moverse por parte del cuerpo del robot. Describió con cortas frases lo que estaba viendo.

Resultaba claro que Gnut estaba con vida; y no cabía duda alguna de que estaba luchando contra la prisión transparente en la que había sido encerrado; pero, a menos de que pudiera quebrarla, no habría ningún movimiento.

Cliff tuvo un sobresalto. A ojo desnudo podía ver algo asombroso que aún no resultaba visible a través de su instrumento: un débil brillo rojo se estaba extendiendo sobre el cuerpo del robot. Reajustó el objetivo de la cámara de televisión con dedos temblorosos, pero mientras lo hacía, el brillo fue creciendo con intensidad. ¡Parecía como si el cuerpo de Gnut estuviese caldeándose hasta la incandescencia!

Lo describió con frases excitadas, pues dedicaba casi toda su atención a ir

corrigiendo el enfoque del objetivo. Gnut pasó a ser una figura de color rojo apagado hasta un ser que cada vez era más brillante, viéndose con claridad su brillo, incluso a través del catalejo. ¡Y entonces se movió! ¡No cabía duda de que se había movido!

Tenía en su interior algún dispositivo que le permitía aumentar su propia temperatura y estaba aprovechándose de la única debilidad del plástico en que había sido encerrado.

Pues, como ahora recordaba Cliff, la glassita era un material termoplástico que se solidificaba al enfriarse y se fundía al calentarse. ¡Gnut se estaba liberando de ella a base de fundirla!

Con frases breves, Cliff fue describiéndolo. El robot se puso de un color rojo cereza, los ángulos del bloque de plástico se fueron redondeando, y toda la estructura comenzó a deformarse. El proceso se fue acelerando. El cuerpo del robot se movía con más facilidad.

El plástico fue descendiendo hasta llegar sólo a la coronilla, luego hasta el cuello y después hasta la cintura, que era lo más que Cliff podía ver. ¡Su cuerpo estaba libre! Y entonces, aún de un color rojizo cereza, se movió hacia adelante, perdiéndose de vista.

Cliff forzó su vista y oído, pero no logró enterarse de nada, en medio del lejano rugido de los curiosos que había más allá del cordón de la policía y algunas secas y débiles voces de mando en las baterías situadas a su alrededor.

Pasaron varios minutos. Se oyó un seco y resonante estrépito: se abrieron de golpe las grandes puertas metálicas y el gigantesco robot apareció en el hueco de la entrada, ya sin brillar. Se quedó quieto, y en la oscuridad su mirada se movía.

En las tinieblas sonaron voces aullando órdenes, y Gnut fue bañado por los entrecruzados rayos de una luz chisporroteante y colorada. Tras él comenzaron a fundirse las puertas metálicas, pero su gran cuerpo verde no mostró ningún cambio. Luego pareció acabar el mundo: se oyó un trueno ensordecedor y todo lo que había ante Cliff semejó estallar en humo y caos, siendo su árbol agitado de tal modo que estuvo a punto de caer.

Llovieron restos. Había hablado el cañón del tanque pesado y, estaba seguro, Gnut había sido alcanzado.

Cliff se agarró con fuerza al tronco y atisbo en la neblina. Mientras se aclaraba, divisó un movimiento entre los restos junto a la puerta y luego, de modo impreciso pero indudable, vio cómo la gran forma de Gnut se ponía en pie. Se alzó con lentitud, volviéndose hacia el tanque y, de repente, saltó hacia él trazando un amplio arco en el aire. El enorme cañón se movió en un intento de seguirle, pero el robot hizo una finta y luego cayó sobre el vehículo. Mientras la tripulación del mismo escapaba en todas direcciones, destruyó la recámara de un puñetazo, tras lo que se volvió y miró directamente a Cliff.

Se dirigió a él y, en un momento, estuvo bajo el árbol. Cliff subió aún más arriba. Gnut colocó sus brazos alrededor del árbol y tiró de él hacia arriba, arrancándolo de

cuajo, con raíces y todo, y dejándolo caer a su lado. Antes de que Cliff pudiera salir huyendo, el robot lo había alzado en sus manos metálicas.

Cliff pensó que había llegado su hora. Pero aún le estaban reservadas muchas y extrañas cosas aquella noche. El robot no le hizo el menor daño. Lo mantuvo frente a sí por un instante, mirándolo, y luego se lo colocó sentado sobre los hombros, con las piernas a cada lado de su cabeza. Después, agarrándolo por un tobillo, se volvió y, sin dudar, tomó el camino que llevaba hacia el Oeste, alejándose del edificio.

Cliff estaba inerte. Vio que las bocas de los cañones de los tanques se movían, siguiéndolo.

Pero no dispararon. Al colocarlo sobre sus hombros, el robot se había asegurado de que no harían fuego... Al menos eso era lo que Cliff esperaba.

El robot caminó en línea recta hacia el Tidal Basin. La mayor parte de los soldados lo siguieron, con lentitud y titubeantes. A lo lejos, Cliff vio como una oscura línea de confusión se desparramaba hacia la zona despejada de gente: las barreras policiales habían sido rotas. Por delante se fue aclarando con rapidez la multitud, que pasaba hacia los lados; luego, de todas las direcciones, exceptuando por delante, volvió la marea hasta que pudieron oírse con claridad gritos y alaridos individuales. La gente se detuvo a unos cincuenta metros de distancia, y pocas fueron las personas que se atrevieron a acercarse más.

Gnut no les prestó atención, como tampoco se la prestaba a su carga, que podría haber sido una mosca posada sobre su cuello. Su superficie metálica era para Cliff un asiento tan duro como el acero, pero con la diferencia de que los músculos que había bajo ella se flexionaban con cada movimiento, tal como sucedería con un ser humano. El periodista se asombró mucho ante esa musculatura metálica.

Gnut caminó tan recto como vuela una abeja, atravesando senderos, cruzando parterres y yendo por entre las hileras de los árboles, con el joven sobre sus hombros, seguido por el rugido de millares de personas. Por encima zumbaban los helicópteros y silbaban los aviones, contándose entre ellos vehículos de la policía con sus sirenas que le destrozaban los nervios. Por delante se veían las tranquilas aguas del Tidal Basin, y en su centro la simple tumba de mármol de Klaatu, el embajador asesinado, que brillaba negra y fría a la luz de la docena de proyectores que siempre la iluminaban de noche. ¿Era aquélla una visita al muerto?

Sin un instante de duda, Gnut llegó hasta la orilla y entró en el agua. Se hundió en ella hasta las rodillas, y luego hasta la cintura, de modo que los pies de Cliff se mojaron. Y el robot prosiguió su inexorable avance a través de las oscuras aguas, en dirección a la tumba de Klaatu.

La oscura y cuadrada masa de brillante mármol se fue alzando sobre ellos a medida que se acercaban, y el cuerpo de Gnut comenzó a emerger del agua cuando fue subiendo el fondo del estanque, hasta que sus gigantes pies pisaron el primero de los escalones de la pirámide. En un momento estuvieron en la parte superior de la misma, en la estrecha plataforma en cuyo centro descansaba la simple tumba

oblonga.

Desnudo bajo los brillantes reflectores, el gigantesco robot la rodeó, y luego, inclinándose, asentó los pies en tierra y dio un tremendo tirón a la tapa. El mármol se resquebrajó; la gruesa tapa se deslizó hacia un lado y se rompió con estruendo por su extremo opuesto. Gnut se puso de rodillas y miró al interior, haciendo que Cliff quedase bastante más allá del borde.

En el interior, en un contraste de sombras formado por las convergentes luces de los reflectores, yacía un ataúd de plástico transparente, de gruesas paredes y sellado para resistir el paso de los siglos, que contenía los restos mortales de Klaatu, el visitante de lo Ignoto, y la pequeña bobina de película sonora en la que estaba grabada para toda la eternidad la secuencia de sus pocos movimientos y palabras.

Cliff permaneció muy quieto, deseando haber podido ver el rostro del robot. Tampoco Gnut se movió de su posición de reverente contemplación... Allí, en la brillantemente iluminada pirámide, ante los ojos de una multitud temerosa y arremolinada, Gnut hizo las honras fúnebres a su apuesto y venerado maestro.

Entonces, de repente, todo hubo terminado. Gnut tendió la mano y tomó la pequeña caja de la grabación, se puso de pie y comenzó a bajar los escalones.

Cruzando el agua, volviendo hacia el edificio a través de senderos y campos de césped como antes, Gnut avanzó irresistible. Frente a él se dispersó la caótica masa de gente, que le seguía tan de cerca como se atrevía, pisoteándose unos a otros en su esfuerzo de no perderlo de vista. No hubo ninguna grabación televisiva de su regreso. Todas las cámaras habían sido dañadas en su camino hacia la tumba.

Mientras se aproximaba al edificio, Cliff vio que el proyectil del tanque había hecho un agujero de seis metros de ancho que iba desde el techo al suelo. La puerta aún estaba abierta, y Gnut, sin apenas una variación en el ritmo de su paso, cruzó por encima de los cascotes y fue en línea recta hacia la parte trasera de la nave. Cliff se preguntó si iba a ser liberado.

Así fue. El robot lo puso en el suelo y señaló hacia la puerta del edificio; luego, volviéndose, emitió los sonidos que abrían la nave. La rampa se deslizó hasta el suelo y subió por ella.

Y entonces Cliff llevó a cabo la acción, loca y arriesgada, que le iba a hacer famoso durante aquella generación. Cuando la rampa comenzaba a deslizarse de nuevo hacia arriba, saltó sobre ella y entró también en el vehículo. La compuerta se cerró tras él.

La oscuridad era total y el silencio absoluto. Cliff no se movió. Notaba que Gnut estaba cerca, justo delante de él, y así era.

Su dura mano metálica lo tomó por la cintura, lo llevó contra su costado y lo trasladó a algún lugar. De repente, unas lámparas bañaron el recinto con una luz azulada.

Dejó a Cliff en el suelo, y se quedó mirándolo. El joven ya estaba arrepentido de su alocada acción, pero el robot no parecía irritado, y su rostro era inexpresivo, a excepción de sus siempre insondables ojos. Indicó un taburete que había en un rincón de la habitación. Esta vez Cliff obedeció con rapidez y se sentó sumiso, sin atreverse, por un instante, ni a mirar a su alrededor.

Luego vio que se hallaba en un pequeño laboratorio. Las paredes estaban cubiertas de complicados aparatos de metal y plástico, que también llenaban varias pequeñas mesas.

No podía reconocer ni imaginarse para qué servía ninguno de ellos. Dominando el centro de la sala había una larga mesa de metal en cuya parte superior había una gran caja, muy parecida exteriormente a un ataúd, que estaba conectada por muchos cables a un complicado aparato que había en el extremo opuesto. Encima de ella brillaba un cono de deslumbrante luz que surgía de una lámpara de muchos tubos.

Un objeto medio cubierto, en una mesa cercana, tenía un aspecto familiar... y resultaba del todo incongruente. Desde donde él se hallaba parecía un maletín, un vulgar maletín.

Se preguntó qué sería aquello.

Gnut no le prestó atención alguna; inmediatamente cortó el borde de la caja de grabación, utilizando la hoja de una gruesa herramienta. Alzó la bobina de película sonora y pasó casi media hora ajustándola sobre el aparato que se hallaba al extremo de la gran mesa. Cliff lo contempló, fascinado por la habilidad con que el robot usaba sus duros dedos de metal. Hecho aquello, Gnut trabajó largo rato en algún aparato accesorio que había en una mesa adjunta. Más tarde hizo una momentánea pausa, pensativo, tras de lo cual tiró de una larga palanca.

De la caja parecida a un ataúd surgió una voz: la voz del embajador asesinado.

—Soy Klaatu —dijo—. Y este es Gnut.

"¡Aquello era de la grabación!", pensó al instante Cliff. Eran las primeras y únicas palabras que había dicho el embajador. Pero luego, al siguiente segundo, vio que no era así. ¡Había un hombre en la caja! El hombre se agitó y se sentó, ¡y Cliff vio el rostro de Klaatu vivo!

El embajador parecía algo sorprendido, y habló con rapidez con Gnut, en un idioma desconocido..., y Gnut, por primera vez desde que Cliff lo conocía, habló en respuesta.

Las sílabas del robot tenían el tono de la emoción humana, y la expresión del

rostro de Klaatu pasó de la sorpresa al asombro. Hablaron durante varios minutos, y al cabo Klaatu, aparentemente fatigado, comenzó a recostarse, pero se detuvo a media acción, pues vio a Cliff. Gnut habló de nuevo, largo rato. Klaatu hizo un gesto a Cliff con la mano, y éste fue hacia él.

—Gnut me lo ha contado todo —dijo con una voz débil y suave, y a continuación miró a Cliff, en silencio, con débil y cansada sonrisa.

Cliff tenía un centenar de preguntas que hacer, pero por el momento no se atrevía a abrir la boca.

—Pero usted —logró decir al fin con mucho respeto, si bien con un estallido de excitación—, usted no es el Klaatu que esta en la tumba, ¿verdad?

Desapareció la sonrisa del hombre y agitó la cabeza negativamente.

—No. —Se volvió hacia el gigantesco Gnut y le dijo algo en su propio idioma y, ante sus palabras, las facciones metálicas del robot se estremecieron de dolor. Después, se volvió de nuevo hacia Cliff—: Me estoy muriendo —se limitó a anunciar, como si repitiese sus palabras para el terrestre. De nuevo su rostro fue iluminado por la débil y cansada sonrisa.

Cliff notaba un nudo en la garganta. Se limitó a mirarle, esperando que se aclarase la situación. Klaatu pareció leer en su mente.

—Veo que no lo comprendes —dijo— a pesar de que es distinto a nosotros, Gnut tiene grandes poderes. Cuando edificaron el pabellón y comenzaron las charlas grabadas, tuvo una maravillosa inspiración. Actuando a partir de la misma, montó este aparato durante las noches... y ahora me ha reconstruido a partir de mi voz, tal como fue grabada por tu gente. Como debes saber, cada voz tiene un sonido característico. Construyó un aparato que revertía el proceso de grabación, y de un sonido determinado reconstruyó el cuerpo característico que lo había emitido.

Cliff se quedó con la boca muy abierta. ¡Así que era aquello!

—¡Pero no tiene por qué morir! —exclamo Cliff, con ansiedad—. ¡La grabación de su voz fue tomada cuando bajaba usted de la nave, mientras se encontraba bien! ¡Debe permitirme que lo lleve a un hospital! ¡Nuestros doctores son muy hábiles!

Con un movimiento apenas perceptible, Klaatu negó con la cabeza.

—Sigues sin comprender —dijo con lentitud y con voz más débil—. Vuestra grabación tenía imperfecciones. Pequeñas pero suficientes para estropear el producto final. Según me dice, todos los productos de los anteriores experimentos de Gnut murieron a los pocos minutos... y también me ocurrirá lo mismo a mí.

Entonces, de repente, Cliff comprendió el origen de los "experimentos". Recordó que el día en que había sido abierto el pabellón, un ejecutivo del Instituto Smithsonian había perdido un maletín con grabaciones de sonidos emitidos por diversos animales. ¡Y allí, sobre la mesa, había un maletín! ¡Y los Stillwells debían de haber sido construidos a partir de las grabaciones que estaban en el cajón de la mesa!

Pero notaba un peso en su corazón. No deseaba que aquel ser muriese. Poco a

poco, se le fue ocurriendo una idea interesante. La explicó con creciente excitación.

—Dice usted que la grabación era imperfecta y, naturalmente, lo era. Pero la causa de esto fue la utilización de un aparato de grabación imperfecto. Así que si Gnut, en su reversión del proceso, hubiera utilizado exactamente los mismos aparatos con los que fue grabada su voz, entonces podrían ser estudiadas las imperfecciones, eliminadas, y así usted no tendría por qué morir.

Mientras las últimas palabras salían de sus labios, Gnut se retorció como un gato y lo agarró con fuerza. En los músculos metálicos de su rostro brillaba una excitación verdaderamente humana.

—¡Consígueme ese aparato! —ordenó en un inglés claro y perfecto. Comenzó a empujar a Cliff hacia la puerta, pero Klaatu alzó la mano.

—No hay prisa —dijo con suavidad.

Las siguientes dos horas siempre permanecieron en la memoria de Cliff como si hubieran sido un sueño. Era como si el misterioso laboratorio con aquel hombre que yacía tan pacíficamente fuese la parte verdadera y central de su vida, y aquella escena con los ruidosos hombres que hablaba un burdo y bárbaro interludio. No estaba muy lejos de la rampa. Sólo contó parte de la historia. Lo creyeron. Esperó en silencio mientras era efectuada toda la presión que las más altas jerarquías del país eran capaces de ejercer para obtener los aparatos que el robot había pedido.

Cuando llegaron, los llevó hasta el suelo del pequeño vestíbulo situado tras la compuerta. Gnut se hallaba allí, como esperándole. Llevaba en sus brazos el cadáver del segundo Klaatu. Se lo pasó con ternura a Cliff, quien lo aceptó sin decir palabra, como si hubiera sido algo establecido previamente. Aquello parecía ser la despedida.

De todas las cosas que Cliff hubiera deseado decir a Klaatu, había una que permanecía nítidamente destacada en su mente. Ahora, mientras el robot de metal verdoso permanecía encuadrado en la gran nave del mismo color, aprovechó su oportunidad.

—Gnut —dijo con ansia, manteniendo cuidadosamente asido el flácido cadáver entre sus brazos—, debes hacer una cosa por mí. Escúchame con mucha atención. Quiero que le digas a tu amo, el amo al que harás revivir, que lo que le sucedió al primer Klaatu fue un accidente que lamenta toda la Tierra. ¿Querrás hacer eso por mí?

—Eso es algo que ya sabía —le contestó con suavidad el robot.

—¿Pero me prometes decirle estas mismas palabras a tu amo... tan pronto como reviva?

—No has comprendido nada —le dijo Gnut con suavidad, y, en voz baja, dijo cuatro palabras más. Mientras Cliff las oía, se le nubló la vista y se le envaró el cuerpo.

Cuando se recuperó y volvió a enfocar la vista, vio cómo desaparecía la gran nave. De pronto, ya no estaba allí. Dio un paso o dos hacía atrás.

En sus oídos resonaban las últimas palabras de Gnut, como si fueran tremendos



tañidos de campana. Nunca, nunca las revelaría, hasta que le llegase el instante de la muerte.

—No has comprendido nada —le había dicho el poderoso robot—. Yo soy el amo.

# Ciudad implacable

Ivar Jorgenson

## Introducción

Filmada como *OBJETIVO LA TIERRA* (Allied Artists, 1954).

«Esta usted solo en una ciudad abandonada. Camina por una calle vacía, anhelando ver algún rostro vivo... alguna figura moviéndose. ¡Entonces ve usted a un hombre en una esquina, y de repente se da cuenta de que su terror apenas acaba de empezar!»

Esta era la frase publicitaria que encabezaba la historia de Ivar Jorgenson *Ciudad implacable* en la edición de marzo de 1953 de la revista *If*: La intrigante historia de una metrópoli despoblada debió de impresionar convenientemente al productor Herman Cohen, quien rápidamente compró los derechos y la lanzó a todos los cines menos de nueve meses más tarde.

Cohen, que entró en la Galería de Famosos del cine con *Yo fui un hombre lobo quinceañero*, en 1957, filmó *Objetivo la Tierra* en solamente siete días por la minúscula suma de 75.000 dólares. «Fue definitivamente una película barata», admite riendo. «Me hubiera gustado poder disponer de algo más de dinero. Sólo pudimos permitirnos un robot, y tuvimos que obligarle a trabajar horas extras casi todo el tiempo.»

Sin embargo, pese al relativamente poco presupuesto, Cohen filmó con éxito una película sorprendentemente emotiva, que sigue casi al pie de la letra la historia original.

El relato se inicia con un pequeño y diverso grupo de personas despertándose una mañana y encontrándose solos en una ciudad abandonada. Inmediatamente los lugares más normales se convierten en algo tan extraño como la más encantada de las casas. Una calle desierta, un restaurante vacío, una fantasmal estación de metro sin ningún tren a la vista..., todo ello añade un desconcertante misterio que parece irresoluble.

«El público se lo pasaba muy bien con la película», recuerda orgullosamente Cohen. «Aunque la filmamos de una forma completamente lineal, permanecían sentados en sus sillas con los nervios en tensión. Sabían exactamente que era lo que iba a ocurrir a continuación. Lo único que podía esperar hacer con mi público era hacerles pasar un buen rato y sobresaltándoles una y otra vez: cuando más se reían, hacerles perder el equilibrio y obligarles a gritar.»

Pese a esos fáciles impactos, es difícil dilucidar los motivos que hay

tras un film de mera explotación como *Objetivo la Tierra*. ¿Es un producto de coste barato en todos los sentidos, filmado para una explotación rápida y succulenta seguida de un rápido olvido, o es el producto más estéticamente aceptable que puede conseguirse con tan menguados recursos? La respuesta, por supuesto, es puramente académica si la película es entretenida... y *Objetivo la Tierra*, definitivamente, lo es.

JIM WYNORSKI

Despertó lentamente, como un hombre avanzando con lentitud, hundido hasta las rodillas en la densa esencia de las pesadillas. No había ninguna frontera definida entre el sueño y el despertar. Sólo un asomo de conocimiento de que finalmente estaba consciente y de que tenía que hacer algo al respecto.

Abrió los ojos, pero eso no representó ninguna diferencia. La oscuridad permaneció. El dolor en su cabeza se acentuó; alzó la mano y descubrió la gran protuberancia que evidentemente habían puesto en su cabeza como medida adicional... un margen de seguridad.

Debía tratarse de una gente prudente, puesto que el golpe en la cabeza no hubiera sido necesario. La bebida preparada que le habían dado hubiera podido derribar a un buey. Recordó haberse sumido en la oscuridad inmediatamente después de haberla bebido, sabiendo qué era lo que le estaba ocurriendo. Recordó la sensación de impotencia.

Ahora ya no valía la pena preocuparse por ello. Era una persona filosófica, y el hecho de que aún estaba vivo compensaba la bebida y sus resultados. Pensó, paladeándolo, en la muchacha de pelo color castaño que lo había estado observando mientras bebía.

Llevaba un corpiño escaso y ajustado, y era allí donde se habían fijado sus ojos en el último momento —en sus hermosos y tostados pechos—, hasta que se tambaleó y se sumergió en la imprecisión y luego en la nada.

La muchacha del pelo color castaño era hermosa, pero ahora se había ido, y había otros problemas más urgentes.

Se sentó, las manos detrás, al extremo de unos rígidos brazos, clavándose en el polvo y la suciedad durante tanto tiempo no importunados. Su movimiento soliviantó al polvo, que penetró por sus fosas nasales.

Se levantó, y su cabeza golpeó contra el bajo techo. El dolor le hizo sentirse enfermo durante un momento, y volvió a sentarse para recuperar los sentidos. Maldijo al techo, por maldecir algo, en un agónico susurro.

Preparado para moverse de nuevo, se apoyó sobre manos y rodillas y se arrastró precavidamente hacia adelante, explorando mientras lo hacía. Su mano atravesó unas telarañas y encontró una áspera pared de cemento. Fue recorriéndola. Toda ella de cemento..., toda ella sólida.

¡Infiernos! ¡Lo habían encerrado en aquel lugar! Pero debía de haber alguna forma de salir de allí.

Probo el techo y encontró la abertura..., una trampilla de madera cubriendo ajustadamente un hueco cuadrangular. Empujó la trampilla y la luz del día entró. Se alzó hasta que el suelo de arriba quedó al nivel de sus ojos, para ver un desechado tubo de crema de afeitar en los adoquines de un callejón. Pudo leer la marca en el tubo, y el eslogan: "Para hombres meticulosos".

Salió al callejón. Como resultado de su metódica infancia, volvió a colocar la trampilla de madera en su sitio, y pateó el tubo de crema de afeitar contra un cubo de basura. Se frotó la mejilla y miró arriba y abajo del callejón.

Era mediodía. El sol llameaba en un cielo sin nubes para confirmárselo.

Y no había nadie a la vista.

Empezó a andar hacia el extremo más cercano del callejón. Había permanecido mucho tiempo en aquel agujero, decidió. Aquella convicción surgió de su hambre y de la longitud de los pelos de su barba. Veinticuatro horas..., quizás más. Aquel agujero podría haberse convertido en su tumba.

Salió a la calle. Estaba vacía. Ninguna persona..., ningún coche aparcado junto a las aceras... Sólo un gato limpiándose su sucia cara junto a la entrada de una casa al otro lado de la calle. Alzó la vista hacia las ventanas de la casa. Le devolvieron su mirada. Era una mirada abandonada, vacía.

El gato bajó los escalones de la entrada de la casa y desapareció hacia la parte de atrás, y entonces estuvo realmente solo. Se frotó la áspera barbilla. Debe de ser domingo, pensó. Entonces recordó que no podía ser domingo. Había entrado en la taberna el martes por la noche. Aquello haría cinco días. Demasiado tiempo.

Había estado caminando, y ahora se encontraba en un cruce donde podía mirar arriba y abajo a lo largo de una nueva calle. No había ningún coche..., ninguna persona. Ni siquiera un gato.

Un cartel colgando sobre la acera decía: Restaurante. Fue hacia allí y probó la puerta.

Estaba cerrada. No había luces dentro. Se alejó... sonriendo para tranquilizarse. Todo estaba bien. Debía de tratarse de algún día festivo. En una gran ciudad como Chicago la gente se marchaba en los calurosos días festivos del verano. Se iban a las playas y a los parques, y a veces no podía uno ver un alma viviente por las calles. Y por supuesto uno no podía descubrir ningún coche porque la gente los utilizaba para conducir hasta las playas y los parques y afuera al campo. Respiró un poco más sosegadamente y empezó a caminar de nuevo.

Seguro que era eso. Ahora bien, ¿qué maldito día festivo era? Intentó recordar. No pudo pensar en cuál festividad podía ser. Quizá se habían inventado alguna nueva.

Sonrió ante aquel pensamiento, pero la sonrisa era forzada.

Muy pronto llegaría a algún barrio donde no todo el mundo se hubiera ido a las playas y a los parques, y hubiera algún restaurante abierto y pudiera conseguir una

buena comida.

¿Una comida? Sus manos acudieron a sus bolsillos. Rebuscó, y encontró un pañuelo y un botón del puño de su camisa. Recordó que el botón estaba a punto de caerse y que lo había arrancado para evitar perderlo. No había perdido el botón, pero todo lo demás había desaparecido. Frunció el ceño. Lo menos que podían haber hecho era dejarle a un hombre algún dinero para poder comer.

Llegó a otra esquina hacia otra calle, y todo era igual a la anterior. Ningún coche..., ninguna persona... ni siquiera gatos.

El pánico lo inundó. Se detuvo y giró en redondo para mirar tras él. No había nadie allí.

Caminó en un círculo cerrado, observando en todas direcciones. Las ventanas le devolvieron su mirada. Ojos a los que no les importaba que todo el mundo se hubiera ido o cuándo iban a volver. Las ventanas podían esperar. Las ventanas no tenían hambre. A ellas no les dolía la cabeza. No estaban asustadas.

Empezó a caminar, y sus pasos se alejaron de la acera hasta que se encontró en el centro de la silenciosa calle. Caminó siguiendo la desgastada línea blanca. Cuando llegó a la siguiente esquina se dio cuenta que las señales de tráfico no funcionaban. Eran otros tantos ojos negros vacíos.

Apresuró el paso. Caminó más aprisa..., más aprisa aún, hasta que estuvo trotando por el cuarteado pavimento, el eco de sus pasos resonando contra los edificios. Más aprisa.

Otra esquina. Y estaba corriendo, lleno de pánico, bajando por la vacía calle.

La muchacha abrió los ojos y miró al techo. El techo era apenas un borrón, pero empezó a aclararse a medida que su mente se aclaraba. El techo se convirtió en una superficie de yeso sucio y cuarteado, y había una sensación de inmundicia y suciedad también en su mente.

Siempre era igual en esos despertares, pero ahora era doblemente amargo, puesto que no había esperado volver a despertarse nunca. Se inclinó hacia abajo y tiró de la acolchada sábana de debajo de sus piernas y la extendió por encima. Miró el frasco encima de la destartada mesilla de noche. Había tres píldoras para dormir. Los ojos de la muchacha se nublaron resentidamente. Una creía que siete píldoras tenían que haber sido suficientes. Se inclinó hacia abajo y tomó la sábana con ambas manos y tiró de ella hasta cubrir su estómago. Era un gesto de frustración. Siete no habían sido suficientes, y allí estaba ella de nuevo..., despierta en el mundo que había deseado abandonar.

Despierta, con la dosis necesaria de determinación desaparecida.

Arrojó la sábana contra la pared. Se puso en pie, caminó hacia la ventana y miro afuera. Un espléndido día. Se preguntó cuánto había dormido. Mucho tiempo, no había la menor duda.

Sus desnudos muslos se apretaron contra el reborde de la ventana y su desnudo estómago se apoyó contra el sucio cristal. Desnuda en la ventana, pero no importaba,

porque daba a un patio de luces y las otras ventanas estaban también tan llenas de mugre que ni siquiera servían como ventanas.

Y aunque hubieran servido, tampoco importaba. No importaba en absoluto.

Se dirigió al lavabo, sus desnudos pies sin hacer ningún ruido sobre la gastada moqueta. Abrió los grifos, pero no salió agua. No había agua, y ella tenía una sed terrible.

Se dirigió a la puerta y ya había dado la vuelta al picaporte antes de recordar de nuevo que estaba desnuda. Se volvió y vio la semivacia botella de Pepsi-Cola en el suelo al lado de la mesilla de noche. Alguien la había dejado allí —¿hacía cuántas noches?—, pero bebió de todos modos, y aunque estaba pasada y caliente ablandó un poco su garganta.

Se inclinó para tomar sus ropas del suelo y el mareo la invadió, obligándola a apoyarse en el borde de la cama. Tras un momento la sensación pasó, y metió sus piernas por sus bragas y tiro hacia arriba.

Tomando los cosméticos de su bolso, se dirigió de nuevo al lavabo y probó los grifos.

Seguía sin haber agua. Se peinó, metiendo el peine entre los nudos de su enredado pelo con sádica satisfacción. Cuando el pelo cayó en sus naturales rizos rubios, se aplicó colorete y lápiz labial. Regresó junto a la cama tomó su sujetador y empezó a ponérselo mientras se dirigía hacia el deteriorado espejo de cuerpo entero de la puerta del armario.

Se quedó mirando su esbelta imagen. Se gustó, de una forma completamente impersonal.

No debería tener tan buen aspecto como tenía..., no después de la paliza que había recibido. No después de las largas noches y los días y los años, aunque los años tampoco habían sido tantos.

Podría pasar por la esposa de alguien, pensó con ácido humor. Podría estar llevando los niños a la escuela y discutiendo con el tendero acerca de que los tomates estaban demasiado blandos. «No tengo tan mal aspecto como todo eso.»

Alzó los ojos hasta que estuvieron mirando a su propia imagen en el espejo, y se habló a sí misma con una voz baja e interrogante. Dijo:

—¿Quién infiernos soy, después de todo? ¿Quién soy yo? Un cuerpo llamado Nora..., eso es quien soy. No..., eso es *lo* que soy. Un cuerpo no es *quien*..., es *qué*. Cuarenta y seis kilos de bien formado cuerpo llamado Nora, modelo 1931, sin dientes postizos, un buen trabajo. Ven y tómame. Estoy de rebajas...

Se mordió el labio inferior que acababa de pintarse y se volvió rápidamente para dirigirse a la cama y ponerse el vestido de algodón gris y verde..., el único que tenía.

Tomó su bolso y se dirigió hacia la puerta. Allí se detuvo para dirigir una mueca a las tres píldoras para dormir. Cerró la puerta tras ella y salió.

El conserje no estaba en la garita desde donde presidía el vestíbulo del edificio, y no había mirones para desnudarla mientras caminaba hacia la puerta.

Tampoco había nadie afuera en la calle. La muchacha miró al norte y al sur. Tampoco se veía ningún coche. Ningún autobús acercándose a la acera para que los pasajeros se apearan.

La muchacha se dirigió cinco puertas más al norte e intentó entrar en un lugar llamado La Hamburguesería de Tim. Cuando la manija no giró y la puerta se negó a abrirse, vio que no había luces dentro..., nadie tras el mostrador. El lugar estaba cerrado.

Caminó calle abajo, seguida únicamente por el solitario sonido de sus propios tacones.

Todas las tiendas estaban cerradas. Todas las luces estaban apagadas.

*Todos se habían ido.*

Era un hombre enorme y el lugar donde se había escondido en la comisaría de policía de la avenida Chicago era muy pequeño..., apenas una hendidura en la pared de cemento entre dos tuberías de ventilación. El hombre llevaba cuarenta y ocho horas en aquel lugar.

Había golpeado a un hombre más de la cuenta por un asunto de trampas en una partida de cartas, y había sido arrestado y puesto a la espera de juicio.

Lamentaba haber golpeado demasiado fuerte a aquel hombre. No sentía ninguna animosidad particular hacia él. Todo había sido el resultado de una exteriorización de la irritación del momento. Aunque no consideraba que fuese asunto de demasiada importancia, no estaba dispuesto sin embargo a aceptar los seis meses que indudablemente iban a caerle.

Su oportunidad de ocultarse en aquel escondrijo había llegado tan accidental y repentinamente como su oportunidad de golpear a su compañero de juego. Había ocurrido después de que los prisioneros hubieran sido avisados de la crisis y fueran conducidos a coches celulares para ser trasladados a otro lugar. Había tomado la oportunidad al vuelo sin pensar siquiera en lo que podía ser la crisis en sí. Probablemente a causa de que no poseía la suficiente imaginación como para temer nada —por terrible que fuera— de lo que pudiera ocurrirle en el futuro. Y porque apreciaba su libertad por encima de todo lo demás. La libertad para hoy; del mañana ya se ocuparía a su debido tiempo.

Ahora, tras cuarenta y ocho horas, encogió y retorció su enorme cuerpo fuera de su alojamiento y apoyó los pies en el suelo de la habitación de calderas. Sus piernas estaban entumecidas y descubrió que no le sostenían. Consiguió sentarse y fue capaz de doblar lo suficientemente el espinazo como para que sus grandes manos pudieran alcanzar sus piernas y empezar a masajearlas para devolverles la vida.

Tan elementalmente brutal era aquel hombre, que puñeó sus piernas hasta que se pusieron negras y azules antes de notar que podía usarlas de nuevo. Al cabo de algunos minutos estaba saliendo de la habitación de calderas y cruzando un centro de detención que ahora tenía que estar desierto. ¿Pero lo estaba? Avanzó lentamente, deslizándose pegado a las paredes hasta alcanzar la puerta delantera sin ser visto.

Salió a la calle. Era de día y la calle estaba totalmente vacía. El hombre inspiró profundamente y sonrió.

—Que me condene —murmuró—. Que me condene dos y tres veces. Se han ido.

Todos. Han echado a correr como ratas y me han dejado a mí solo detrás. ¡Que me condene!

Una tremenda sensación de exultación se apoderó de él. Apretó los puños y rió fuertemente, y su risa resonó en toda la calle. Se sentía más feliz de lo que se había sentido nunca en su rápida y violenta vida. Y su alegría era la de un niño encerrado en una despensa con un enorme pastel de chocolate.

Se pasó una mano por la boca, miró calle arriba y echó a andar.

—Me pregunto si se habrán llevado todo el whisky con ellos —dijo. Luego sonrió; estaba seguro de que no.

Echó a andar a largas zancadas hacia la calle Clark. Directamente hacia el corazón de la vacía ciudad.

Era un hombrecillo delgado y de piel pálida. Era muy peligroso y también era muy listo.

Finalmente tendrían que haberlo descubierto, pero había sido lo suficientemente listo como para engañarles y ahora nunca llegarían a saberlo. Había muchas riquezas en su familia, y con todos los demás ocupados en abandonar la ciudad y llevarse consigo todo lo valioso que pudieran reunir en tan poco tiempo, él había sido puesto a cargo de uno de los choferes.

El chofer había recibido la responsabilidad de llevar al pálido joven fuera de la ciudad.

Pero el joven consiguió retrasar la partida hasta que todos los demás se hubieron ido.

Entonces, mansamente, había acompañado al chofer al garaje. El chofer se había sentado al volante del último coche que quedaba —un Cadillac Seden—, y el joven había ocupado el asiento de atrás.

Pero antes de que el chófer pudiera poner en marcha el motor, el joven lo había golpeado en la cabeza con una palanca para los neumáticos que había tomado de un estante cuando entraron en el garaje.

La palanca se hundió profundamente en el cráneo del chófer con un sonido sólido, y de este modo el chófer encontró la muerte que se hallaba implícita en el acto mismo de huir.

El joven extrajo del coche al chófer muerto y lo dejó en el suelo de cemento. Lo depositó muy cuidadosamente, de modo que estuviera en el centro de un amplio cuadrado de cemento con los pies apuntando directamente al norte y sus brazos abiertos apuntando al sur.

El joven colocó muy cuidadosamente la gorra del chófer sobre su pecho, porque le gustaban las cosas bien hechas. Luego subió al coche, lo puso en marcha, y condujo en dirección este, hacia el lago Michigan y la parte baja de la ciudad.



Tras viajar durante cinco o seis kilómetros, desvió el coche de la carretera y lo empotró contra un poste de teléfonos. Luego caminó hasta llegar a un lugar de hierba alta. Se tendió en la hierba y aguardó.

Sabía que probablemente habría una última vanguardia del ejército buscando rezagados. Si veían un coche en movimiento investigarían. Lo tomarían bajo su custodia y le obligarían a abandonar la ciudad.

Y no tenían derecho a hacerlo. Durante toda su vida no había hecho más que recibir órdenes. Órdenes estúpidas de gente estúpida. Idiotas que habían llegado tan lejos como para proclamar que toda la ciudad iba a ser destruida, únicamente para conseguir que la gente hiciera lo que ellos decían. ¡Dios! ¡A los extremos a los que podía llegar la gente estúpida para afirmar su voluntad sobre la gente lista!

El joven permaneció tendido entre la hierba y se adormeció, su mente ocupada con el agradable recuerdo de la palanca de acero hundiéndose en el cráneo del chófer.

Tras un rato se despertó y oyó los coches de la última vanguardia pasando carretera abajo. Se detuvieron, inspeccionaron el Cadillac y lo consideraron utilizable. Se lo llevaron con ellos, pero no registraron las inmediaciones.

El joven sonrió.

La muchacha tenía miedo. Llevaba cuatro horas andando por las calles de la vacía ciudad, y el temor añadido al cansancio le provocaba terror.

—Un rostro —susurró—. Únicamente una persona saliendo de una casa o cruzando la calle. Eso es todo lo que pido. Alguien que me diga qué significa todo esto. Si puedo descubrir a alguna persona, ya no sentiré más miedo.

Y la ironía de todo aquello la golpeó. Hacía algunas horas había intentado suicidarse.

Asqueada de sí misma y de toda la gente, había intentado terminar con su propia vida. En consecuencia, aceptando la muerte como respuesta a todo, ahora no debería sentir miedo de nada ni de nadie. Tras aceptar cruzar el puente hacia la muerte, ninguna faceta de la vida debería traerle ningún terror.

Pero la vacía ciudad le traía el terror. Un rostro..., alguna forma moviéndose era todo lo que pedía.

Luego, una segunda ironía. Cuando vio al hombre en la esquina de Washington y Wells, el terror se incrementó. Se vieron el uno al otro casi en el mismo momento. Ambos se detuvieron y se miraron. Los dedos del pánico recorrieron la espina dorsal de la muchacha. El hombre alzó una mano, y el conjuro quedó roto. La muchacha se dio la vuelta y echó a correr. Indudablemente, había más terror en ella del que había habido un momento antes.

Sabía lo absurdo que era aquello, pero siguió corriendo ciegamente. ¿De qué debería tener miedo? Lo sabía todo sobre los hombres; todas las cosas que los hombres podían hacerle ya se lo habían hecho. El asesinato era lo último, pero acababa de salir de un intento de suicidio. La muerte no debería traerle ningún terror.

Pensó en todas esas cosas mientras los pasos del hombre sonaban tras los pasos

de ella. Giró hacia un estrecho callejón en busca de algún lugar donde ocultarse. No encontró ninguno, y el hombre siguió tras ella.

Encontró un pasadizo, entró en él tan ciegamente como lo había hecho en el callejón.

Había una puerta de acero al final y un ladrillo en el suelo, junto al umbral. La puerta estaba cerrada. Tomó el ladrillo y se volvió.

El hombre resbaló en la sucia superficie del callejón cuando giró hacia el pasadizo.

La muchacha alzó el ladrillo por encima de su cabeza.

—¡Quédese ahí! ¡Manténgase lejos de mí!

—¡Espere un momento! Tranquilícese. ¡No voy a hacerle ningún daño!

—¡Aléjese!

Bajó un poco su brazo. El hombre se lanzó contra ella y aferró su muñeca. El ladrillo golpeó contra su hombro, las uñas de ella arañaban su cara. Él la agarró sin contemplaciones, y ambos rodaron por el suelo. Ella luchó con todo lo que tenía y él neutralizó metódicamente todas sus armas..., sus manos, sus piernas, sus dientes..., hasta que no pudo moverse.

—Déjeme sola. ¡Por favor!

—¿Qué le ocurre? No voy a hacerle ningún daño. ¡Pero tampoco voy a dejar que me golpee con un ladrillo!

—¿Que quiere? ¿Por qué me persigue?

—Mire..., soy un tipo pacífico, pero no dejaré que se me escape. He pasado toda la tarde buscando a alguien. La encuentro a usted, y lo único que hace es echar a correr.

Por eso he venido detrás.

—Yo no le he hecho nada.

—Eso es hablar tontamente. Vamos..., ¡sea sensata! Le he dicho que no voy a hacerle ningún daño.

—Déjeme levantarme.

—¿Para que vuelva a echar a correr? No de momento. Quiero hablar con usted.

—Yo... no voy a echar a correr. Estaba asustada. No sé por qué. Me esta haciendo daño.

Él se puso en pie cautelosamente y la ayudó a levantarse. Sonrió, sujetando aún las dos manos de ella.

—Lo siento. Imagino que es natural que esté usted asustada. Mi nombre es Frank Brooks. Lo único que deseo es descubrir qué demonios le ha ocurrido a esta ciudad.

Dejó que ella retirara sus manos, pero siguió bloqueando su camino de escape. Ella retrocedió un paso y se arregló las ropas.

—No sé lo que ocurrió. Yo también estaba buscando a alguien.

Él sonrió de nuevo.

—Para echar a correr.

—No sé por qué lo hice. Creo...

—¿Cuál es su nombre?

—Nora... Nora Spade.

—¿También estaba durmiendo cuando ocurrió todo?

—Sí..., sí. Estaba durmiendo, y cuando desperté ya todos se habían ido.

—Salgamos de este callejón.

La precedió hacia afuera pero aguardo a que ella se situara a su lado cuando hubo espacio suficiente para caminar juntos, y ella no intentó echar a correr de nuevo.

Evidentemente aquella fase había sido superada.

—Me dieron algo en una taberna —dijo Frank Brooks—. Luego me desplumaron y me arrojaron por un agujero.

Sus ojos preguntaron. Ella captó su pregunta y dijo:

—Yo estaba... dormida en la habitación de mi hotel.

—¿La olvidaron?

—Supongo que sí.

—¿Entonces no sabe nada de lo que ocurrió?

—Nada. Pero tiene que haber sido algo terrible.

—Vayamos por aquí —dijo Frank, y avanzaron hacia la calle Madison.

Él había cogido su brazo y ella no lo retiró. Antes al contrario, se acercó más a él mientras andaban.

—Es tan extraño... —dijo ella—. Tan... vacío todo. Creo que fue eso lo que me asustó.

—Asustaría a cualquiera. Debe de haber sido una evacuación de algún tipo.

—Quizá los rusos vayan a arrojar alguna bomba.

Frank agito la cabeza.

—Eso no explicaría lo ocurrido. Quiero decir, los rusos no lo anunciarían... Además, el ejército estaría aquí. No todo el mundo se hubiera ido.

—Se ha hablado mucho de guerra bacteriológica. ¿Supone que el agua por ejemplo, ha sido envenenada?

Volvió a agitar la cabeza.

—Lo mismo que antes. Aunque hubieran evacuado a toda la gente, el ejército estaría aquí.

—No sé. Simplemente parece que no tenga sentido.

—Ha ocurrido, así que tiene que tener sentido. Ha sido algo que ha ocurrido de pronto.

No pueden haber tenido mucho más de veinticuatro horas. —Se detuvo de pronto y la miró—. ¡Tendríamos que salir de aquí!

Nora Spade sonrió por primera vez, pero sin humor.

—¿Cómo? No he visto ni un solo coche. No circula ningún autobús.

La mente de él estaba en otro lugar. Caminaron de nuevo.

—Es curioso que no haya pensado en eso antes.

—¿Pensado en qué?

—En que cualquiera que haya quedado en esta ciudad es un pichón muerto. La única razón por la que pueden haber evacuado la ciudad es para salvar a sus habitantes de una muerte segura. Eso quiere decir que la muerte está presente aquí para cualquiera que se haya quedado. Curioso. Estaba tan preocupado buscando a alguien con quien hablar que nunca pensé en eso.

—Yo si lo hice.

—¿Es por eso por lo que estaba tan asustada?

—No especialmente. No tengo miedo a morir. Era otra cosa lo que me asustaba. La soledad, supongo.

—Será mejor que vayamos hacia el este..., fuera de la ciudad. Quizá encontraremos algún coche o algo así.

—No creo que encontremos ningún coche.

Él la hizo detenerse y la miró directamente al rostro.

—Ya no tiene miedo, ¿verdad?

Ella se lo pensó un momento.

—No. Supongo que no. No de morir, al menos. Morir es algo normal. Pero tenía miedo de las calles vacías..., de que no hubiera nadie a mi alrededor. Era algo extraño.

—¿Y ahora no es extraño?

—No..., no tanto.

—Me pregunto cuánto tiempo tendremos.

Nora se alzó de hombros.

—No lo sé, pero tengo hambre.

—Podemos arreglar eso. Hace poco entré en un restaurante y me preparé un bocadillo.

Creo que todavía debe de haber comida por ahí. No pueden habérsela llevado toda consigo.

Estaban en la calle Madison, y giraron al este por el lado sur de la calle. Nora dijo:

—Me pregunto si habrá más personas por ahí..., como nosotros.

—Debe de haber más. No muchas, pero alguien habrá quedado. Tuvieron que evacuar a cuatro millones de personas en una sola noche. Es lógico que alguien se quedara olvidado. ¿Ha intentado usted vaciar alguna vez un paquete de azúcar? ¿Vaciarlo realmente? Es imposible. Siempre quedan algunos granos pegados al papel.

Minutos más tarde la sabiduría de su observación quedó probada cuando llegaron a un restaurante con la ventana delantera rota, y vieron a un hombre y a una mujer sentados ante una de las mesas.

El hombre era corpulento, con rizado pelo negro y una boca ligeramente abierta mostrando una hilera de dientes increíblemente blancos. Agitó un brazo y gritó:

—¡Vengan! ¡Vengan, por todos los diablos, y siéntense!! Tenemos cerveza y

rosbif, y la cerveza aún está fría. Vengan y conozcan a Minna.

Aquello era diferente, pensó Nora. No fantasmagórico. No extraño como ver a un hombre de pie en medio de una calle desierta. Aquello parecía normal, natural, y ni siquiera la rota ventana desdecía mucho de la naturalidad de la situación.

Entraron. Había más sillas junto a la mesa y se sentaron. El hombre corpulento no se levantó. Hizo un gesto con la mano hacia su compañera y dijo:

—Esta es Minna. ¿No es estupenda? La encontré sentada en un bar vacío, mortalmente asustada. Llegamos a un entendimiento y me la traje conmigo. —Sonrió a la mujer y le guiñó un ojo—. Llegamos a un auténtico entendimiento, ¿no es así, Minna?

Minna era una mujer completamente incolora de quizá treinta y cinco años. Su piel era lisa y pálida, y no llevaba maquillaje de ninguna clase. Su pelo estaba peinado tenso hacia atrás y atado en un moño. El pelo no tenía ningún color definido. Era algo entre un marrón claro y un rubio.

Sonrió un poco tristemente, pero la sonrisa no cubrió su cansada y opaca mirada.

Parecía más un gesto de obediencia que cualquier otra cosa.

—Sí. Llegamos a un entendimiento.

—Me llamo Jim Wilson —retumbó el corpulento hombre—. Estaba en la comisaria de la avenida Chicago por zurrarle a un tipo en una partida de cartas. Intentaron encerrarme, pero me escabullí. —Guiñó de nuevo un ojo—. Les di por el morro. Luego encontré a Minna. —Parecía saborear tremendamente sus palabras.

Frank inició las presentaciones, pero Nora Spade lo interrumpió:

—Quizás ustedes sepan lo que ha ocurrido —murmuró.

Wilson negó con la cabeza.

—Estaba en la comisaria, y ellos no dijeron nada. Simplemente empezaron a evacuar a todo el mundo. Oí algo... acerca de una invasión o algo así. Nadie lo sabía seguro. Tomen algo de cerveza y carne.

Nora se volvió hacia la inmóvil Minna.

—¿Oyó usted algo?

—No —dijo Wilson con una especie de afectuoso desdén—. Ella no sabe nada de eso.

Vivía en alguna buhardilla y estaba en cama con la garganta mala. Tomó algunas píldoras o algo así, y cuando despertó todo el mundo se había ido.

—Fui a trabajar y... —empezó a hablar Minna pero Wilson la interrumpió:

—Se dedicaba a limpiar en algunos locales de la avenida Chicago para ganarse la vida, y así fue que la encontré sentada en esa taberna. Era el día de cobro, ¡y Minna estaba aguardando a que le dieran su dinero! —Estalló en una risotada y palmeó la mesa con una enorme mano—. ¿Qué les parece eso? ¡Esperando su paga en un momento como éste!

Frank Brooks depositó en la mesa su botella de cerveza. La cerveza estaba fría y sabía bien.

—¿Han encontrado ustedes a alguien más? Tiene que haber más gente por ahí.

—No. No he encontrado a nadie excepto a Minna. —Volvió de nuevo su mirada hacia la mujer, luego se puso en pie—. Vámonos, Minna. Tú y yo tenemos que celebrar una pequeña conferencia. Tenemos cosas de las que hablar.

Sonriendo, se dirigió hacia la parte de atrás del restaurante. Minna se levantó, mucho más lentamente. Lo siguió detrás del mostrador y a las habitaciones de atrás.

A solas con Nora, Frank dijo:

—No está comiendo. ¿Quiere que mire si hay alguna otra cosa?

—No..., no tengo mucha hambre. Sólo me estaba preguntando lo que va a ocurrir.

Cuando está a punto de ocurrir algo... Ya sabe a qué me refiero...

—Más bien me gustaría saber *qué* es lo que va a ocurrir. Odio los rompecabezas. Es un infierno saber que algo puede matarte y no saber qué.

—No nos estamos comportando muy consecuentemente, ¿no cree?

—¿Qué quiere decir?

—Al menos deberíamos actuar de una forma normal.

—No la entiendo.

Nora frunció el ceño, ligeramente irritada.

—La gente normal estaría intentando ponerse a salvo. No estaría sentada en un restaurante bebiendo cerveza. Deberíamos intentar escapar, aunque esto signifique echar a andar. La gente normal intentaría salir de la ciudad.

Frank miró por unos instantes su botella.

—Deberíamos estar terriblemente asustados, ¿no?

—No estoy segura. Quizá no. Sé que no estoy luchando contra nada que haya dentro de mí..., contra el miedo, quiero decir. Simplemente parece que no importa lo que pueda ocurrir.

—A mí si me importa —respondió Frank—. Me importa. No quiero morir. Pero estamos enfrentados a una situación en la que cualquier decisión que tomemos es como una apuesta. Puede que estemos muertos antes de que yo termine esta botella de cerveza. Si eso es cierto, ¿por qué no quedarnos sentados aquí y ponernos cómodos? O quizá tengamos el tiempo suficiente como para caminar lo bastante lejos del radio de acción de lo que sea que ha echado de aquí a todo el mundo.

—¿Qué es lo que cree que debemos hacer?

—No creo que tengamos tiempo de salir de la ciudad. La evacuaron demasiado rápidamente. Necesitaríamos al menos cuatro o cinco horas para salir de ella. Si dispusiéramos de tanto tiempo el ejército, o quienquiera que sea, estaría aún por los alrededores.

—Quizás ellos tampoco sepan cuándo va a ocurrir.

Él hizo un gesto de impaciencia.

—¿Qué diferencia representa eso? Nos hallamos en una situación que nosotros no hemos buscado. El azar fue lo que nos metió en ella.

Nora iba a responder, pero en aquel momento Jim Wilson apareció dando grandes zancadas. Lucía su amplia sonrisa, y llevaba entre las manos otra media docena de botellas de cerveza.

—Minna saldrá en un momento —dijo—. Las mujeres son más lentas que el infierno —se dejó caer en una silla y abrió una botella de cerveza. Alzó la botella y miró a su través, suspirando placenteramente—. ¡Huau! ¡Nunca le había encontrado tanto gusto!

Agitó la botella en un saludo y bebió.

El sol se estaba hundiendo en el oeste entonces, y cuando Minna reapareció pareció materializarse entre las sombras, tan suavemente se movía. Jim Wilson abrió otra botella y la puso ante ella.

—Toma..., echa un trago, muchacha.

Obedientemente, ella tomó la botella y bebió.

—¿Que piensan hacer? —preguntó Frank.

—Pronto estará oscuro —dijo Wilson—. Deberíamos salir y agenciarnos algunas linternas. Apuesto a que las centrales eléctricas no funcionan. Probablemente tampoco encontremos ninguna linterna.

—¿Piensan quedarse? —preguntó Nora—. ¿Aquí en la ciudad?

Pareció sorprendido.

—¿Por qué no? El que piense en andar todo ese trecho para salir de aquí es un estúpido. Aquí dispone de todo lo que desee para comer y beber. Ni un maldito policía por los alrededores. Una vida de rey. ¿Por qué irse?

—¿No teme lo que pueda ocurrir?

—Me importa un pimiento lo que pueda ocurrir. ¡Infiernos! Siempre ocurren cosas.

—Si evacuaron la ciudad fue por algo —dijo Frank.

—¿Quiere decir que todos podemos resultar muertos? —Jim Wilson se echó a reír—. Seguro que podemos. Pudimos resultar muertos la semana pasada. Podemos ser atropellados por un camión cada vez que cruzamos la calle. —Vació su botella, la arrojó certeramente contra un espejo detrás de la caja registradora. El ruido de cristales rotos fue estruendoso—. El problema con ustedes, amigos, es que se preocupan por todo —dijo con una sonrisa expansiva—. Vamos a buscar algunas linternas para poder encontrar nuestro camino a la cama en uno de esos hermosos hoteles.

Se puso en pie y Minna lo imitó, un poco cansada, un poco aprensiva, pero enteramente sometida. Jim Wilson dijo:

—Vamos, muchacha. Te aseguro que no quiero perderte. —Sondeó a los otros—. ¿Venís, chicos?

Los ojos de Frank se cruzaron con los de Nora. Se alzó de hombros.

—¿Por qué no? —dijo—. A menos —dirigiéndose a Nora— que desee echar a andar.

—Estoy demasiado cansada —dijo Nora.

Mientras salían por la destrozada ventana, tanto Nora como Frank esperaron a medias ver otras formas moviéndose arriba y abajo por la calle Madison. Pero no había nadie.

Sólo la irreal desolación de la solitaria calzada y los edificios de oscuras ventanas.

—La mayor ciudad fantasma de la Tierra —murmuró Frank.

La mano de Nora se deslizó en la de él. Frank la apretó, y ninguno de los dos pareció ser consciente del contacto.

—Me pregunto si ésta no será tan sólo una de ellas —dijo Nora—. Quizá todas las demás grandes ciudades hayan sido evacuadas también.

Jim Wilson y Minna caminaban delante de ellos. El hombre se volvió.

—Si ustedes dos no pueden dormir sin descubrir lo que ha ocurrido, van a tener mucho trabajo.

—¿Cree que podemos encontrar alguna radio a pilas en alguna tienda? —preguntó Frank.

—¡Infiernos, no! Se las deben haber llevado todas. Pero lo único que tiene que hacer es husmear un poco en las oficinas de algún periódico. Si sabe usted leer, podrá descubrir lo que ha ocurrido.

A Frank le pareció extraño no haber pensado en ello. Luego se dio cuenta de que no había intentado pensar en nada concreto. Se sintió sorprendido también por su falta de miedo. Había pasado por la vida tomando las cosas tal como venían —tan crédulo como cualquier otro hombre—, cometiendo más errores y desatinos de los que le correspondían. Descubriéndose por primera vez en su vida totalmente solo en una ciudad abandonada, se había sentido presa de un repentino terror. Pero esto había ido pasando gradualmente, y ahora era capaz de aceptar la nueva realidad de una forma absolutamente pasiva. Se preguntó si eso mismo le ocurriría a todo el mundo. Las nuevas situaciones producían una oleada de emociones a la gente que se enfrentaba a ellas.

Luego la nueva situación se convertía en normal.

Decidió que así sobrevivía la humanidad. La humanidad tomaba las cosas tal como venían. Junta la suficiente cantidad de cualquier cosa, y se convierte en normalidad.

Jim Wilson había tomado un cubo de basura y lo arrojó contra el escaparate de una tienda de electrodomésticos. El cristal se hizo añicos con un ruido que estremeció la vacía calle cada vez más oscura, y luego el silencio volvió a reinar de nuevo. Jim Wilson se metió por la abertura.

—Veré lo que puedo encontrar. Ustedes quédense aquí y vigilen por si viene algún policía.

Su risa resonó a través del roto cristal mientras desaparecía.

Minna aguardó inmóvil y silenciosa, y de algún modo le recordó a Frank un animal estúpido; una criatura irracional sin mente propia, aguardando una señal de su



dueño.

Extrañamente, sintió un claro resentimiento hacia aquella situación, pero no pudo encontrar razón alguna para ello, excepto la sensación de que nadie parecía tanto un esclavo como Minna.

Jim Wilson reapareció en el escaparate. Hizo una seña a Minna.

—Ven, muñeca. Tú y yo vamos a tener una pequeña conferencia. —Su exagerado guiño fue apenas perceptible en la semioscuridad, mientras Minna penetraba en la oscura boca de la tienda—. No tardaremos mucho, amigos —dijo Wilson de muy buen humor, y los dos se desvanecieron en la negrura.

Frank Brooks miró a Nora, pero el rostro de ella estaba vuelto hacia otro lado. Maldijo en voz baja para sí mismo.

—Espere un momento —dijo.

Y penetró en la tienda por la enorme abertura.

Una vez dentro le costó localizar los mostradores. El lugar era más grande de lo que parecía desde fuera. No había rastro ni de Wilson ni de Minna.

Frank encontró la sección que estaba buscando y tanteó varias linternas. Eran únicamente tubos vacíos, pero encontró una caja de pilas en la estantería acristalada junto a la pared.

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo. He entrado a buscar algunas linternas.

—¿No puede esperar?

—Se está haciendo oscuro.

—No debería ser usted tan malditamente impaciente.

La voz de Jim Wilson era hostil y arisca. Frank se tragó su repentina irritación.

—Estaremos fuera —dijo.

Encontró a Nora aguardándole allá donde la había dejado. Metió pilas en cuatro linternas antes de que Jim Wilson y Minna reaparecieran.

El buen humor de Wilson había vuelto.

—¿Qué les parecen el Morrison o el Sherman? —dijo—. ¿O prefieren el auténtico lujo y caminar hasta el Drake?

—Me duelen los pies —dijo Minna.

La mujer hablaba tan raramente que Frank Brooks se sintió sorprendido por las palabras.

—El Morrison es el que está más cerca —dijo Jim Wilson—. Vamos allá.

Cogió a Minna del brazo y tiró de ella calle arriba. Frank y Nora les siguieron.

Nora se estremeció. Frank, sujetando su brazo, preguntó:

—¿Tienes frío?

—No. Pero todo vuelve a parecer tan... irreal. Nunca esperé ver la ciudad tan a oscuras. No puedo habituarme a ello.

Un vago y susurrante viento alzó un trozo de papel y lo hizo girar a lo largo de la calle.

Se pegó al tobillo de Nora. Ésta se estremeció imperceptiblemente y lo desprendió. El viento volvió a apoderarse del trozo de papel y lo arrastró a la oscuridad.

—Querría decirle algo —murmuró.

—Adelante —dijo él.

—Antes le hablé de que estaba dormida cuando lo de la evacuación o lo que fuera. Eso no es totalmente cierto. Estaba dormida, pero fui yo quien me obligué a dormir. Intente matarme tomando pastillas para dormir. Tomé siete, pero parece que no fueron suficientes.

Frank no dijo nada mientras seguían caminando por el oscuro cañón que era la calle Madison. Nora se preguntó si habría oído.

—Intenté suicidarme —recalcó.

—¿Por qué?

—Estaba hastiada de la vida, supongo.

—¿Qué es lo que desea? ¿Simpatía?

La repentina dureza de su voz hizo que los ojos de ella lo miraran, pero su rostro seguía siendo una blanca mancha imprecisa.

—No..., no. No pretendía eso.

—El suicidio es una actitud estúpida. Puede tener usted problemas y todo eso..., todo el mundo los tiene..., pero el suicidio... ¿Por qué lo intentó?

Un alto y agudo lamento —una vibración sin palabras— atravesó la oscuridad hasta sus oídos. La impresión fue como una repentina rociada de agua helada cayendo sobre sus cuerpos. Los dedos de Nora se clavaron en el brazo de Frank, pero éste no notó las afiladas uñas.

—¿Qué demonios...? ¡Hay alguien ahí delante en la calle!

A ocho metros de distancia de donde Frank y Nora se habían inmovilizado brotó la retumbante voz de Jim Wilson.

—¿Qué infiernos es eso?

Y la impresión se disipó. El círculo blanco de la linterna de Wilson hendió la oscuridad para siluetear un movimiento en el extremo más lejano de la calle. Luego las linternas de Frank Brooks y Nora se le unieron en su exploración.

—Hay alguien ahí delante —gruño Wilson—. ¡Hey, ustedes! ¡Muéstrense! ¡Dejen de merodear por ahí!

La luz de Frank trazó un arco que silueteó claramente los edificios del otro lado de la calle y luego se debilitó a medida que avanzaba hacia el este. Había algo o alguien ahí delante, aunque oscurecido por las tinieblas. Se sintió presa de nuevo de una sensación de irrealidad.

—¿Ha visto usted algo?

La luz de Nora había caído a sus pies, como si temiera enfocarla a la oscuridad.

—Creo que sí.

Jim Wilson estaba maldiciendo.

—Había un tipo ahí delante. Se escondió en la esquina. Algún maldito estúpido jugando al gato y al ratón. Me gustaría tener una pistola.

Frank y Nora avanzaron, y los cuatro se reunieron en un solo grupo.

—Apaguen las luces —dijo Wilson—. Somos un buen blanco si el tipo ese tiene alguna arma.

Se inmovilizaron en la oscuridad. Nora aferrando apretadamente el brazo de Frank.

Frank dijo:

—Es el más condenado ruido que haya oído nunca.

—¿Como una sirena?

Frank creyó que Jim Wilson hablaba esperanzadamente, como si deseara que alguien estuviera de acuerdo con él.

—Nunca había oído una sirena así. Tampoco era como un silbido. Era más bien como un lamento.

—Metámonos en ese maldito hotel y...

Las palabras de Jim Wilson fueron cortadas en seco por un nuevo y melancólico ulular.

Esta vez era distinto. Sonaba desde varios lugares, pero extendiéndose arriba y abajo y debilitándose hasta morir arrastrado por el viento.

Nora estaba temblando, aferrándose a Frank sin ninguna reserva.

Jim Wilson dijo:

—Que me condene si no suena como una señal de algún tipo.

—Quizá sea un lenguaje..., una forma de comunicación.

—¿Pero quién demonios está comunicándose?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Lo mejor que podemos hacer es ir a ese hotel y poner barricadas a unas cuantas puertas. Un hombre no puede luchar en la oscuridad... y sin nada contra lo que luchar.

Se apresuraron calle arriba, pero ahora todo era distinto. La ilusión de estar solos había desaparecido; la sensación de soledad no existía. A su alrededor, la ciudad fantasma había cobrado repentinamente vida. Siniestras fuerzas más aterradoras que la anterior soledad debían ser tenidas en cuenta ahora.

—Ha ocurrido algo... en los últimos minutos —susurró Nora.

Frank la atrajo más hacia sí mientras cruzaban la calle hacia la oscura y silenciosa masa que era el hotel Morrison.

—Creo que entiendo lo que quiere decir.

—Es como si no hubiera nadie por los alrededores y luego, de pronto, aparecieran todos.

—Espero que aparezcan y vuelvan a irse de nuevo.

—¿Realmente vio algo cuando enfocó la luz?

—No..., no puedo decir positivamente que viera nada. Pero tuve la impresión de

que había formas ahí delante..., al menos una docena de ellas..., y que retrocedían ante la luz.

Siempre al límite de ella.

—Tengo miedo, Frank.

—Yo también.

—¿Crees que todo puede haber sido imaginación?

—¿Esos lamentos? Quizás el primero... Sé de gente imaginando sonidos. Pero no los últimos. Y además, todos los oímos.

Jim Wilson, olvidando totalmente las sutiles emanaciones en el aire, radió satisfacción:

—No tenemos que forzar la entrada. Las puertas giratorias funcionan.

—Entonces quizá deberíamos ir con cuidado —dijo Frank—. Es posible que haya alguien más por ahí.

—Es posible. Ya lo descubriremos.

—¿Por qué tenemos miedo? —susurró Nora.

—Es natural, ¿no?

Frank fundió el rayo de su linterna con el de Jim Wilson. El blanco dedo atravesó la oscuridad del interior. Nada se movió.

—No veo por qué deberíamos tenerlo. Si hay gente ahí dentro, tiene que estar tan asustada como nosotros.

Nora estaba muy pegada a él cuando entraron.

El vestíbulo parecía desierto. Los rayos de luz de las linternas registraron los vacíos sillones y sofás. El cristal de los abandonados casilleros les devolvió sus reflejos.

—Las llaves están ahí —dijo Frank.

Saltó por encima del mostrador y comprobó los números en sus casillas.

—Será mejor que nos quedemos en los pisos bajos —dijo Jim Wilson—. Malditas las ganas que tengo de subir.

—¿Qué le parece el cuarto piso?

—Sigue siendo alto.

Frank volvió con un puñado de llaves.

—Buenas habitaciones —dijo—. Cuatro contiguas.

Subieron las escaleras en silencio. Pasaron los silenciosos comedores, salas de banquete, y cuando llegaron al cuarto piso las puertas que se alineaban en los pasillos adquirieron uniformidad.

—Ya estamos —Frank tendió una llave a Wilson—. Es la última.

No dijo nada cuando entregó la llave a Minna.

—¡Por los clavos de Cristo! —gruñó Wilson con voz disgustada. Tomó la llave de Minna y la arrojó al suelo.

Frank y Nora se quedaron mirando mientras Wilson abría su puerta. Wilson se volvió.

—Bien, buenas noches a todos. Gritad cuando aparezca algún fantasma.

Minna le siguió sin una palabra, y la puerta se cerró.

Frank le tendió a Nora su llave.

—Cierra bien la puerta y estarás a salvo. Yo registraré la habitación primero. —  
Abrió la puerta y enfocó la luz de la linterna. Nora estaba detrás de él, muy cerca.  
Registró el cuarto de baño—. Todo está bien. Cierra la puerta y estarás a salvo.

—Frank.

—¿Sí?

—Tengo miedo de estar sola.

—¿Quieres que...?

—Aquí hay dos camas... —Luego su voz alcanzó el borde de la histeria—. No seas tan malditamente conservador. ¡Las cosas han cambiado! ¿No te das cuenta? ¿Qué importa dónde o cómo dormimos? ¿A quién le preocupa? ¿Qué diferencia representa para el mundo si yo me desnudo delante de ti? —Un sollozo ahogó sus palabras—. ¿O acaso esto hiere tu moralidad?

Él avanzó hacia ella, se detuvo a un metro de distancia.

—No es eso. ¡Por Dios! No soy un santo. Sólo que pensé que...

—Estoy aterrada y no deseo quedarme sola. Para mí eso es lo único que importa.

Su rostro estaba contra el pecho de él, y Frank la rodeó con sus brazos. Pero las manos de ella eran puños apretados contra su pecho, y él podía sentir sus nudillos clavándose en su carne. Estaba llorando.

—Por supuesto —dijo Frank—. Me quedaré contigo. Ahora tranquilízate. Todo irá bien.

Nora sorbió sus lágrimas, sin preocuparse de acudir a su pañuelo.

—Deja de mentir. Sabes que no será así.

Frank no supo qué hacer. Las reacciones de Nora eran del todo inesperadas. Se dirigió hacia el lugar donde la linterna le había mostrado que había una cama. Se sentó en ella.

—¿Quieres que yo duerma en la otra? —preguntó.

—Por supuesto —replicó Nora con marcada amargura—. Me temo que no vas a estar muy cómodo en la misma cama conmigo.

Hubo un lapso de silencio. Frank se sacó la chaqueta, la camisa y los pantalones. Era curioso, pensó. Había gastado su dinero, había sido drogado, golpeado y robado, como resultado de un único objetivo: estar a solas en una habitación con una chica. Y una chica mucho menos atractiva que Nora. Y ahora estaba a solas en una habitación con un auténtico sueño, y su lengua estaba trabada. Aquello no tenía sentido. Se alzó de hombros. A veces la vida era una completa locura.

Oyó el roce de ropas y se preguntó cuántas prendas se estaría quitando Nora. Luego dejó caer sus pantalones al suelo, repentinamente, olvidando todo.

—¿Has oído eso?

—Sí. ¿Es...?

Frank se dirigió a la ventana, alzó la persiana. El lamento se hizo más fuerte, pero venía de lejos.

—Creo que suena por la calle Evanston.

Frank sintió un calor junto a su mejilla, y se dio cuenta de que Nora estaba a su lado, inclinada hacia adelante. La rodeó con un brazo y permanecieron allí, sin moverse, en silencio. Aunque sus oídos estaban atentos hacia el distante sonido que llegaba del norte, Frank no podía dejar de ser consciente del cálido tacto de la piel bajo su mano.

La respiración de Nora producía un cálido aliento contra su mejilla. Dijo:

—Escucha como sube y baja. Es casi como si lo utilizaran para hablar. Las inflexiones cambian.

—Creo que es eso precisamente. Viene de un montón de sitios distintos. Se interrumpe en algunos lugares y empieza en otros.

—Es tan... extraño.

—Fantasmal —dijo Frank—. Pero en cierto sentido hace que me sienta mejor.

—No entiendo cómo lo consigues.

Nora se apretó más contra él.

—Hace poco estaba convencido de que la ciudad iba a saltar por los aires..., debido a una bomba no localizada, o algo así. Pero ahora estoy seguro de que se trata de algo distinto. Estoy dispuesto a apostar que estaremos vivos por la mañana.

Nora pensó en ello, en silencio.

—Si es así..., si algún tipo de invasores están avanzando desde el norte..., ¿no es una estupidez permanecer aquí? Por cansados que estemos deberíamos intentar alejarnos de ellos.

—Estaba pensando en lo mismo. Hablaré con Wilson.

Al dirigirse hacia la puerta recordó que iba en calzoncillos y retrocedió para tomar sus pantalones. Una vez se los hubo puesto se preguntó qué importancia tenía aquello. Abrió la puerta.

Algo le advirtió..., algún instinto. O posiblemente su miedo y su cautela natural coincidieron con la presencia del peligro. Oyó los pasos en la moqueta, al fondo del pasillo..., débiles pero inconfundibles pasos. Llamó:

—Wilson... Wilson... ¿Es usted?

Frank sintió más que oyó un cuerpo lanzarse contra la parte exterior de la puerta. Una estridente y alocada risa rasgó sus oídos al tiempo que un cuerpo golpeaba contra la puerta.

Frank extrajo fuerzas de su propio pánico mientras arrojaba todo su peso contra la hoja de la puerta, pero cuando le faltaban uno o dos centímetros para cerrarse, la puerta se estremeció ante la fuerza aplicada por el lado opuesto. Por la estrecha abertura pudo sentir en su cara la ronca respiración del esfuerzo. Locos balbuceos y maldiciones resonaron en la oscuridad.

Frank tuvo la frenética convicción de que estaba perdiendo la batalla, y extrajo

fuerzas no supo de dónde. Apretó, y sonó un grito, y supo que al menos había pillado un dedo a su oponente entre la puerta y la jamba. Lanzo todo su peso contra la puerta con un frenético esfuerzo, y oyó el crujir del dedo. La voz ascendió hasta convertirse en un aullido de agonía, como el de un animal herido.

Aunque sus vidas estaban en juego, Frank era incapaz de romperle deliberadamente los dedos a un hombre. Aunque luchó contra su impulso, y se llamó a sí mismo estúpido, dejó que la puerta volviera a entreabrirse ligeramente. La mano fue retirada precipitadamente.

En aquel momento otra puerta se abrió al lado, y la voz de Jim Wilson retumbó:

—¿Qué demonios ocurre ahí afuera?

Simultáneamente, unos rápidos pasos retrocedieron hasta el fondo del pasillo, y desde el descansillo al lado de las escaleras les llegó un ululante grito de dolor.

—¡Maldita sea! —aulló Wilson—. Tenemos compañía. ¡No estamos solos!

—Intentó meterse en mi habitación.

—No debería haber abierto la puerta. ¿Está bien Nora?

—Sí. Esta bien.

—Dígale que no se mueva de su habitación. Y usted haga lo mismo.

Estaríamos locos si fuéramos detrás de ese pichón en la oscuridad. Tendremos que esperar hasta mañana.

Frank cerro la puerta, la aseguró con la doble cerradura, y regresó junto a la cama de Nora. Pudo oír unos apagados sollozos. Se inclinó y retiró las mantas, y los sollozos se hicieron más fuertes. Se metió en la cama, y ella estuvo en sus brazos.

Nora lloraba. Él la abrazó sin decir nada. Al cabo de un rato recuperó el control de sí misma.

—No me dejes, Frank —suplicó—. Por favor, no me dejes.

Él apretó su hombro.

—No lo haré —susurró.

Permanecieron tendidos largo tiempo, inmóviles, en silencio, cada uno extrayendo fuerzas de la proximidad del otro. El silencio fue roto finalmente por Nora.

—¿Frank?

—¿Sí?

—¿Me deseas? —Él no respondió—. Ya te expliqué que quise suicidarme...

—Lo recuerdo.

—Lo hice porque estaba hastiada. Porque tenía un terrible lío en la cabeza. No deseaba seguir viviendo.

Él permaneció en silencio, abrazándola.

Cuando ella habló de nuevo, su voz se hizo más aguda.

—¿No puedes entender lo que te estoy diciendo? ¡No soy buena! ¡Soy una basura!

¡Otros hombres me han conseguido! ¿Por qué quieres privarte de lo que otros han

gozado?

Él siguió en silencio, imperturbable. Al cabo de unos momentos Nora dijo:

—¡Por el amor de Dios, di algo!

—¿Cómo te sientes ahora? ¿Intentarás suicidarte de nuevo a la próxima ocasión que se te presente?

—No..., no. No creo que vuelva a intentarlo nunca más.

—Entonces, las cosas están mejor que antes.

—No lo sé. Sólo deseo que no vuelva a ocurrir.

Ella no le urgió esta vez, y él habló lentamente.

—Es curioso. Realmente lo es. No soy un moralista. Nunca he tenido moralidad. He gozado de mi correspondiente cuota de mujeres. Estaba trabajándome una la noche en que me hicieron la faena..., la noche antes de que me despertara en esta tumba de ciudad. Pero ahora..., esta noche..., las cosas son diferentes. Tengo la sensación de que debo protegerte. ¿No es extraño?

—No —dijo ella suavemente—. Creo que no.

Permanecieron allí tendidos en silencio, sus pensamientos perdiéndose en la oscuridad de la sepulcral noche. Tras mucho rato, la acompasada respiración de Nora le indicó que se había dormido. Se levantó con cuidado, la cubrió con las mantas, y se dirigió a la otra cama.

Pero antes de dormirse, los extraños lamentos procedentes de la calle Evanston llegaron de nuevo..., ascendieron y disminuyeron en aquella extraña cadencia... y finalmente se fundieron en la noche.

Frank se despertó con las primeras luces del amanecer. Nora seguía durmiendo. Se vistió y apoyó unos instantes una mano en el picaporte de la puerta. Luego corrió las cerraduras, hizo girar el picaporte y abrió cautelosamente la puerta.

El pasillo estaba desierto. En aquel momento le golpeó con violencia la sensación de que no era un hombre valiente. Advirtió que durante toda su vida había evitado el peligro físico y se había negado a reconocer la auténtica razón de actuar así. Se había clasificado a sí mismo como un hombre que eludía los problemas utilizando el buen sentido.

Se dio cuenta ahora de que esa actitud era únicamente una coartada para su ego.

Enfrentó el vacío corredor y no sintió ningún deseo de ir más allá. Pero se impuso a sí mismo a cruzar el umbral, cerrar la puerta suavemente tras él y caminar hacia las escaleras.

Hizo una pausa frente a la puerta tras la cual Jim Wilson y Minna debían de estar durmiendo todavía. La miró fijamente. Luego caminó de puntillas hacia el lugar donde terminaba el pasillo, tras cruzarse con otro. Dobló la esquina con precauciones, se pegó contra una pared. Nadie a la vista. Se dirigió hacia la escalera y empezó a bajarla.

Sus músculos y sus nervios se tensaban a cada peldaño.

Llegó hasta la puerta de cristal que conducía a la tienda del hotel con únicamente



el silencio gritando en sus oídos. La puerta no estaba cerrada con llave. Una bisagra chirrió ligeramente cuando la abrió.

Fue en la tienda donde Frank encontró indicios del intruso del cuarto piso. Un mostrador tenía manchas de sangre. Algunos vendajes habían sido sacados de sus cajas y abandonados por todas partes. Indudablemente allí se había curado el hombre su aplastada mano.

¿Pero adónde había ido? A dormir probablemente, en una de las habitaciones de arriba. Frank deseó fervientemente tener alguna arma. Sin la menor duda no debía de haber quedado ninguna pistola en toda la ciudad.

Pero una pistola no era la única arma creada por el ingenio del hombre, pensó y Frank rebusco en la tienda hasta encontrar un expositor lleno de navajas de bolsillo en sus hermosas cajas cerca de la sección de perfumería.

Tomó cuatro de las más grandes, y descubrió también un punzón con mango de madera que evidentemente se utilizaba para partir el hielo.

Así armado, salió al exterior por la puerta giratoria. Caminó por calles muertas bajo el sol del amanecer, donde el nuevo día no había conseguido despertar la vida ni disminuir el terror de la noche pasada.

Encontró cerrada la puerta del Edificio de Servicios Públicos del *Chicago Tribune*.

Utilizó el punzón para el hielo para romper el cristal de una puerta. El ruido de los trozos de cristal contra el cemento fue una explosión en el aullante silencio. Entró. Allí la sensación de desolación era total: se podían contemplar los casilleros llenos de cartas de la sección de anuncios por palabras. Respuestas a un millar de peticiones aguardando pacientemente a que alguien viniera a buscarlas.

Tras bajar al sótano y a los archivos del *Chicago Tribune*, Frank subió al segundo piso y descubrió lo que había venido a buscar. Una hilera de teletipos con la bandeja de las copias junto a cada una de las máquinas.

Rápidamente, recogió todas las copias e hizo un fajo con ellas, y volvió escaleras abajo. Regresó al hotel a paso de carga, animado por una repentina urgencia de regresar al cuarto piso tan pronto como fuera posible.

Se detuvo en la puerta del hotel y se llenó los bolsillos con jabón, una navaja de afeitar, crema de afeitar y loción facial. Impulsado por un pensamiento repentino, tomó una llamativa caja de cosméticos de alto precio.

Entró nuevamente en la habitación y cerró suavemente la puerta. Nora se volvió en su sueño, dejando al descubierto un hombro y un pecho. El pecho atrajo su mirada durante largo rato. Luego un sentimiento de culpabilidad le hizo apartar la vista y se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Afortunadamente, el depósito auxiliar en el techo aún contenía agua, y Frank pudo lavarse y afeitarse. Vestido otra vez, se sintió como un hombre nuevo. Pero lamentó no haber penetrado en una tienda de artículos para caballero y haber cogido una camisa limpia.

Nora aún no se había despertado cuando salió del baño. Se dirigió hacia la cama y se detuvo de pie junto a ella, contemplando a la mujer durante un rato. Luego tocó su hombro.

—Despierta. Ya es de día.

Nora se despertó y abrió los ojos, pero Frank tuvo la impresión de que tardó varios segundos en despertarse realmente. Su mirada se clavó en su rostro, luego en la ventana, luego en su rostro de nuevo.

—¿Qué hora es?

—No lo sé. Creo que serán las ocho aproximadamente.

Nora estiró los brazos indolentemente. Cuando se sentó, su sujetador volvió a colocarse en su sitio, y Frank tuvo la impresión de que ella ni siquiera se había dado cuenta de su parcial desnudez.

Nora se lo quedó mirando, la sorpresa reflejándose en sus ojos.

—Veo que te has lavado y afeitado.

—He salido a buscar algunas cosas.

—¿Solo?

—¿Por qué no? No podemos quedarnos aquí dentro todo el día. Tenemos que alcanzar la carretera y salir de aquí. No conviene seguir tentando a la suerte.

Frank se dirigió hacia la mesa y regreso con la caja de cosméticos. La puso en el regazo de Nora.

—Esto es para ti.

Su expresión fue una mezcla de sorpresa y placer.

—Eso ha sido un buen detalle. Supongo que será mejor que me vista.

Frank se volvió hacia la ventana donde había dejado el fajo de copias de los teletipos.

—Yo voy a leer un poco.

Mientras se sentaba vio, por el rabillo del ojo, unas esbeltas piernas morenas avanzando hacia el cuarto de baño. Al llegar junto a la puerta, Nora se volvió.

—¿Ya se han levantado Jim Wilson y Minna?

—No lo creo.

Los ojos de Nora permanecieron fijos en él.

—Creo que has sido muy valiente yendo abajo solo. Pero fue una estupidez. Tendrías que haber esperado a Jim Wilson.

—Tienes razón con respecto a lo de la estupidez, pero tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no soy un hombre valiente. Quizás esa fue la razón.

Nora dejó la puerta del baño abierta unos quince centímetros, y Frank oyó el ruido del agua al correr. Se sentó, con los papeles en su mano, preguntándose acerca del agua.

Cuando había ido al baño no se le había ocurrido. Era natural que fuera así. Pero ahora no dejaba de preguntarse. ¿Por qué seguía manando? Tras un cierto tiempo

consideró la posibilidad del depósito de reserva en el techo.

Entonces se preguntó acerca de Nora. Era extraño cómo podía pensar en ella personal e impersonalmente a la vez. Recordó sus palabras la noche anterior. Aquello la hacía...

Buscó la palabra adecuada. ¿Cuál era el viejo clisé? Una mujer de virtud fácil.

¿Qué era lo que hacía que una mujer fuera así?, se preguntó. ¿Era algo inherente a su personalidad? Aquella puerta parcialmente abierta era de algún modo simbólico. Estaba seguro de que muchas esposas cerraban la puerta del cuarto de baño a sus esposos; lo hacían sin pensar, instintivamente. Estaba seguro de que Nora la había dejado parcialmente abierta sin pensar. ¿Podía trazarse un esquema de comportamiento a partir de un detalle tan insignificante?

Rumió acerca de su propia actitud hacia Nora. Había rechazado lo que ella le ofrecía por la noche. Y sin embargo no lo había hecho por una sensación de disgusto.

Evidentemente había en Nora más cosas que le atraían de las que le repelían.

La moral, se dio cuenta vagamente, era impuesta —o al menos funcionaba— para proteger a la sociedad. Cuando la sociedad había desaparecido, desvanecida de la noche a la mañana... ¿podía seguirse manteniendo un código moral?

Si alguna vez regresaran a la masa de la gente, ¿cambiarían sus sentimientos hacia Nora? Pensó que no. Se casaría con ella, se dijo firmemente a sí mismo, tan sin pensarlo como se casaría con cualquier otra chica. No pensaría siquiera en lo que era para echarlo en su contra. Creo que a fin de cuentas soy fundamentalmente un amoral, pensó, y empezó a leer las copias de los teletipos.

Hubo una llamada en la puerta, seguida de la atronadora voz de Jim Wilson.

—¡Hey, los de dentro! ¿Preparados para el desayuno?

Frank se levantó y se dirigió hacia la puerta. Mientras lo hacía, la puerta del baño se cerró.

Jim Wilson lucía una barba de dos días, y no parecía importarle en absoluto. Entró en la habitación frotándose las manos con gran placer.

—Bien, ¿dónde vamos a comer, muchachos? Elijamos el más selecto restaurante de la ciudad. Nada excepto lo mejor para Minna.

Le guiño ostentosamente un ojo a Minna, que le seguía inexpresiva y silenciosa, exactamente igual a como le seguiría una sombra, y se sentó en una silla de respaldo recto junto a la pared.

—Será mejor que empecemos a dirigirnos hacia el sur —dijo Frank—, y no nos preocupemos del desayuno.

—¿Aún asustado? —preguntó Jim Wilson.

Por supuesto que estoy asustado... ahora. Estamos en medio de una enorme tierra de nadie.

—No le capto.

En aquel momento la puerta del baño se abrió y apareció Nora. Jim Wilson olvidó la pregunta que acababa de hacer. Dejó escapar un largo silbido de admiración. Luego

volvió su mirada hacia Frank, y sus pensamientos eran tan diáfanos como el cristal.

Estaba envidiando a Frank la noche que acababa de pasar.

Una repentina irritación se apoderó de Frank Brooks, una clara sensación de disgusto.

—Empecemos a preocuparnos de cosas importantes..., de nuestras vidas. ¿O acaso considera que su vida no es lo más importante?

Jim Wilson pareció desconcertado.

—¿Qué demonios le ocurre? ¿No ha dormido bien?

—He ido al periódico esta mañana y he encontrado algunos teletipos. Acabo de leer los informes.

—¿Qué hay acerca de ese tipo que intentó meterse en su habitación la pasada noche?

—No lo he visto. No he visto a nadie. Pero sé por qué la ciudad ha sido evacuada.

—Frank regresó junto a la ventana y tomó el fajo de copias que había estado leyendo. Jim Wilson se sentó en el borde de la cama, frunciendo el ceño. Nora siguió a Frank y se acomodó en el brazo del sillón donde él se había sentado.

—¿Van a volar la ciudad? —preguntó Wilson.

—No. Estamos siendo invadidos por alguna forma de vida alienígena.

—¿Es eso lo que dicen esos papeles?

—Fue la más grande y la más rápida de las evacuaciones en masa jamás intentadas.

He reunido todos los datos a partir de los informes. Fue un infierno durante esos dos días que nosotros estuvimos... fuera de circulación.

—¿Dónde han ido todos? —preguntó Nora.

—Al sur. Han evacuado una fronda de sesenta kilómetros a partir del lago en el oeste.

La primera línea defensiva terrestre ha sido instalada al norte de Indiana. Los invasores proceden de algún otro planeta..., o al menos no son originarios de ningún lugar de la Tierra.

—Eso es la cosa más estúpida que he oído en mi vida —dijo Wilson.

—Probablemente mucha gente pensará lo mismo —respondió Frank—. Los platillos volantes eran algo muy corriente. Nadie creía que fueran nada importante y nadie les prestaba mucha atención. Pero de pronto atacaron, hace tres días..., y barrieron toda alma viviente en tres pequeñas ciudades al sur de Michigan. Desde ahí empezaron a desparramarse. Ellos...

Los cuatro oyeron el sonido al mismo tiempo. Un débil rumor que fue creciendo rápidamente hasta convertirse en un rugido atronador. Se dirigieron como una sola persona hacia la ventana y vieron los cuatro aviones a reacción, en formación, cruzando el cielo hacia el sur.

—Aquí están —dijo Frank—. La lucha ha empezado. A partir de ahora el ejército intentará pararles los pies, supongo.

—¿Hay alguna forma de que podamos ponernos en contacto con ellos? —dijo Nora—. ¿De hacerles saber...?

Sus palabras se cortaron en seco ante el horror de lo que ocurrió.

Mientras observaban, los aviones cayeron en picado hacia la ciudad. En un punto determinado, aproximadamente sobre la calle Lake, calculó Frank, los aviones fueron aniquilados. Hubo un destello de fuego azul que se alzó hacia el cielo como un retorcido rayo para formar cuatro bolas de fuego en torno a los aparatos. Las bolas de fuego se convirtieron, casi instantáneamente, en globos de humo blanco que derivaron mansamente hasta desaparecer.

Y eso fue todo. Pero los aviones se esfumaron completamente.

—¿Qué ha ocurrido? —murmuró Wilson—. ¿Dónde han ido?

—Ha sido como si golpearan contra una pared —dijo Nora la voz ronca por el asombro.

—Creo que eso ha sido lo que ha ocurrido —dijo Frank—. Los invasores poseen algún tipo de arma que nos hace indefensos. De otro modo el ejército no hubiera establecido esta tierra de nadie ni la habría abandonado. Los informes decían que los tenemos rodeados por todos lados, con la ayuda del lago. Estamos intentando mantenerlos aislados.

Jim Wilson resopló.

—Parece como si los tengamos exactamente como ellos quieren que los tengamos.

—Sea como sea, seremos unos estúpidos si nos quedamos por aquí. Será mejor que nos dirijamos hacia el sur.

Wilson miró atentamente a su alrededor, a toda la habitación.

—Supongo que sí, pero es una lástima... abandonar todo esto.

Nora estaba mirando por la ventana, el ceño ligeramente fruncido.

—Me pregunto quiénes son y de dónde vienen.

—Las noticias del teletipo son más bien vagas al respecto.

Ella se volvió rápidamente.

—Hay algo peculiar acerca de ellos. Algo realmente extraño. Anoche, cuando estábamos andando por la calle, debió de ser a esos invasores a quienes oímos. Debían de estar al otro lado de la calle. Tengo la impresión de que huyeron de nosotros presas del pánico. Y no han vuelto.

—Puede que no hayan estado aquí en absoluto —dijo Wilson—. Probablemente fue nuestra imaginación.

—Yo no lo creo así —interrumpió Frank—. Estaban aquí, y luego se fueron. Estoy seguro de ello.

—Esos sonidos, como lamentos. Seguramente se estaban lanzando señales unos a otros. ¿Supone que es el único lenguaje que poseen?

Nora se dirigió hacia la silenciosa Minna y le ofreció un cigarrillo. Minna lo rechazó con un movimiento de su cabeza.

—Me gustaría saber cuál es su aspecto —dijo Frank—. Pero no nos quedemos aquí sentados hablando. Actuemos.

Jim Wilson permanecía con el ceño fruncido. Había un evidente mal humor en sus modales.

—No Minna y yo. He cambiado de idea Me quedo aquí.

Frank parpadeó, sorprendido.

—¿Está usted loco? Hemos apurado demasiado ya nuestra suerte. ¿No ha visto lo que les ha ocurrido a esos aviones?

—Al diablo con los aviones. Hemos estado bien aquí. Esto es lo que me gusta. Y me gusta mucho. Nos quedaremos.

—De acuerdo —respondió Frank vehementemente—, pero hable sólo por usted. ¡No puede hacer que Minna se quede!

Wilson entrecerró los ojos.

—¿No? Mire, muchacho..., ¿por qué no se ocupa de sus propios asuntos?

La vaga sensación de disgusto que había sentido Frank cristalizó ahora en palabras.

—¡No voy a dejar que siga adelante con esto! ¿Cree que estoy ciego? ¡Arrastrándola a la habitación de atrás cada diez minutos! ¿Cree que no sé por qué? ¡Usted no es más que un maldito maníaco sexual! ¡La ha aterrorizado hasta tal punto que tiene miedo de abrir la boca! ¡Ella se viene con nosotros!

Jim Wilson saltó en pie. Su rostro ardía de rabia. El ansia de matar estaba escrita en su crispado cuerpo y en su retorcida boca.

—Maldito y asqueroso entrometido. Voy a...

Wilson cargó a lo largo de la escasa distancia que separaba a los dos hombres. Sus brazos se tendieron con ansias de aferrar.

Pero Frank Brooks no estaba lleno de gotas atontadoras esta vez, y con la cabeza clara no era un mal adversario. Cegado por la rabia, Jim Wilson era un mal adversario.

Frank aguardó a que el otro estuviera sobre él, con los brazos abiertos, y entonces le golpeó fuertemente la cabeza con el teléfono. Wilson se derrumbó como un novillo apuntillado.

El grito brotó de Minna cuando saltó cruzando la habitación. Se había convertido de una incolora muñeca de trapo en una tigresa. Golpeó a Frank directamente en el vientre con sus pequeños puños. Toda la fuerza de su carga estaba detrás de los puños, y Frank cayó de espaldas sobre la cama.

Minna no prosiguió su ataque. Se dejó caer al suelo junto a Jim Wilson y apoyó su enorme cabeza en su regazo.

—Lo ha matado —sollozó—. ¡Usted, usted..., asesino! ¡Lo ha matado! ¡No tenía derecho!

Frank se sentó, los ojos muy abiertos.

—¡Minna! ¡Por el amor de Dios! Estaba ayudándola. ¡Lo hice por usted!

—¿Por qué no se preocupa de sus asuntos? ¿Le pedí acaso que me protegiera? No necesito ninguna protección..., no contra Jim.

—¿Quiere decir que no le importa la forma en que la trata...?

—Usted lo ha matado..., lo ha matado... —Minna alzó lentamente la cabeza. Miró a Frank como si lo viera por primera vez—. Estúpido —dijo lentamente—. Es usted un gran estúpido. ¿Qué derecho tiene a mezclarse en los asuntos de los demás? ¿Es usted Dios o algo así, para gobernar la vida de los otros?

—Minna..., yo...

Era como si no hubiera hablado.

—¿Sabe usted lo que es no tener a nadie? ¿Ir por la vida y crecer y hacerse vieja sin tener a nadie? Yo nunca he tenido a nadie, hasta que de pronto llegó Jim y me deseó.

Frank se acercó a ella y se agachó a su lado. Ella reaccionó como una tigresa.

—¡Déjelo solo! ¡Déjelo solo! ¿No le basta con lo que ha hecho? —Perplejo, Frank retrocedió—. Gente con grandes narices..., siempre metiéndolas donde no les importa.

¿Acaso le importa lo que él pueda desear de mí? ¿Acaso me he quejado?

—Lo siento, Minna. No lo sabía.

—Prefiero las habitaciones de atrás con él a quedarme en las habitaciones de delante sin nadie.

Entonces se echó a llorar. Silenciosamente..., balanceándose adelante y atrás con la enorme y sangrante cabeza del hombre en su regazo.

—Todas las veces —canturreó—. Todas las veces que él quiera...

El cuerpo entre sus brazos se agitó. Ella bajó la mirada en medio de sus lágrimas y vio los pequeños ojos negros abrirse. Estaban ligeramente estrábicos, turbios por la fuerza del golpe. Se afirmaron, y Jim murmuró:

—¿Qué demonios..., qué demonios...?

Minna sonrió..., una sonrisa apenas perceptible, como si fuera sólo para ella.

—Estás bien —dijo—. Todo va bien. Estás bien.

Jim la apartó torpemente y se puso en pie, tambaleándose. Vaciló por unos instantes, la cabeza dándole vueltas, un toro ciego y atormentado a los ojos de todos. Luego sus ojos enfocaron a Frank.

—Me golpeó con el maldito teléfono.

—Sí..., le golpeé.

—Voy a matarle.

—Mire..., cometí un error. —Frank tomó el teléfono y retrocedió contra la pared—. Le golpeé, pero usted iba a atacarme. Cometí un error, y lo siento.

—Voy a aplastarle esa maldita cabeza.

—Quizá pueda hacerlo —dijo Frank tétricamente—. Pero va a costarle. No crea que le voy a dejar hacerlo.

Una nueva voz resonó en la habitación.

—Dejen ya de decir estupideces. Yo soy quien va a matar. Eso es lo que más me gusta. Todo el mundo quieto.

Se volvieron y vieron a un hombre joven, delgado y de piel pálida en la abierta puerta.

La puerta se había abierto tan suavemente que nadie se había dado cuenta de ello. Ahora el pálido joven estaba de pie en la habitación, con una pequeña y plateada pistola en su mano derecha.

Su mano izquierda colgaba cerca de su cuerpo. Estaba abundantemente envuelta en un vendaje blanco.

El joven dejó escapar una risita.

—Las últimas cuatro personas en el mundo estaban en una habitación —dijo—, y de pronto llamaron a la puerta.

Su risita se convirtió en un gorjeo de pura alegría.

—Sólo que no fue una llamada. Simplemente, un hombre entró con una pistola que lo convertía en el jefe.

Nadie se movió. Nadie habló. El hombre aguardó, luego prosiguió:

—Mi nombre es Leroy Davis. Vivía en la parte oeste, y siempre tenía un cuidador porque decían que no estaba bien del todo. Deseaban llevarse me con todos los demás, pero le chafé la cabeza a mi cuidador y ahora estoy aquí.

—Baje esa arma y hablaremos —dijo Frank—. Todos estamos metidos en esto.

—No, no lo estamos. Yo tengo una pistola, de modo que eso me hace el más importante. Ustedes están metidos en esto, pero yo no. Soy el jefe, junto con el que intentó partirme la mano ayer por la noche.

—Intentó meterse aquí dentro gritando y chillando como un loco. Yo cerré la puerta.

¿Qué otra cosa podía hacer?

—Correcto. No estoy loco. Los tipos como yo... puede que seamos un poco excéntricos, pero no guardamos rencor. No puedo recordar gran cosa de lo que pasó ayer por la noche. Encontré algo de whisky en un lugar calle abajo, y el whisky me hacer ver cosas raras. No sé lo que hago cuando bebo whisky. Dicen que en una ocasión, hará unos cinco años, me emborraché y maté a un chiquillo, pero no lo recuerdo.

Nadie habló.

—Salí de aquello. Lo arreglaron de alguna manera. Unos abogados muy caros me sacaron. A mi papi le costó un montón de pasta.

La histeria estaba creciendo dentro de Nora. Había conseguido mantenerla en su interior, pero en aquel momento algo de ella surgió entre sus apretados dientes.

—Que alguien haga algo. ¿Es que nadie va a hacer nada?

Leroy Davis la miró parpadeando.

—Nadie va a hacer nada, ricura —dijo con una voz muy amable—. Tengo la pistola.



Serían unos locos si intentaran algo.

La risa de Nora fue como el agitar de una caja de guisantes secos. Se sentó en la cama y miró hacia el techo y rió.

—Es una locura. ¡Todo esto es una locura! —farfulló—. Aquí estamos, sentados en una ciudad condenada, con algún tipo de invasores alienígenas a nuestro alrededor de los que no sabemos ni siquiera su aspecto. No nos han hecho ningún daño. Ni siquiera sabemos cuál es su aspecto. Ni siquiera nos preocupamos de ellos porque estamos demasiado atareados matándonos entre nosotros.

Frank Brooks sujetó a Nora del brazo.

—¡Cállese! ¡Deje de reírse así!

Nora se apartó de un tirón.

—Quizá necesitemos a alguien que nos saque de esto. ¡Es una locura!

—Cállese —repitió Frank.

Los ojos de Nora se enturbiaron cuando miró a Frank. Dejó caer la cabeza y pareció algo avergonzada de sí misma.

—Lo siento. Estaré callada.

Jim Wilson había permanecido de pie junto a la pared, mirando primero al recién llegado, luego de nuevo a Frank Brooks. Wilson parecía confuso acerca de quien era el auténtico enemigo. Finalmente dio un paso hacia Leroy Davis.

Frank Brooks lo detuvo con un gesto, pero mantuvo su mirada fija en Davis.

—¿Ha visto usted a alguien más?

Davis estudió a Frank larga y cuidadosamente. Sus ojos eran brillantes como los de un pájaro. Le recordaron a Frank los ojos de una ardilla.

—Me tropecé con un anciano en la calle Halstead —dijo Davis—. Quería saber dónde se había ido todo el mundo. Me lo preguntó, pero yo no lo sabía.

—¿Qué le ocurrió al anciano? —inquirió Nora.

Hizo la pregunta como si temiera hacerla, pero como si una profunda compulsión la obligara a hablar.

—Le disparé —dijo Davis alegremente—. Le hice un favor, realmente. Ahí estaba aquel anciano, tambaleándose en la calle sin nada más que un montón de años malgastados.

No quería seguir viviendo pero tampoco tenía el valor de morir. —Davis se interrumpió e inclinó vivamente su cabeza—. Ya saben..., creo que eso es lo que va mal en este mundo. Hay demasiada gente sin el valor necesario para morir, y una ley que prohíbe matarlos.

Jim Wilson comprendía ahora que estaban frente a un maníaco. Su mirada se cruzó con la de Frank Brooks y asintieron mutuamente. Una línea de acción se estableció entre ellos, sin necesidad de ninguna palabra. Jim Wilson dio un lento y casual paso hacia el maníaco homicida.

—¿Vio usted a alguien más? —preguntó Frank.

Davis ignoró la pregunta.

—Mírenlo de este modo —dijo—. En los tiempos antiguos había los cuernilargos de Texas. Un ganado flaco y correoso con una carne casi tan dura como el cuero. ¿Tenemos un ganado así en nuestros días? No. ¿Para qué seguir conservando una raza tan pobre como ésa?

—Hay cigarrillos en esa mesa, si quiere usted uno —dijo Frank.

Jim Wilson dio lentamente otro paso hacia Davis.

—Criamos el ganado con inteligencia —dijo Davis—, teniendo en mente para que sirva un novillo, y así producimos un trozo de carne con patas tan ancho como largo.

—Ajá —dijo Frank.

—¿Captan la idea? ¿Entienden a dónde voy? Los seres humanos son más importantes que el ganado, pero ¿podemos criarlos inteligentemente? ¡Oh, no! Eso interfiere con las malditas libertades humanas. Uno no puede decirle a un hombre que solamente puede tener dos hijos. Es su derecho divino tener doce cuando el maldito estúpido ni siquiera puede alimentar a tres. ¿Captan lo que quiero decir?

—Seguro..., claro, lo captamos.

—Será mejor que piensen en ello..., y usted, caballero, dígame a ese gordo bastardo que deje de arrastrarse hacia mí o le voy a esparcir los sesos por la moqueta.

Si la situación no hubiera sido tan seria hubiera parecido ridícula. Jim Wilson, con el éxito casi al alcance de la mano, estaba de puntillas, listo para saltar. Vaciló, estuvo a punto de perder el equilibrio, y se apoyó de espaldas contra la pared.

—Tómeselo con calma —dijo Frank.

—Me lo tomaré con calma —respondió Davis—. Los mataré a todos ustedes... —apuntó la pistola a Jim Wilson—, empezando por él.

—Espere un minuto —dijo Frank—. No es usted razonable. ¿Qué derecho tiene a hacer eso? ¿Qué hay acerca de la ley de la supervivencia? Aquí está usted, apuntándonos con una pistola. Está dispuesto a matarnos. ¿No es natural intentar cualquier cosa que pueda salvar nuestras vidas?

Una expresión admirativa hizo brillar los ojos de Davis.

—¡Oiga! Me gusta usted. Tiene razón. Es lógico. Se puede hablar con usted. Si hay algo que me gusta es hablar con un hombre lógico.

—Gracias.

—Es una lástima que tenga que matarle. Podríamos sentarnos y tener largas y agradables conversaciones.

—¿Por qué quiere matarnos? —dijo Minna.

No había hablado hasta entonces. De hecho, había hablado tan poco durante todo el tiempo que habían permanecidos juntos que su voz era una novedad para Frank. Se sintió inclinado a no tener en cuenta su perorata en el suelo con la cabeza de Wilson en su regazo. Había sido una persona distinta entonces. Ahora había vuelto a meterse en su antiguo cascarón.

Davis la miró pensativamente.

—¿Ha de existir alguna razón?

Debería tener usted una razón para matar a la gente.

—De acuerdo —dijo Davis—, si eso la hace más feliz. Le hablaré de cómo maté a mi cuidador cuando intentó hacerme abandonar la ciudad. Se metió en el coche, tras el volante. Yo me situé en el asiento de atrás y le abrí la cabeza con una barra de hierro.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—Sólo eso. Tommy era una persona mucho mejor que cualquiera de ustedes o incluso que todos ustedes juntos. Si él tuvo que morir, ¿qué derecho tienen ustedes a seguir viviendo? ¿No es eso razón suficiente?

—Todo esto es una completa locura —rugió Jim Wilson.

Estaba a punto de saltar sobre Davis y su arma.

En aquel momento, procedente del norte, les llegó un súbito crescendo de los extraños lamentos de los invasores. Eran mucho más intensos de lo que habían sido antes, pero no parecían estar más cerca.

El grupo se inmovilizó, lo oídos atentos al sonido.

—Están hablando de nuevo —susurró Nora.

—Ajá —respondió Frank—. Pero esta vez es distinto. Como si...

—... como si estuvieran preparándose para algo —dijo Nora.

—No voy a matarles aquí arriba —dijo Davis—. Vamos a ir abajo.

El momento crucial, engarzado en la mente de Jim Wilson, que podía haber cambiada la situación, había llegado y se había ido. El afilado borde de la locura adicional que podía hacer que un hombre se lanzara contra una pistola cargada se había embotado. Leroy Davis hizo un gesto perentorio hacia Minna.

—Usted primero..., luego la otra chica. Caminen una al lado de la otra hasta el vestíbulo, con los hombres detrás. Directamente hacia la recepción.

Obedecieron sin resistirse. Jim Wilson tenía el ceño fruncido, Frank Brooks los ojos vacuos, y Nora miraba de una forma tensa e inexpresiva.

La mente de Nora estaba centrada en la pistola. Estaba llena con pensamientos acerca del pálido maníaco que los conducía. Él estaba al mando. Instintivamente, sintió que los maníacos al mando tenían una o quizá dos motivaciones..., sexo y asesinato. Su reacción a un posible asesinato era secundaria. Pero ¿y si aquel hombre insistía en ponerle las manos encima? ¿Y si la obligaba a realizar el acto más antiguo del mundo que ella había realizado tan a menudo? Nora se estremeció. Se hizo la pregunta a sí misma y se sintió sorprendida por las razones de su repulsión. Visualizó las manos del hombre sobre su cuerpo —las viejas cosas familiares—, y el sabor en su boca era de horror.

Nunca antes había experimentado tales contradicciones. ¿Por qué ahora? ¿Había cambiado ella? ¿Había ocurrido algo durante la noche que había convertido su pasado en una época de vergüenza? ¿O la razón estaba en el propio hombre? No lo sabía.

Nora regresó de su ensimismamiento para encontrarse de pie en el vacío

vestíbulo.

Leroy Davis, hablando con Frank, estaba diciendo:

—Parece como si quisiera hacerme algún truco. Ponga las manos sobre su cabeza. Entrelace sus dedos sobre su cabeza y mantenga las manos ahí.

Jim Wilson estaba de pie cerca de la silenciosa Minna. Ella había seguido todas las órdenes sin experimentar la menor ira, sin ninguna expresión exterior. Siempre había mantenido sus ojos fijos en Jim Wilson. Obviamente, cualquier cosa que Jim ordenara, la haría sin hacer preguntas.

Wilson volvió la cabeza hacia ella y dijo:

—Escucha, muñeca hay algo que siempre he querido preguntarte pero que siempre he olvidado hacerlo. ¿Cuál es tu apellido?

—Trumble... Minna Trumble. Creí habértelo dicho.

—Quizá lo hiciste. Quizá yo no lo recuerdo.

Nora sintió que la histeria se apoderaba de nuevo de ella.

—¿Cuánto tiempo va a seguir usted haciendo esto? —preguntó.

Leroy Davis inclinó la cabeza hacia un lado al mirarla.

—¿Haciendo qué?

—Jugando al gato y al ratón. Manteniéndonos clavados con una aguja como moscas en un expositor.

Leroy Davis sonrió ampliamente.

—Como una mariposa en su caso, ricura. Una grande y hermosa mariposa.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —restalló Frank Brooks—. Sea lo que sea, hágalo ya.

—¿No se da cuenta de lo que estoy haciendo? —preguntó Davis con una genuina sorpresa—. ¿Tan estúpido es? Soy el jefe. Estoy al mando y me gusta. Tengo el poder de la vida y de la muerte sobre ustedes cuatro, y estoy saboreando cada momento de ello.

Es usted más bien estúpido, caballero, y si sigue así me verá obligado a meter una bala por su oreja izquierda y observar cómo sale por la derecha.

Jim Wilson tenía los puños apretados. Estaba acercándose de nuevo al punto de la temeridad. Y de nuevo este punto retrocedió a medida que el sonido de un motor iba haciéndose más fuerte..., no en el aire, sino al nivel de la calle, procedente del sur.

Era un sonido alegre, sano, y fue captado inmediatamente por la insana mente de Leroy Davis.

Se crispó hasta el punto de que su rostro se volvió aún más pálido por la tensión. Se dirigió hacia una ventana, miró rápidamente fuera, y volvió sobre sus pasos.

—Es un jeep —dijo—. Va a pasar junto al hotel. Si alguno de ustedes hace el menor movimiento, o grita, hallarán sus cuatro cadáveres aquí y yo habré desaparecido. Eso es todo lo que tengo que decirles, y saben que lo haré.

Sabían que podía hacerlo y guardaron silencio, intentando reunir el valor necesario para efectuar algún movimiento. El motor del jeep petardeó un par de veces

a medida que se acercaba a la calle Madison. Cada vez, los nervios de Leroy Davis reaccionaron secamente, y los cuatro mantuvieron sus ojos clavados en la pistola que tenía en su mano.

El jeep llegó al cruce y disminuyó su marcha. Hubo una conferencia entre sus dos ocupantes..., soldados provistos de cascos y trajes de batalla marrón oscuro. Luego el jeep giró hacia la calle Clark en dirección a Lake.

Un ahogado suspiro escapó de la garganta de Nora. Frank Brooks se volvió hacia ella.

—Tranquilícese —dijo—. Aún no estamos muertos. No creo que quiera matarnos.

La respuesta llegó de Minna. Habló suavemente:

—No me importa. Ya no puedo seguir resistiendo esto. Después de todo, no somos animales. Somos seres humanos, y tenemos derecho a vivir y morir como queramos.

Minna caminó hacia Leroy Davis.

—Ya no tengo miedo a su pistola. Todo lo que puede hacer con ella es matarme. Adelante, hágalo.

Minna se acercó a Leroy Davis. Él se la quedó mirando con la boca abierta y dijo:

—¡Está usted loca! Vuelva ahí. ¡Es usted una dama loca!

Disparó dos veces la pistola, y Minna murió apreciando la incongruencia de sus palabras. Hubo como una risa en ella mientras caía.

Con un resonante rugido animal, Jim Wilson saltó contra Leroy Davis. Su gran mano se cerró sobre la de Davis, ocultando la pistola. Hubo una ahogada explosión, y la bala atravesó la palma de Wilson sin que éste se diera cuenta de ello. Wilson arrancó la pistola de la débil sujeción de Davis y la arrojó a lo lejos. Luego mató a Davis.

Lo hizo lentamente, algo sorprendente en Wilson. Alzó a Davis por el cuello y lo mantuvo en el aire, con sus pies separados del suelo. Entonces le retorció el cuello, pareciendo hacerlo con un gran placer, mientras Davis emitía horribles ruidos y pateaba.

Nora se apoyó en el hombro de Frank Brooks, pero no pudo evitar que los sonidos llegaran hasta sus oídos. Frank la atrajo hacia sí.

—Tranquilícese —dijo—. Tranquilícese —y probablemente no era consciente de lo que estaba diciendo.

—Dígale que se apresure —susurró Nora—. Dígale que termine rápido. Es como..., es como si estuviera matando a un animal.

—Eso es lo que es..., un animal.

Frank Brooks contemplo fascinado el distorsionado rostro de Leroy Davis, que se iba poniendo oscuro por momentos. Ahora estaba más allá de cualquier parecido con algo humano. Sus ojos estaban desorbitados, y la lengua surgía de su boca como si buscara frenéticamente alivio.

Los sonidos animales se apaciguaron y murieron. Nora oyó el sonido del cuerpo cayendo al suelo..., un sonido blando y suave de finalidad. Se volvió y vio a Jim Wilson con las manos aún extendidas y engarfiadas. Las terribles manos a través de las cuales el hálito de una terrible vida se había disipado en el vacío aire.

Wilson bajó los ojos hacia su obra.

—Está muerto —dijo lentamente. Se volvió para enfrentarse a Frank y Nora. Había como una gran decepción en su rostro—. Esto es todo —dijo con torpeza—. Simplemente..., está muerto.

Sin saber exactamente por qué, Jim Wilson estaba lleno con el fútil regusto de la venganza. Se inclinó para recoger el cuerpo de Minna. Había un pequeño agujero azulado en su mejilla derecha y otro encima de su ojo izquierdo. Con una mirada a Frank y Nora, Jim Wilson cubrió las heridas con su mano, como si considerara que eran algo indecente.

Alzó a Minna entre sus brazos y caminó cruzando el vestíbulo y subiendo las escaleras, con el lento y pausado paso arrastrante de un hombre agotado.

El sonido del jeep se oyó de nuevo, pero ahora mucho más lejos. Frank Brooks tomó a Nora de la mano y corrieron hacia la calle. Mientras cruzaban la acera, el sonido del jeep fue ahogado por un repentino crescendo de los lamentos.

Resonando con una nueva nota, ascendieron y murieron en el quieto aire. Parecía una nota de pánico, de nuevo conocimiento, pero Frank y Nora no le prestaban mucha atención. Los sonidos del motor del jeep procedían del oeste, y llegaron al cruce de Madison con Well a tiempo para ver al jeep dirigirse hacia el sur a toda velocidad.

Frank gritó y agitó los brazos, pero supo que no había sido ni visto ni oído. Tuvieron poco tiempo para la decepción. Un nuevo centro de interés apareció hacia el noroeste.

Por la esquina de la calle Washington y en dirección a Clark, surgieron tres extrañas figuras.

Había una mezcla de beligerancia y sufrimiento en sus acciones. Llevaban armas de extraña apariencia, y parecían interesados en utilizarlas contra algo o contra alguien, pero aparentemente les faltaban las energías necesarias para alzarlas pase a que parecían más bien livianas.

Las propias criaturas eran humanoides, pensó Frank. Apretó la mano de Nora.

—Nos han visto.

—No corramos —dijo Nora—. Estoy cansada de correr. Todo lo que nos ha traído ha sido problemas. Simplemente quedémonos aquí.

—No sea estúpida.

—No voy a correr. Usted hágalo si quiere.

Frank trasladó de nuevo su atención a las tres extrañas criaturas. Dejó que su curiosidad natural tomara las riendas. Los pensamientos de huida se desvanecieron de su mente.

—Son tan delgados..., tan frágiles —dijo Nora.

—Pero sus armas, no.

—Es difícil de creer, incluso viéndolos, que procedan de otro planeta.

—¿Realmente? No se parecen demasiado a nosotros.

—Quiero decir como los relatos que han corrido durante tanto tiempo acerca de platillos volantes y vuelos espaciales y cosas así. Aquí están, pero no parece posible.

—Hay algo raro en ellos.

Era cierto. Dos de los extraños seres se habían derrumbado en la acera. El tercero siguió avanzando tambaleándose, arrastrando un pie tras otro hasta que cayó sobre manos y rodillas. Permaneció inmóvil durante largo rato, la cabeza colgando blandamente. Luego también se derrumbó sobre el cemento y quedó inmóvil.

Los lamentos al norte adquirieron ahora un tono de intensa agonía... de gran desesperación. Tras ellos reinó un silencio absoluto.

—Se derrotaron a sí mismos —dijo el militar—. O mejor dicho, las fuerzas naturales los derrotaron. Seguro que nosotros poco tuvimos que ver con ello.

Nora, Frank y Jim Wilson estaban de pie en la acera al lado de la motocicleta. El hombre en la motocicleta se sostenía con un pie apoyado en el bordillo mientras hablaba.

—Vimos a tres de ellos morir ahí delante en la calle —dijo Frank.

—Nuestro grupo de avanzada vio ocurrir lo mismo en otras partes. Es por eso por lo que avanzamos de nuevo. Ahora ya todo ha terminado. Sabremos mucho más de ellos dentro de veinticuatro horas.

—No sé nada de ustedes tres. Si ignoraron la evacuación sin ninguna culpa y además pueden probarlo... —añadió el militar.

—Éramos cuatro —dijo Jim Wilson—. Luego encontramos a otro hombre. Está dentro, en el hotel. Yo lo maté.

—¿Asesinato? —dijo el militar secamente.

—Mató a una mujer que estaba con nosotros —dijo Frank—. Era un maníaco.

—¿Dónde está el cuerpo de la mujer?

—En una cama, arriba —dijo Wilson.

—Tengo que retenerles a los tres. Todavía rige la ley marcial en esta zona. Están ustedes en manos del ejército.

Las calles estaban llenas de gente ahora, yendo a sus asuntos, empujándose y apresurándose, comiendo en los restaurantes, produciendo electricidad para las luces, generando energía para los teléfonos.

Nora, Frank y Jim Wilson estaban sentados en un restaurante en la calle Clark.

—Todos somos diferentes ahora —dijo Nora—. Nadie puede pasar por lo que hemos pasado y seguir siendo el mismo.

Jim Wilson aceptó indiferentemente su afirmación.

—¿Descubrieron qué fue lo que los mató?

—Aún están trabajando en ello, creo.

Frank Brooks agitó su café, alzó una cucharada y la dejó caer goteando de nuevo en la taza.

—Voy a ir a la estación de policía de la avenida Chicago —dijo Wilson.

Frank y Nora alzaron la vista sorprendidos. Frank preguntó:

—¿Por qué? El tribunal militar desestimó el caso..., el hecho de que usted hubiera escapado de la celda.

—No creo que lo desestimarán. No creo que les importara tampoco. De todos modos, voy a ir.

—No creo que la condena sea muy larga.

—No, más bien pequeña. Deseo acabar con todo eso.

Se alzó de su silla.

—Hasta otra. Quizá volvamos a vernos algún día.

—Si, quizá volvamos a vernos.

—Adiós.

—Creo que yo también voy a irme —dijo Frank—. Tenía un trabajo en una fábrica al norte. Quizá esté funcionando de nuevo. —Se puso en pie y se apoyó torpemente en la mesa—. Además..., aún tengo que cobrar mi última paga.

Nora no dijo nada.

—Bueno... —dijo Frank—. Quizá volvamos a vernos algún día.

—Quizás. Adiós.

Frank Brooks caminó hacia el norte por la calle Clark. Se sentía feliz de haberse marchado del restaurante. Nora era una buena chica, pero infiernos..., uno no concierta una cita con alguien como ella para liarse en serio.

Pero era algo que hacía pensar. Ya había pasado la edad de la adolescencia. Ya era tiempo de buscarse alguna chica y sentar la cabeza. Uno no podía ir dando tumbos así toda su vida.

Nora caminó hacia el este por la calle Madison. Entonces recordó que los tugurios de la calle Halstead estaban en aquella dirección y giró hacia el sur en Wells. Tenía nueve dólares en su bolso y aquello la preocupaba. Una no puede sobrevivir mucho tiempo en Chicago con nueve dólares.

Había una taberna en Jackson, cerca de Wells. Nora entró. El camarero no frunció el ceño al verla. Aquello era buena señal. Se dirigió a la barra, pidió una cerveza, y se la sirvieron.

Tras un rato entró un hombre. Un hombre de edad media que probablemente había acabado de llegar a Chicago y cuyas maletas tal vez aún estuvieran en la estación de la calle LaSalle, un poco más abajo. El hombre miró a Nora luego apartó la vista. Tras un rato volvió a mirarla.

Nora sonrió.



# El montaje cósmico

Paul W. Fairman

## Introducción

Filmado como *LA INVASIÓN DE LOS HOMBRES DE LOS PLATILLOS VOLANTES*  
(American International, 1957).

El año es 1957. Danny y Los Juniors están cantando *At the Hop* en incontables radios de automóviles, los cines *drive-in* son el más popular de los entretenimientos para jóvenes, y el lanzamiento con éxito del satélite ruso Sputnik despierta nuevos intereses hacia los misterios del espacio exterior. ¿Qué mejor oportunidad para unir dos de los elementos más viables de la taquilla: ciencia ficción y quinceañeros?

*La invasión de los hombres de los platillos volantes*, y su conocido gemelo *Yo fui un hombre lobo quinceañero*, fueron la vanguardia de una oleada de películas de horror «de moda», películas rápidamente hechas y más rápidamente aun explotadas, que dieron millones a estudios tales como Allied Artists y American International. Sin embargo, pese a toda su mala calidad, muchas de estas películas permitieron a talentos en ciernes dar sus primeros pasos hasta convertirse en las grandes estrellas que son hoy en día. En televisión, Michael Landon obtuvo su primer éxito en la antes mencionada cinta del hombre lobo; Steve McQueen se reveló como una promesa en *La masa*, Jack Nicholson triunfó en *El terror*, y el actor-comediante Frank Gorshin proporcionó su inimitable toque cómico a *La invasión de los hombres de los platillos volantes*.

Quizás ésta sea una de las razones por las cuales la película difiere tan enormemente del corto y dramático relato de Paul Fairman. Aunque tanto la película como el cuento tratan el tema de unos quinceañeros enfrentándose a unos seres alienígenas, *El montaje cósmico* se dedica principalmente a sorprender a los lectores con su inesperado golpe final al estilo O'Henry.

Los productores de *La invasión de los hombres de los platillos volantes* también empezaron buscando los golpes de efecto, pero el veterano director Edward L. Cahn imaginó que los chicos iban a echarse a reír ante los monstruos de ridículo aspecto. Los directivos de los estudios estuvieron de acuerdo con él, y el film se convirtió en la primera película de ciencia ficción para quinceañeros.

Estaba lejos de ser la última. Muchas más monstruosas criaturas iban a amenazar a desprevenidos jovencitos y jovencitas en los siguientes años. *El gigantesco monstruo de Gila*, estrenada algunos meses después, se centraba en una decisiva confrontación entre unos rudos delincuentes y un monstruoso lagarto comehombres. *El hombre de las cavernas quinceañero*, un film de 1958, tenía como estrella al héroe de la serie de RV «El hombre de CIPOL» Robert Vaughn como un prehistórico James Dean buscando el sentido de su vida entre siniestros acontecimientos. Y, por supuesto, la película más explotadora de todas fue la infame *El fantasma del hueco sorbedor*, que incluía música, monstruos y montones de criminales con chaquetas de cuero.

Afortunadamente, ninguno de estos elementos tienen participación en este, relato... una historia que responde a la intrigante pregunta: ¿Cómo puede existir un caso de atropello en la carretera cuando la víctima ni siquiera es humana?

JIM WYNORSKI

La luz azul llameó más allá de Pelham Woods. Fue vista por varios de los muchachos que haraganeaban frente a la barbería en la calle principal de Kensigton Corners.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó uno de ellos.

—Un rayo bajo. ¿Qué otra cosa podía ser?

—No parecía como un rayo. Se mantuvo demasiado tiempo. Además, no hay nubes ahí arriba.

—Puede que haya algunas nubes bajas que tú no puedas ver debido a los árboles.

Sam Cáster, fresco tras su afeitado de la tarde, salió de la barbería y dijo:

—¿De qué estáis discutiendo, amigos?

—Acabamos de ver un platillo volante.

Sam sonrió.

—¿Sólo uno? Nadie tiene derecho a jactarse de ello en estos días a menos que vea como mínimo seis. Y al menos tienen que arrojar luces de cinco colores distintos.

—Éste sólo era azul.

—Yo siempre he preferido los amarillos.

Los chicos sonrieron. Sam miró al otro lado de la calle y llamó:

—¡Lee! Espera. Voy contigo.

Lee Hayden, un hombre grueso y de rostro agrio, se detuvo y aguardó, y cuando Sam Cáster llegó a su lado preguntó:

—¿Qué demonios están tramando esos chismosos holgazanes?

—Platillos volantes. Esta vez, uno azul.

—Uf. Es una forma como otra de perder el valioso tiempo.

—Oh, hacen lo que pueden, Lee. Mira..., parece como si las cosas empezaran a adoptar un tono serio entre nuestros chicos.

Lee Hayden bufó.

—Que los zurzan a todos. Ni siquiera saben lo que quieren. Es un signo de los tiempos.

—Oh, yo no diría eso. Mi Johnny se toma la vida en serio. Y Joan es precisamente lo que necesita.

Lee frunció el ceño.

—Hoy en día los chicos nunca piensan en el mañana..., de dónde les va a venir el próximo dólar. En todo lo que piensan es en vivir bien..., en crearse problemas..., en meterse en deudas...

—Sin embargo, parece que la cosa funciona. No hay en ellos nada malo que el matrimonio no cure.

Sam Cáster era uno de los pocos hombres en Kensington Corners a quien le gustaba Lee Hayden. La mayoría de la gente se quejaba de su agria perspectiva de la vida y de sus instintos avaros. Sam, sin embargo, comprendía al hombre, y esto era bueno para Johnny y Joan.

—Parece como si su cita de esta noche sea más bien importante —dijo Sam—. Johnny me pidió que le dejara el Packard. Espero que no se declare a la chica en ese carricoche.

—Son demasiado jóvenes para casarse.

—Bueno, quizá no lo hagan inmediatamente —dijo Sam, tranquilamente—. Nos veremos más tarde, Lee.

Sam entró en su casa y Lee Hayden siguió calle abajo, con el ceño fruncido como de costumbre.

Mientras, mucho más allá de Pelham Woods, la nave espacial con los azules gases de escape se posaba en la superficie del estanque de Nelson y se sumergía fuera de la vista.

El teléfono de Sam Cáster sonó chillonamente. Se despertó y sacudió el sueño de sus ojos. Encendió la luz y, mientras cogía el teléfono observó que eran la una y media de la madrugada.

—¿Hola?

—Hola... ¡Papá! ¿Estás despierto? Escúchame. Por favor...

—¡Johnny! ¿Qué demonios te ocurre? ¿Estás en dificultades?

—¿De qué está usted hablando? —dijo el policía.

—¡En terribles dificultades, papá!

Sam se levantó de la cama y apoyó los pies en el suelo.

—¿Un accidente? ¿Hay alguien herido? ¡Maldita sea, muchacho! Hace rato que tendrías que estar de vuelta a casa.

—No me sermonees, papá. Simplemente escucha.

—¿Dónde estás? Cuéntamelo todo.

—Llevé a Joan a bailar a Storm Lake, e íbamos de camino a casa cuando...

—¿Cuándo qué? ¡Habla, muchacho!

—Chocamos...

—¿Mataste a alguien?

—Sí..., bueno, no..., nosotros...

—¡Por el amor de Dios, Johnny! Cálmate y cuéntamelo. O lo hiciste oí no lo hiciste. ¡No me digas que saliste huyendo después de un accidente!

—No..., escucha, papá, ¿puedes colgar y venir aquí tan rápido como puedas? Necesito ayuda. Necesito desesperadamente ayuda. ¡Simplemente ven!

—De acuerdo, hijo. Tomaré tu cacharro y...

—No lo hagas, papá..., no funciona. Llama al señor Hayden. Utiliza su coche.

—De acuerdo. ¿Dónde estás?

—Estoy llamándote desde la granja en Garner Road..., la de Frank Williams. Es un granjero. ¿Sabes qué carretera...?

—Lo sé. ¿Dónde dices que ocurrió todo? ¿Dónde está el coche?

—En una curva a unos tres kilómetros de Storm Lake. Allí es donde... ocurrió todo.

Joan y yo volveremos allá y esperaremos.

—Quedaos donde estáis... Os recogeré.

—¡No, papá! No les he dicho a esta gente lo ocurrido. Esperaremos cerca del coche.

—De acuerdo, lo que tú digas. Vendré tan pronto como pueda. Diez minutos más tarde, Sam Cáster estaba sentado al lado de Lee Hayden mientras éste conducía su Chevrolet en dirección a Storm Lake.

—¡Malditos chicos estúpidos! —murmuró Lee—. ¿Por qué no averiguaste lo que había ocurrido? Pueden haber matado a alguien. Probablemente lo hicieron. Lo menos que podía haber hecho tu hijo era decírtelo.

—Vayamos allá y averigüémoslo —dijo Sam, con un asomo de tensión en su voz.

Llegaron a Garner Road desde el sur, y Lee condujo lentamente entre las rodadas y los baches.

—¿Por qué demonios tomaron una carretera como ésta?

—Probablemente les pareció buena para ellos.

—Me pregunto lo buena que les parecerá ahora.

—¿Puedes conducir un poco más aprisa?

—¿Y cargarme un muelle? Estoy haciéndolo lo mejor que puedo. Sam refrenó su impaciencia hasta que los faros iluminaron la parte de atrás del Packard. Permanecía detenido en medio mismo de la carretera.

—No parece que haya sufrido ningún daño —dijo Lee.

—Todavía no podemos ver la parte delantera.

Lee avanzó quince metros más, y los dos hombres se apearon del vehículo. Hubo un relumbrar de algo blanco y los dos jóvenes aparecieron de entre unos arbustos

junto a la cuneta. Joan, una hermosa morena, parecía etérea en su traje de tarde blanco..., fuera de lugar con sus tacones altos en aquella solitaria carretera de segundo orden. El agraciado rostro joven de Johnny Cáster estaba tenso y pálido.

—¿De qué os estáis ocultando? —preguntó Lee.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —dijo Sam—. No hay ningún otro coche...

—No ha sido ningún choque, papá. Está en la parte de delante. Ven. Joany..., quédate aquí.

—Yo... me siento un poco mal. Iré al Chevy.

Johnny la ayudó y cerró la portezuela. Luego se volvió y dijo:

—Vamos. —Mientras caminaban rodeando el Packard, añadió—: Ahora tranquilícense.

Van a ver algo que nunca antes en sus vidas han visto.

Rodearon el coche y se detuvieron por un instante. Luego Johnny conectó los faros del Packard y Lee Hayden gruñó:

—¡Gran Dios de los cielos! ¿Es eso real?

Sam Cáster sintió que un estremecimiento le recorría arriba y abajo desde el centro de su espina dorsal, congelando sus piernas y volviéndolo mudo.

—Estaba conduciendo y no iba distraído —dijo Johnny—, puedo jurarlo. Quizá no demasiado atento, pero ¿quién espera que alguien..., que algo... aparezca en esta carretera sin ninguna luz? De todos modos vi como un atisbo y frené, pero era demasiado tarde. Al principio creí que era un hombre y salí y..., y lo recogí antes de darme cuenta de que...

Dio un inconsciente paso atrás y se frotó las mangas de su chaqueta, como si estuvieran cubiertas de suciedad.

Aún inmóvil, Sam Cáster intentó hallar pensamientos con los que describir aquella cosa horrible. No tendría más de metro veinte de altura y poseía una cabeza demasiado grande para su delgado cuerpo. Su piel era verde, los tonos variaban desde un oscuro hasta un pálido acentuado. Tenía piernas delgadas y dos brazos como de araña terminados en manos con finos y delicados dedos y un pulgar en cada lado. Sus ojos estaban desprovistos de párpados y estaban hundidos en unos alvéolos óseos en un cráneo redondo, de color verde pálido. Había todo un tramado de oscuras venas por todo el cuerpo, y los pies eran muñones informes sin dedos ni pezuñas.

Se produjo todo un minuto de absoluto silencio. Luego Lee Hayden consiguió pronunciar algunas palabras:

—¿Está..., está muerto?

—Sí, está muerto del todo —dijo Johnny—. Cuando di por primera vez la vuelta al coche..., después de haberle golpeado..., las grandes venas estaban pulsando..., uno podía ver su sangre..., o lo que sea que hay ahí dentro, moviéndose en ellas. Luego fue disminuyendo su velocidad, hasta detenerse por completo.

—Esa luz azul que vieron los chicos —murmuró Sam—. Esta vez era, una nave espacial.

Lee Hayden, aunque su rostro seguía lleno de aversión, parecía haberse recuperado algo.

—Ese debió de salir a dar una vuelta. Nunca había visto un coche antes. No sabía que hubiera ningún peligro...

—Probablemente se sintió atraído por los faros..., como una polilla.

—Es horrible —dijo Johnny—, pero también parece patético..., tendido aquí, muerto.

Nunca sabrá lo que lo golpeó.

Sam se recuperó de su impresión.

—Será mejor que uno de nosotros vaya a buscar al sheriff. Ve tú, Johnny. Toma el Chevy y deja a Joan en casa.

—De acuerdo.

El muchacho se dio la vuelta.

Lee Hayden había estado mirando aquella cosa horrible, y ahora una calculadora luz estaba asomando a sus ojos.

—Espera un minuto, Johnny. —Alzó los ojos hacia Sam Cáster—. ¿Te das cuenta de lo que esto significa?

—Me doy cuenta de que...

—¡Es algo que procede del espacio, hombre! Un..., un extraterrestre, así es como lo llaman, que ha venido a la Tierra en una nave y que..., y que ahora está aquí.

Sam parecía desconcertado.

—Todo eso ya lo sé.

—Correcto. Y tú y yo..., nosotros cuatro..., somos los únicos en toda la Tierra que lo saben.

—Joan no lo sabe —dijo Johnny—. No creo que lo viera cuando lo golpeamos, y después de verlo yo no la dejé acercarse a la parte frontal del coche. Tenía miedo que se pusiera mala.

Los ojos de Lee Hayden resplandecieron.

—Estupendo. ¡Chico listo! Entonces sólo somos tres los que lo sabemos.

Sam Cáster frunció el ceño a su amigo.

—¿Qué estás pensando, Lee?

—Simplemente esto..., ¡hay dinero aquí, Sam! ¡Montones de dinero! Si lo manejamos bien. Pero debemos actuar con prudencia.

—Me temo que no te sigo.

—¡Usa tu cabeza! Si llamamos al sheriff y todo el mundo se entera, entonces lo perderemos. Vendrán fotógrafos, y periodistas, y el asunto pasará a ser propiedad pública.

—¿Quieres decir silenciarlo? —preguntó Johnny—. A menos que lo enterremos en algún lugar y lo olvidemos, la gente terminará descubriéndolo.

—Por supuesto..., deseamos que lo hagan. Pero de la forma correcta. No hasta que hayamos pensado en el asunto y descubierto la mejor forma de explotarlo.

¿Entendéis lo que quiero decir? ¿Cómo manejaría esto un hombre de empresa? ¿Cómo lo haría Barnum? ¿Llamaría a la policía y lo daría a la luz pública a cambio de un montón de publicidad y nada de dinero? Usad vuestras cabezas..., ¡los dos!

—¡No, Lee! —dijo Sam—. ¡No tenemos derecho! Esto es serio. Esto puede ser una invasión de algún tipo. Tenemos que hacer que la gente se entere, y al diablo con el dinero.

—Si supiéramos que Rusia va a atacarnos mañana —dijo Johnny—, ¿tendríamos algún derecho a venderle la información a Washington?

—El chico tiene razón, Lee. No podemos jugar con una cosa enorme como esta.

—Un infierno no podemos. Esto no es ninguna invasión, y los dos lo sabéis. Es una posibilidad de hacer más dinero del que ninguno de nosotros haya visto nunca.

—No es correcto, Lee.

—¿Por qué no? No vamos a engañar a nadie. Quiero decir, simplemente vamos a tomarnos las cosas con calma y no correr al primero que encontremos con las bocas abiertas y soltando información. Veinticuatro horas es todo lo que necesitamos. Iré a Sioux City y arreglaré las cosas en seguida. Conseguiré un contrato con la gente que sabe cómo explotar una cosa así, si no conseguimos imaginar cómo hacerlo nosotros mismos.

—Pero, mientras tanto, ¿y si...?

—Veinticuatro horas no van a representar ninguna diferencia. ¡Te lo aseguro! Y en este lapso de tiempo podemos arreglar las cosas de tal modo que consigamos una fortuna.

Sam..., ¿tú no quieres que los chicos empiecen una nueva vida con auténtica cuenta en el banco? ¿Prefieres que tengan que luchar siempre como hemos tenido que hacer tú y yo?

En un día podemos resolver sus vidas, y las nuestras también..., y sin perjudicar a nadie.

Es tu obligación, Sam. ¿Acaso no puedes verlo? Lee Hayden siguió argumentando. Tras un momento, Johnny Cáster dejó de poner objeciones y observó a su padre, evidentemente dispuesto a seguir el camino que él eligiera. El padre miró a su hijo e interpretó mal su actitud y su expresión. Pensó: «¿Se pondrá el muchacho en contra mía si lo privo de su oportunidad? ¿Tengo derecho a hacerlo? Posiblemente Lee tenga razón.

De todos modos, el condado lo sabrá..., el gobierno será informado. Se volvió hacia Lee Hayden y preguntó:

—¿Cómo crees que debemos proceder?

Los ojos de Hayden brillaron.

—Sabía que lo entenderías. Ahora te diré lo que debemos hacer. Tú y Johnny llevad la cosa a casa y ocultadla en vuestro sótano. El vuestro es mejor porque sólo estáis vosotros dos. Yo no puedo ocultar en mi casa ni una cagada de mosca que mi esposa no termine descubriendo.

—¿Y qué hay con Joan? —preguntó Johnny—. Ella no ha visto la cosa, pero sabe que ha ocurrido algo. Hará preguntas.

—Déjame a mí a mi hija. Joan hará lo que yo le diga..., por un tiempo al menos. Ahora empecemos a trabajar.

Johnny regresó al Chevrolet de Hayden, le dio trabajosamente la vuelta en la estrecha carretera, y se encaminó de vuelta a casa, con Joan a su lado. Aferrado al volante, eludió hoscamente todas sus preguntas, hasta que al final la corto con un:

—Pregúntaselo a tu padre cuando vuelva a casa. Él te lo contará todo. Joan Hayden se acurrucó miserablemente en su asiento. Aquel era un adecuado final para una cita romántica.

Una vez el Chevrolet hubo desaparecido, Lee Hayden dijo:

—Bien, vamos con ello. Tú cógelo de los brazos..., yo lo agarraré de los pies, y lo meteremos en el asiento de atrás. Sam Cáster se estremeció.

—Abriré el portamaletas. No quiero conducir de vuelta a casa con esa cosa en el asiento detrás de mí..., ni siquiera aunque esté muerta.

Se dirigió a la parte de atrás y abrió el portamaletas, y regresó para alzar su parte de la carga. Había una blandura repugnante, fría, húmeda, en aquella piel, que le hizo estremecer cuando agarró sus brazos. El peso era liviano, sin embargo, y muy pronto tuvieron a aquella monstruosidad metida en el portamaletas.

Mientras Sam conducía, despacio y cuidadosamente, Lee Hayden permanecía sentado mirando al frente, tensamente inclinado hacia adelante, como si estuviera ya a punto de alcanzar el dinero que pronto sería suyo. Dijo:

—Mira, Sam..., esto es grande..., realmente grande.

—Ya lo dijiste antes.

—Pero ahora estoy pensando en ello y cada vez me doy más cuenta de sus posibilidades. Al infierno con detenernos en Sioux City. Iré directamente a Chicago. Y no tendremos que meter a nadie más en el asunto.

—Será mejor que vayamos con cuidado. No sabemos nada acerca de explotar una cosa así.

—Los hombres de la prensa se ocuparán de eso una vez vean la cosa. Nos darán toda la publicidad que necesitemos. Alquilarémos un teatro en Chicago y pondremos algunos anuncios.

—Se van a reír de nosotros. Pensarán que es un fraude.

—Naturalmente que lo harán..., hasta que lo vean. Hasta que los hombres de la prensa lo vean. Entonces van a tener que alquilar un estadio.

—Espero que no tengamos problemas con el gobierno acerca de esto.

—¿Por qué deberíamos tenerlos? No estamos violando ninguna ley. ¿Y quién puede culparnos por intentar ganar algunos dólares? Cuando nos pregunten, se lo diremos.

—Nos retendrán por no haber informado de un accidente —dijo Sam, sonriendo débilmente.



Lee Hayden se echó a reír y le dio a su amigo una palmada en el hombro.

—¡Buen tipo! Sabía que ibas a ser listo y comprenderías mi punto de vista. ¿Qué derecho tenemos a renunciar a un buen dinero?

Johnny estaba en casa y aguardando cuando llegaron allí. Sam condujo directamente hasta el interior del garaje. Johnny dijo:

—Estaba intentando imaginar qué íbamos a hacer con la cosa, papá, de modo que vacié el congelador grande del sótano. Puse todo lo que pude en la nevera de la cocina y dejé todo lo demás fuera.

—Buen chico —dijo Lee cordialmente—. Eso es usar la cabeza. ¿Qué es un poco de comida estropeada cuando estamos a punto de cobrar una fortuna con esto?

Llevaron el verde cuerpo, ligero como un pluma, hasta el sótano, protegidos por la oscuridad, y lo dejaron en el congelador. Luego subieron a la cocina, donde Sam hizo café y se sentaron planeando su estrategia.

—No creo que debamos apresurarnos en esto —dijo Lee Hayden—. Será mejor que vayamos con cuidado. Aquello sorprendió a Sam Cáster.

—¿Cómo? Parecías tener tanta prisa...

—Pero hay aspectos que debemos considerar. Ya casi está amaneciendo, y si salimos disparados hacia Chicago después de haber estado fuera toda la noche, mi esposa puede empezar a hacerse preguntas. Habrá rumores por toda la ciudad. Además, tengo que hablar con mi hija. Tranquilizarla hasta que las cosas empiecen a funcionar.

Lee Hayden había cambiado. Con algo a lo que hincarle el diente había asumido el liderazgo de una forma absoluta. Sam dijo:

—De acuerdo. Lo que tú digas, pero sigo estando un poco nervioso acerca de...

—¡Tómalo con calma! Te digo que todo irá bien. Vosotros dos id a dormir un poco, y yo ya os llamaré.

Sam Cáster se fue a la cama, pero el sueño no quiso venir. Permaneció mirando al techo, pensando en el horror que yacía en el hondo congelador del sótano. El hecho de que estuviera muerto no lo tranquilizaba demasiado. Llevaba tendido con los ojos abiertos durante quizá una hora, cuando oyó el ruido. Se envaró y aguzó el oído. El sonido se produjo de nuevo. Ahora no había la menor duda. Era en el sótano. Se alzó y buscó el interruptor de la lámpara en su mesilla de noche cuando la puerta se abrió. La luz entró en la habitación revelando el pálido y aterrado rostro de Johnny.

Se quedaron mirando el uno al otro durante un largo momento. Luego Johnny susurró:

—¿Lo has oído, papá? Viene de abajo. Es...

—Apostaría a que es Lee. No puede dormir y ha vuelto a echar otra ojeada. Vayamos a ver.

—No puede ser él. ¿Sabes qué pienso? ¡No estaba muerto! La cosa aún estaba viva, y ahora ha salido y está merodeando por el sótano. ¿Qué vamos a hacer, papá? No sabemos nada de él. Quizá sea peligroso..., mortífero...

—Vamos, no te excites. Estoy seguro de que es Lee. —Sam tomó el teléfono y marcó un número. Aguardaron tensamente mientras otro de los rechinantes sonidos llegó procedente del sótano. Luego brotó la voz de Lee Hayden:

—¿Hola?

—Lee... Lee, por el amor de Dios. ¡Ven inmediatamente! Hay problemas. La cosa está viva.

Lee Hayden ni siquiera se molestó en contestar. Sam oyó el golpe del teléfono sobre su horquilla. Se puso los pantalones, y apenas había terminado con sus zapatos cuando la puerta delantera se abrió de golpe, y corrieron rápidamente hacia allá. Encontraron a Lee cuando cerraba la puerta tras él.

—¿Qué ocurre? —restalló éste—. ¿Qué es lo que va mal?

—Hay alguien ahí abajo —dijo Johnny—. Pensamos que fuera usted...

—¿Qué iba a hacer yo ahí abajo? ¿Por qué no fuisteis a ver qué pasaba?

—Entonces, quizá..., quizá la cosa haya revivido.

—¿Y no lo habéis comprobado? ¿No os dais cuenta de lo que representa si se escapa?

—Pero puede ser peligrosa.

—Tonterías, pero si ha vuelto a la vida, entonces es diez veces más valiosa.

Lee estaba ya junto a la puerta del sótano. Bajó osadamente las escaleras, con Sam y Johnny Cárter siguiéndole los pasos más cautelosamente.

Al pie de las escaleras, Lee se detuvo en seco. Señaló. La tapa del congelador estaba abierta. Lee corrió hacia allá y miró dentro.

—Está vacío —gimió—. Se ha ido.

Se volvió hacia la abierta puerta que conducía al patio de atrás.

—Vamos..., tenemos que atraparlo..., ¡tenemos que traerlo de vuelta!

Echó a correr hacia la oscuridad Sam, siguiéndole, tomó una linterna colgada junto a la puerta.

En el patio, golpeó violentamente contra Lee Hayden, que había vuelto a pararse en seco.

—El garaje —susurró roncamente Lee—. La puerta lateral. ¡Está abierta!

Sam encendió la linterna, y los tres hombres caminaron cuidadosamente hacia allá.

—Quizá simplemente alguien esté intentando robárnoslo —susurró Johnny.

Entonces Sam encendió la luz del garaje, y ninguno de los tres volvió a hablar.

Había seis de las cosas presentes. Dos de ellas estaban llevando el cuerpo del congelador. Las otras cuatro llevaban unos tubos peculiares en sus manos, algo más pequeños que la linterna de Sam. Y si las criaturas eran repulsivas cuando muertas, eran estremecedoras vivas y en movimiento. Sus fríos ojos sin párpados se clavaron en los tres hombres, y Sam murmuró:

—¡Estamos atrapados!

Las criaturas los miraron sin el menor asomo de miedo. Parecía haber desprecio

en sus engañosos rostros, y en el tono de los extraños piídos como de pájaro con los que aparentemente se comunicaban entre sí, reforzando la impresión de Sam de que estaban transmitiéndose el mismo desprecio. Pero algo le dijo que eran peligrosamente mortales.

—¡No os mováis! —jadeó Sam—. ¡Por el amor de Dios, quedaos donde estáis! ¡No mostréis ninguna hostilidad!

Era la misma sensación con la que se había enfrentado ante un nido de serpientes de cascabel; la sensación de que cualquier falso movimiento podía desnudar los mortales colmillos.

Las criaturas parecían estar discutiendo entre sí, y Sam estaba seguro de que los extraños chillidos que puntuaban sus piídos eran su forma de reírse. Pero no hicieron ningún movimiento agresivo.

Entonces fue sacado rápidamente de su error. En un movimiento concordado, volvieron sus pequeños tubos hacia la parte delantera del Packard. No hubo ningún sonido, ningún calor de un rayo de alta frecuencia, sólo el blando sonido del metal siendo curvado y retorcido por una mano enfundada en un guante de terciopelo. Y los tres hombres miraron mientras la parte delantera del Packard se retorció y aplastaba como si estuviera chocando de frente contra una pared de ladrillos. Entonces la verdad afloró a la mente de Sam..., o lo que parecía ser la verdad.

—No están enojados con nosotros. Creen que fue el Packard quien lo hizo; están castigando al coche por matar a su camarada. ¿No lo entendéis?

Las criaturas no prestaron atención a las palabras. Aquello envalentonó a Lee. Dijo:

—Creo que tienes razón. ¡Es increíble! ¿Cómo pueden ser tan listos como para inventar y utilizar naves espaciales, y sin embargo no saber que un coche no es responsable de la muerte?

—No lo sé. ¿Por qué no salimos de aquí? ¿Por qué no nos vamos?

—Creo que será mejor que nos quedemos donde estamos —dijo Lee rápidamente.

Eso último demostró ser un buen consejo, porque, después de destruir la parte frontal del coche hasta que se sintieron satisfechas, las criaturas chillaron y piaron durante un rato, evidentemente dando rienda suelta a su satisfacción, y luego salieron a la oscuridad.

Mientras pasaban, por su lado, cada una de ellas miró maliciosamente a los tres inmóviles: hombres, les chilló un adiós que crispaba los nervios, y el grupo desapareció, llevándose consigo a su muerto.

Un explosivo suspiro de Lee Hayden rompió el silencio.

—Creo que hemos tenido una condenada suerte —dijo—. Seguimos con vida.

—¿Cómo creen que encontraron la casa? —preguntó Johnny.

—No lo sé ni me importa —dijo Sam—. Simplemente me alegro de que se hayan ido.

—Tenemos que hacer algo al respecto —dijo Lee Hayden con virtuosa

indignación—. Alertar a la policía. Al pueblo..., toda la nación puede estar en peligro. ¡Tenemos que hacer algo al respecto!

Sam ni se molestó en llamarle a Lee la atención respecto a su repentino cambio de actitud. Ahora no le parecía importante. Lo único importante era difundir la noticia.

Abandonaron el garaje y se encaminaron a la casa. Pero a medio camino, el sonido de un coche acercándose los detuvo. El coche se detuvo frente a la casa, y dos hombres uniformados salieron de él.

—Es la policía estatal —dijo Johnny—. ¡Deben de haberse dado cuenta de que ha ocurrido algo!

Los dos policías se acercaron rápidamente. Lee empezó a hablar pero uno de ellos le interrumpió en seco:

—Estamos buscando al señor Sam Cáster. Nos dieron esta dirección, y...

—Yo soy Cáster —dijo Sam—. Hay algo...

—Yo haré las preguntas. ¿Tiene usted un hijo?

—Por supuesto. Éste es mi hijo..., John Cáster...

—¿Tiene usted un coche Packard?

—Sí.

—¿Estaba su hijo conduciendo por Garner Road la pasada noche? ¿Cerca de la granja de Frank Williams?

—Bueno, sí. Llevó a su chica a bailar a Storm Lake, y...

—Sabemos todo eso. ¿Cómo cree que lo hemos rastreado hasta aquí?

—Pero ¿por qué...?

El policía frunció el ceño.

—¿Cree usted que el cuerpo no iba a ser encontrado?

—¿Pero cómo pueden...? ¿Qué cuerpo?

El segundo policía resopló disgustado.

—El cuerpo de Frank Williams. Donde el coche lo aplastó contra un árbol y lo mató. Por lo que sabemos, nadie utilizó esa carretera esta última noche excepto su hijo.

Johnny avanzó un paso.

—¿Quiere decir usted que Frank Williams fue encontrado muerto en la carretera?

—Exacto. Podemos estar equivocados, por supuesto. Pero el coche que lo atropello debe de estar bastante malparado por delante. Si nos dejan ustedes echarle una ojeada a su coche...

—Pero eso es absurdo, oficial —dijo Sam Cáster—. Fue..., fue...

—Mire, todo lo que tenemos que hacer es comprobar su coche. Si no está dañado...

Entonces comprendió Sam lo que los intrusos verdes habían hecho..., cuál era su auténtico propósito. Habían matado a Williams, habían preparado la escena..., habían arreglado el colosal montaje. Miró a Lee Hayden y dijo:

—¡Pensamos que estaban locos atacando al coche! Pensamos...

—¿De qué está usted hablando? —dijo el policía.

—Bueno, había un hombrecillo verde procedente de Marte o no sé de dónde, y Johnny lo atropello cuando...

Sam dejó de hablar cuando vio la expresión en el rostro del policía. Entonces comprendió lo estúpidas que sonaban sus palabras..., lo absolutamente increíbles que eran. Volvió la vista hacia Lee Hayden y se echó a reír. Pero no había ninguna alegría en su risa. Sólo miedo y desesperanza.

# El Centinela

Arthur C. Clarke

## Introducción

Filmada como *2001: UNA ODISEA DEL ESPACIO* (Metro Goldwyn Mayer, 1968).

Cuando Arthur C. Clarke escribió *El Centinela* para una revista *pulp* en 1950, nunca pasó por su mente que quince años más tarde el relato constituyera la base de una epopeya cinematográfica de ciencia ficción. Pero en 1965 el conocido director Stanley Kubrick compró los derechos del relato y trabajó estrechamente con el autor en expandir la imaginativa historia en una majestuosa novela y a la vez en un monumental guión cinematográfico.

Tres años más tarde y con un coste de once millones de dólares, *2001: Una odisea del espacio* se convertía en una de las más controvertidas películas jamás realizadas. Adorado por algunos, odiado por otros, incomprendido por la mayoría, el film acaparó sin embargo una larga lista de homenajes y premios, incluido un Oscar a los Mejores Efectos Especiales Visuales.

La *Saturday Review* declaró a *2001* «la película de la década»; *Newsday* la etiquetó como «uno de los más sorprendentes films jamás realizados»; y el crítico de *Esquire*, Wiffrid Sheed, se sintió «encantado por la experiencia total».

Por fin, ahí habla una película de ciencia ficción que iba más allá de las pistolas de rayos y de los monstruos, y penetraba en áreas de especulación hasta entonces inexploradas. El enorme interés despertado por *2001* se reflejó también en las enormes ventas de la novelización de Clarke. Más de un millón de ejemplares de la edición de bolsillo fueron vendidos en un año. *The Washington Post* dijo: «El libro consigue algo que el film de Kubrick no puede: deja la visión de las cosas a la imaginación del lector... y es una visión maravillosa».

Hablando del film, Arthur C. Clarke proclama que «*2001: Una odisea del espacio* se refiere al pasado del hombre y a la vida futura en el espacio. Se refiere a la preocupación acerca de la jerarquía del hombre en el universo, que es probablemente muy baja. Y se refiere a la reacción de la humanidad ante el descubrimiento de una inteligencia superior en el universo».

Como la novela y el film, *El centinela* ofrece también una grandiosa visión del lugar del Hombre en la galaxia. A su propia manera, el relato es quizá la más impresionante de las tres versiones..., teniendo en cuenta que fue escrito en una época en la que «los paseos lunares» y los «encuentros con extraterrestres» eran extraños a todo el mundo excepto a Flash Gordon. Hoy, gracias a Clarke y a una miriada de otros autores de talento, las fantasías *pulp* de ayer se han convertido en extrapolaciones que son tenidas en cuenta.

JIM WYNORSKI

La próxima vez que vean ustedes la luna llena brillar alta en el sur, examinen atentamente el borde derecho y dejen resbalar la mirada a lo largo de la curva del disco. Allá donde serían las dos si nuestro satélite fuera un reloj, observarían un minúsculo óvalo oscuro: cualquiera que posea una vista normal puede descubrirlo. En una gran llanura rodeada de montañas, una de las más hermosas de la Luna, conocida con el nombre de Mare Crisium: el Mar de las Crisis. Casi quinientos kilómetros de diámetro, rodeada por un anillo de magníficas montañas, no había sido explorada nunca hasta que nosotros penetramos en ella a finales del verano de 1996.

Nuestra expedición había sido cuidadosamente planeada. Dos grandes cargos habían transportado nuestras provisiones y nuestro equipo desde la base lunar del Mare Serenitatis, a ochocientos kilómetros. Disponíamos además de tres pequeños cohetes destinados al transporte a cortas distancias en regiones en las que era imposible servirse de los vehículos de superficie. Afortunadamente, la mayor parte del Mare Crisium es llana. No existen allí esas enormes grietas tan frecuentes y tan peligrosas en otras partes, y los cráteres o elevaciones de una cierta altura son bastante raros. A primera vista, nuestros potentes tractores oruga no tendrían la menor dificultad en conducirnos hasta donde quisiéramos ir.

Yo era el geólogo, o selenólogo, si quieren ser ustedes pedantes, jefe del grupo destinado a la exploración de la zona sur del Mare. Habíamos recorrido un centenar y medio de kilómetros en una semana, bordeando los contrafuertes de las montañas que dominaban la playa de lo que, muchos millones de años atrás, había sido un antiguo mar. Cuando la vida se había iniciado en la Tierra, aquel mar estaba ya moribundo. El agua retiraba de los flancos de aquellas maravillosas escolleras para fluir hacia el vacío corazón de la Luna. Sobre el suelo que estábamos recorriendo, el océano que no conocía mareas había alcanzado en su tiempo una profundidad de ochocientos metros, y ahora la única huella de humedad que podía hallarse era la escarcha que descubrimos a veces en las profundidades de las cavernas, donde jamás penetra la luz del sol.

Habíamos comenzado nuestro viaje al despuntar el alba lunar, y nos quedaba aún casi una semana de tiempo terrestre antes de que la noche cayera de nuevo.

Descendíamos de nuestros vehículos cinco o seis veces al día, vestidos con nuestros trajes espaciales, y nos dedicábamos a la búsqueda de minerales interesantes, o plantábamos señales indicadoras para guiar a futuros viajeros. Era una rutina monótona y carente de excitación. Podíamos vivir confortablemente al menos durante un mes en el interior de nuestros tractores presurizados, y si nos ocurría algún percance siempre nos quedaba la radio para pedir ayuda, tras lo cual no teníamos otra cosa que hacer más que aguardar la llegada de la nave que acudiría a rescatarnos.

Acabo de decir que la exploración lunar es una rutina carente de excitación, y no es cierto. Uno nunca se cansa de contemplar aquellas increíbles montañas, tan distintas de las suaves colinas de la Tierra. Al doblar un cabo o un promontorio, uno nunca sabía qué nuevos esplendores nos iban a ser revelados. Toda la parte meridional del Mare Crisium es un vasto delta donde, hace mucho tiempo, algunos desembarcaban en el océano, quizás alimentados por las torrenciales lluvias que habían erosionado las montañas durante el corto período de la era volcánica, cuando la Luna era aún joven. Cada uno de aquellos antiguos valles era una tentación, un desafío a trepar hasta las desconocidas mesetas que había más allá. Pero teníamos aún un centenar y medio de kilómetros que cubrir, y todo lo que podíamos hacer era contemplar con envidia aquellas cimas que otros escalarían.

Abordo del tractor vivíamos según el tiempo terrestre, y a las 22 horas exactamente enviábamos el último mensaje por radio a la Base y terminábamos nuestro trabajo. Afuera, las rocas seguían ardiendo bajo un sol casi vertical; para nosotros era de noche hasta que nos despertábamos de nuevo, tras ocho horas de sueño. Entonces uno de nosotros preparaba el desayuno, se oía un gran zumbido de afeitadoras eléctricas, y alguien conectaba la radio que nos unía a la Tierra. Realmente, cuando el olor de las salchichas cociéndose comenzaba a llenar la cabina, a uno le resultaba difícil creer que no habíamos regresado a nuestro planeta: Todo era tan normal, tan familiar, excepto la disminución de nuestro peso y la lentitud con que caían todos los objetos.

Era mi turno de preparar el desayuno en el ángulo de la cabina principal que servía como cocina. Pese a los años transcurridos, recuerdo con extrema claridad aquel momento, porque la radio acababa de transmitir una de mis canciones preferidas, la vieja tonada gala David de las Rocas Blancas. Nuestro conductor estaba ya fuera, embutido en su traje espacial, inspeccionando los vehículos oruga. Mi asistente, Louis Garnett, en la cabina de control, escribía algo relativo al trabajo del día anterior en el diario de a bordo.

Como cualquier ama de casa terrestre mientras esperaba a que las salchichas se cocieran en la sartén dejé que mi mirada vagase sobre las montañosas paredes que cercaban el horizonte por la parte sur, prolongándose hasta perderse de vista por el este y por el oeste. Parecían no estar a más de tres kilómetros del tractor, pero sabía que la más próxima estaba a treinta kilómetros. En la Luna, por supuesto, las imágenes no pierden nitidez con la distancia, no hay ninguna atmósfera que atenúe,



difumine o incluso transfigure los objetos lejanos, como ocurre en la Tierra.

Aquellas montañas se elevaban hasta tres mil metros, surgiendo abruptas de la llanura como si alguna erupción subterránea las hubiera hecho emerger a través de la corteza en fusión. No se podía ver la base ni siquiera de la más próxima, debido a la acusada curvatura de la superficie, ya que la Luna es un mundo muy pequeño y el horizonte no estaba a más de tres kilómetros del lugar donde yo me hallaba.

Levanté los ojos hacia los picos que ningún hombre había escalado nunca, aquellos picos que, antes del nacimiento de la vida sobre la Tierra, habían contemplado cómo se retiraba el océano, llevándose hacia su tumba la esperanza y las promesas de un mundo. El sol golpeaba los farallones con un resplandor que cegaba los ojos, mientras que, un poco más arriba, las estrellas brillaban fijas en un cielo más negro que la más oscura medianoche de invierno en la Tierra.

Iba a girarme, cuando mi mirada fue atraída por un destello metálico casi en la cima de uno de los grandes promontorios que avanzaba hacia el mar, cincuenta kilómetros al oeste. Era un punto de luz pequeñísimo carente de dimensiones, como si una estrella hubiera sido arrancada del cielo por alguno de aquellos crueles picos, e imaginé que una roca excepcionalmente lisa captaba la luz del sol y me la reflejaba directamente a los ojos. Era algo que sucedía a menudo. Cuando la Luna entra en el segundo cuarto, los observadores de la Tierra pueden ver a veces las grandes cadenas montañosas del Oceanus Procellarum, el Océano de las Tormentas, arder con una iridiscencia blancoazulada debida al reflejo del sol en sus laderas. Pero sentía la curiosidad de saber qué tipo de roca podía brillar allá arriba con tanta intensidad, de modo que subí a la torreta de observación y orienté nuestro telescopio hacia el oeste.

Lo que vi fue suficiente para despertar mi interés. Los picos montañosos, claros y nítidos en mi campo de visión, parecían no estar a más de ochocientos metros de distancia, pero el objeto que reflejaba la luz del sol era aún demasiado pequeño para poder ser identificado. Sin embargo, aunque no pudiera distinguirlo claramente, sí podía darme cuenta de que estaba provisto de una cierta simetría, y la base sobre la que se hallaba parecía extrañamente plana. Estuve observando durante un buen rato aquel brillante enigma, aguzando mi vista en el espacio, hasta que un olor a quemado proveniente de la cocina me informó que las salchichas del desayuno habían hecho un viaje de casi cuatrocientos mil kilómetros para nada.

Mientras avanzábamos a través del Mare Crisium, aquella mañana, con las montañas irguiéndose a occidente, discutimos sobre el caso, y continuamos discutiendo a través de la radio cuando salimos a realizar nuestras prospecciones. Mis compañeros sostenían que había sido probado sin la menor sombra de duda que jamás había existido ninguna forma de vida inteligente en la Luna. Las únicas cosas vivas que habían llegado a existir eran algunas plantas primitivas, y sus antecesoras, tan sólo un poco menos degeneradas. Esto lo sabía yo tan bien como todos, pero hay ocasiones en las que un científico no debe temer al ridículo.

—Escuchad —dije firmemente—, quiero subir hasta allí arriba, aunque sólo sea

para tranquilizar mi conciencia. Esta montaña tiene menos de cuatro mil metros, lo que equivale a setecientos con gravedad terrestre, y puedo hacérmela en una veintena de horas. Siempre he deseado escalar una de esas colinas, y aquí tengo un buen pretexto para hacerlo.

—Si no te partes el cuello —dijo Garnett—, vas a ser el hazmerreír de la expedición cuando regresemos a la Base. De ahora en adelante, esta montaña se llamará seguramente la Locura de Wilson.

—No me partiré el cuello —dije con firmeza—. ¿Quién fue el primero que escaló Pico y Helicon?

—¿Pero no eras un poco más joven por aquel entonces? —preguntó suavemente Louis.

—Una razón de más para ir —dije muy dignamente.

Aquella noche nos acostamos pronto, tras conducir el tractor hasta unos quinientos metros del promontorio. Garnett vendría conmigo al día siguiente; era un buen escalador y había participado conmigo en otras expediciones semejantes. Nuestro conductor se sintió muy feliz de quedarse guardando el vehículo.

A primera vista, aquellas paredes parecían prácticamente inescalables, pero cualquiera que tuviera un poco de experiencia sabía que la escalada no presenta serias dificultades en un mundo donde el peso queda reducido a una sexta parte. El auténtico peligro del alpinismo lunar reside en el exceso de confianza: una caída desde cien metros en la Luna es tan mortal como una caída desde quince metros en la Tierra.

Hicimos nuestro primer alto en una cornisa a unos mil quinientos metros de la llanura. La escalada no había sido difícil, pero el esfuerzo al que no estaba acostumbrado había envarado mis miembros, y me sentía feliz de poder descansar un poco. Visto desde allí, el tractor parecía un minúsculo insecto metálico al pie de la pared. Por radio comunicamos nuestro avance al conductor antes de proseguir la escalada.

Dentro de nuestros trajes la temperatura era agradablemente fresca, puesto que el sistema de refrigeración anulaba los efectos del ardiente sol y eliminaba al exterior los desechos de nuestra transpiración. Hablábamos raramente, salvo que debiéramos intercambiar instrucciones o discutir acerca del mejor camino a seguir. No sabía lo que estaría pensando Garnett, seguramente que era la empresa más absurda en la que se había embarcado. Yo no podía dejar de darle la razón, al menos en parte, pero el placer de la escalada, la seguridad de que nunca ningún hombre había llegado antes hasta allí, y la exaltante visión del paisaje, eran para mí una recompensa suficiente.

No recuerdo haber experimentado ninguna excitación especial al hallarnos ante la pared rocosa que había examinado a través del telescopio el día antes, desde una distancia de cincuenta kilómetros. Se extendía hasta una veintena de metros por encima de nosotros y allá, en aquella explanada, se hallaba el objeto que me había atraído a través de toda aquella extensión desértica. Casi con toda seguridad no era

más que un bloque de roca nacido en alguna época pasada a consecuencia del impacto de un meteorito, con los planos de estratificación pulidos y brillantes aún en la inmovilidad eterna e inmutable.

La roca no tenía apoyos, de modo que tuvimos que usar un garfio. Mis cansados brazos parecieron recuperar una nueva fuerza cuando lancé el anda de tres puntas haciéndola girar sobre mi cabeza. La primera vez falló su presa, y cayó lentamente cuando tironeamos de ella para comprobar su solidez. Al tercer intento las púas se sujetaron sólidamente, y ni siquiera el peso combinado de nuestros dos cuerpos consiguió moverla.

Garnett me lanzó una ansiosa mirada. Hubiera podido decirle que deseaba subir yo primero, pero me limité a sonreír a través del cristal del casco y agité la cabeza. Luego, lentamente, sin prisas, inicié el último tramo de la ascensión.

Aún enfundado en el traje espacial, pesaba tan sólo veinte kilos, por lo que subí a pulso, sin enroscar la cuerda entre mis piernas ni ayudarme con los pies contra la pared. Cuando alcancé el borde me detuve un instante para saludar con la mano a mi compañero, luego di el último tirón, me icé de pie sobre la plataforma, y contemplé lo que había ante mí.

Hasta aquel momento estaba casi convencido de que no iba a descubrir nada extraño o insólito allí. Casi, pero no completamente, y era esa torturante duda la que me había empujado hasta allí. Bueno, la duda había sido disipada, pero la tortura apenas acababa de empezar.

Me encontraba en una explanada de unos treinta metros de profundidad. En alguna ocasión había sido lisa, demasiado lisa para ser natural, pero los impactos de los meteoritos habían mordido y cribado su superficie a través de incontables eones. Y había sido nivelada para poder sostener una estructura translúcida, burdamente piramidal, de dos veces la altura de un hombre, encajada en la roca como una gigantesca gema facetada.

Probablemente no experimenté ninguna sensación durante los primeros segundos. Luego, inexplicablemente, sentí una extraña alegría. Porque yo amaba la Luna, y ahora sabía que el musgo que trepaba en Aristarco y Eratóstenes no era la única forma de vida que había producido cuando era joven. Los antiguos y desacreditados sueños de los primeros exploradores eran ciertos. Después de todo había existido una civilización lunar, y yo había sido el primero en descubrirla. El hecho de haber llegado con un millón de años de retraso no me preocupaba; tenía bastante con haber llegado.

Mi cerebro comenzaba a funcionar de nuevo normalmente, analizando, planteando preguntas. ¿Qué era aquella construcción? ¿Un santuario... o alguna otra cosa que en mi lengua no tenía nombre? Si era una construcción habitable, ¿por qué la habían edificado en aquel lugar casi inaccesible? Me pregunté si se trataría de un templo, e imaginé ver a los adeptos de alguna extraña región invocando a sus divinidades para que les salvaran la vida mientras la Luna declinaba con la muerte de

sus océanos.

Avancé unos pasos para examinar más de cerca el objeto, pero la cautela me impidió acercarme demasiado. Entendía un poco de arqueología, e intenté establecer el nivel de la civilización que había aplanado aquella montaña y erigido aquellas superficies resplandecientes que me cegaban aún.

Pensé que los egipcios hubieran estado en condiciones de erigir una construcción como aquélla, siempre que sus operarios dispusieran del extraño material que aquellos arquitectos aún más antiguos habían utilizado. Debido a que el objeto era relativamente pequeño, no se me ocurrió pensar que probablemente estaba examinando el producto de una raza más avanzada que la nuestra. La idea de que en la Luna hubieran existido seres inteligentes era ya bastante difícil de asimilar, y mi orgullo se negaba a dar el último y más humillante paso.

Y luego observé algo que hizo que los cabellos se me erizaran en la nuca, algo tan trivial e inocuo que quizá cualquier otro nunca lo hubiera visto. Ya he dicho que la explanada había sido torturada por la caída de los meteoritos, de tal modo que estaba recubierta de una espesa capa de polvo cósmico, ese polvo que se extiende como un manto por la superficie de todos los mundos en los que no existen vientos que puedan turbarlo. Sin embargo, tanto el polvo como las señales dejadas por los meteoritos terminaban bruscamente en el borde de un amplio círculo en el centro del cual se hallaba la pirámide, como si un muro invisible la protegiera de las inclemencias del tiempo y del lento pero incesante bombardeo del espacio.

Sentí que alguien estaba gritando en mis auriculares, y finalmente me di cuenta de que Garnett me estaba llamando desde hacía rato. Avancé con paso vacilante hacia el borde de la explanada y le hice señas de que subiera, porque no me sentía muy seguro de ser capaz de hablar. Luego me giré de nuevo hacia el círculo en el polvo. Me incliné y tomé un fragmento de roca, y lo lancé, sin excesiva fuerza, hacia el brillante enigma. Si la piedra hubiera desaparecido al chocar contra aquella invisible barrera no me hubiera sorprendido, pero se limitó a caer al suelo, como si hubiera chocado contra una superficie curva.

Ahora sabía que el objeto que tenía ante mí no podía ser comparado con ninguna obra de mis antepasados. No era una construcción sino una máquina, que se protegía a sí misma a través de unas fuerzas que habían desafiado la eternidad. Aquellas fuerzas, cualesquiera que fuesen, seguían funcionando aún, y quizás yo me había acercado demasiado a ellas. Pensé en todas las radiaciones que el hombre había capturado y dominado en el transcurso del último siglo. Por lo que sabía, podía hallarme incluso condenado para siempre, como si hubiera penetrado en la atmósfera silenciosa y letal de una pila atómica no aislada.

Recuerdo que me giré hacia Garnett, que se había reunido conmigo y permanecía inmóvil a mi lado. Me pareció tan absorto que no quise molestarle, y me dirigí hacia el borde de la explanada esforzándome en ordenar de nuevo mis pensamientos. Allí, delante de mí, se extendía el Mare Crisium, extraño y fascinante para casi toda la

humanidad, pero conocido y tranquilizador para mí. Levanté la mirada hacia la hoz de la Tierra que yacía en su cuna de estrellas, y me pregunté qué habían ocultado sus nubes cuando aquellos desconocidos constructores habían terminado su trabajo. ¿Era la humeante jungla del Carbonífero, la desierta orilla de los océanos sobre la que reptaban los primeros anfibios para conquistar la tierra firme..., o un período más anterior aún, el periodo de la soledad, antes de que la vida iniciara su desarrollo?

No me pregunten por qué no intuí antes la verdad, que ahora parece tan obvia. En la excitación del descubrimiento, me había convencido a mí mismo de que la aparición cristalina debía de haber sido construida por una raza que había vivido en el remoto pasado lunar, pero de pronto, con una terrible fuerza, me traspasó la certeza de que aquella raza era tan extranjera a la Luna como lo era yo.

En el transcurso de veinte años de exploraciones no habíamos hallado ningún otro rastro de vida a excepción de algunas plantas degeneradas. Ninguna civilización lunar, aún moribunda, podía dejar tan sólo una única prueba de su existencia.

Volví a mirar la resplandeciente pirámide, y me pareció más extraña que nunca a cualquier cosa perteneciente a la Luna. Y entonces, de golpe fue sacudido por un estallido de risa histérica, provocado por la excitación y por la excesiva fatiga. Porque me había parecido que la pirámide me dirigía la palabra y me decía: «Lo siento, pero yo tampoco soy de aquí».

Hemos necesitado veinte años para conseguir romper aquel invisible escudo y alcanzar la máquina encerrada en aquellas paredes de cristal. Lo que no hemos podido comprender lo hemos destruido finalmente con la salvaje potencia de la energía atómica, y he podido ver los fragmentos de aquel hermoso y brillante objeto que descubriera allí, en la cima de la montaña.

No significaban absolutamente nada. Los mecanismos de la pirámide, suponiendo que lo sean, son fruto de una tecnología que se halla mucho más allá de nuestro horizonte, quizás una tecnología de fuerzas parafísicas.

El misterio continúa atormentándonos cada vez más, ahora que hemos alcanzado otros planetas y sabemos que sólo la Tierra ha sido cuna de vida inteligente en nuestro Sistema. Una civilización antiquísima y desconocida perteneciente a nuestro mundo no podría haberla construido, ya que el espesor del polvo meteórico en la explanada nos ha permitido calcular su edad. Aquel polvo comenzó a posarse antes de que la vida hiciera su aparición en la Tierra.

Cuando nuestro mundo alcanzó la mitad de su edad actual, algo que venía de las estrellas pasó a través del Sistema Solar, dejó aquella huella de su paso, y prosiguió su camino. Hasta que nosotros la destruimos, aquella máquina cumplió su cometido. Y empiezo a intuir cuál era.

Alrededor de cien mil millones de estrellas giran en el círculo de la Vía Láctea, y, hace mucho tiempo, otras razas de los mundos pertenecientes a otros soles deben de haber alcanzado y superado el estadio en el que ahora nos hallamos nosotros. Piensen en una tal civilización, muy lejana en el tiempo, cuando la Creación era aún tibia,

dueña de un universo tan joven que la vida había surgido tan sólo en una infinitésima parte de mundos.

La soledad de aquel mundo es algo imposible de imaginar, la soledad de los dioses que miran a través del infinito y no hallan a nadie con quien compartir sus pensamientos.

Deben de haber explorado las galaxias como nosotros exploramos los mundos. Por todos lados había mundos, pero estaban vacíos, o a lo sumo poblados de cosas que se arrastraban y eran incapaces de pensar. Así debía de ser nuestra Tierra, con el humo de los volcanes ofuscando aún el cielo, cuando la primera nave de los pueblos del alba surgió de los abismos más allá de Plutón. Rebasó los planetas exteriores apresados por el hielo, sabiendo que la vida no podía formar parte de sus destinos. Alcanzó y se detuvo en los planetas interiores, que se calentaban al fuego del Sol, esperando a que comenzara su historia.

Aquellos exploradores deben de haber observado la Tierra, sobrevolando la estrecha franja entre los hielos y el fuego, llegando a la conclusión de que aquél debía de ser el hijo predilecto del Sol. Allí, en un remoto futuro, surgiría la inteligencia; pero ante ellos quedaban aún innumerables estrellas, y nunca regresarían por aquel mismo camino.

Así pues, dejaron un centinela, uno de los millones que deben de existir esparcidos por todo el universo, vigilando los mundos en los cuales vibra la promesa de la vida. Era un faro que, a través de todas las edades, señalaba pacientemente que aún nadie lo había descubierto.

Quizás ahora comprendan por qué la pirámide de cristal fue instalada en la Luna y no en la Tierra. A sus creadores no les importaban las razas que luchaban aún por salir del salvajismo. Nuestra civilización les podía interesar tan sólo si dábamos prueba de nuestra capacidad de supervivencia, lanzándonos al espacio y escapando así de la Tierra, nuestra cuna. Este es el desafío que, antes o después, se plantea a todas las razas inteligentes. Es un desafío doble, porque depende de la conquista de la energía atómica y de la decisiva elección entre la vida y la muerte.

Una vez superado este punto crítico, era tan sólo cuestión de tiempo que descubriéramos la pirámide, y la forzásemos para ver lo que había dentro. Ahora ya no emite ninguna señal, y aquellos encargados de su escucha deben de haber vuelto su atención hacia la Tierra. Quizás acudan a ayudar a nuestra civilización, aún en su infancia. Pero deben de ser viejos, muy viejos, y a menudo los viejos son morbosamente celosos de los jóvenes.

Ahora ya no puedo mirar la Vía Láctea sin preguntarme de cuál de esas nebulosas estelares están acudiendo los emisarios. Si me permiten hacer una comparación bastante vulgar, hemos tirado del aparato de alarma, y ahora no podemos hacer otra cosa más que esperar.

No creo que tengamos que esperar mucho.

